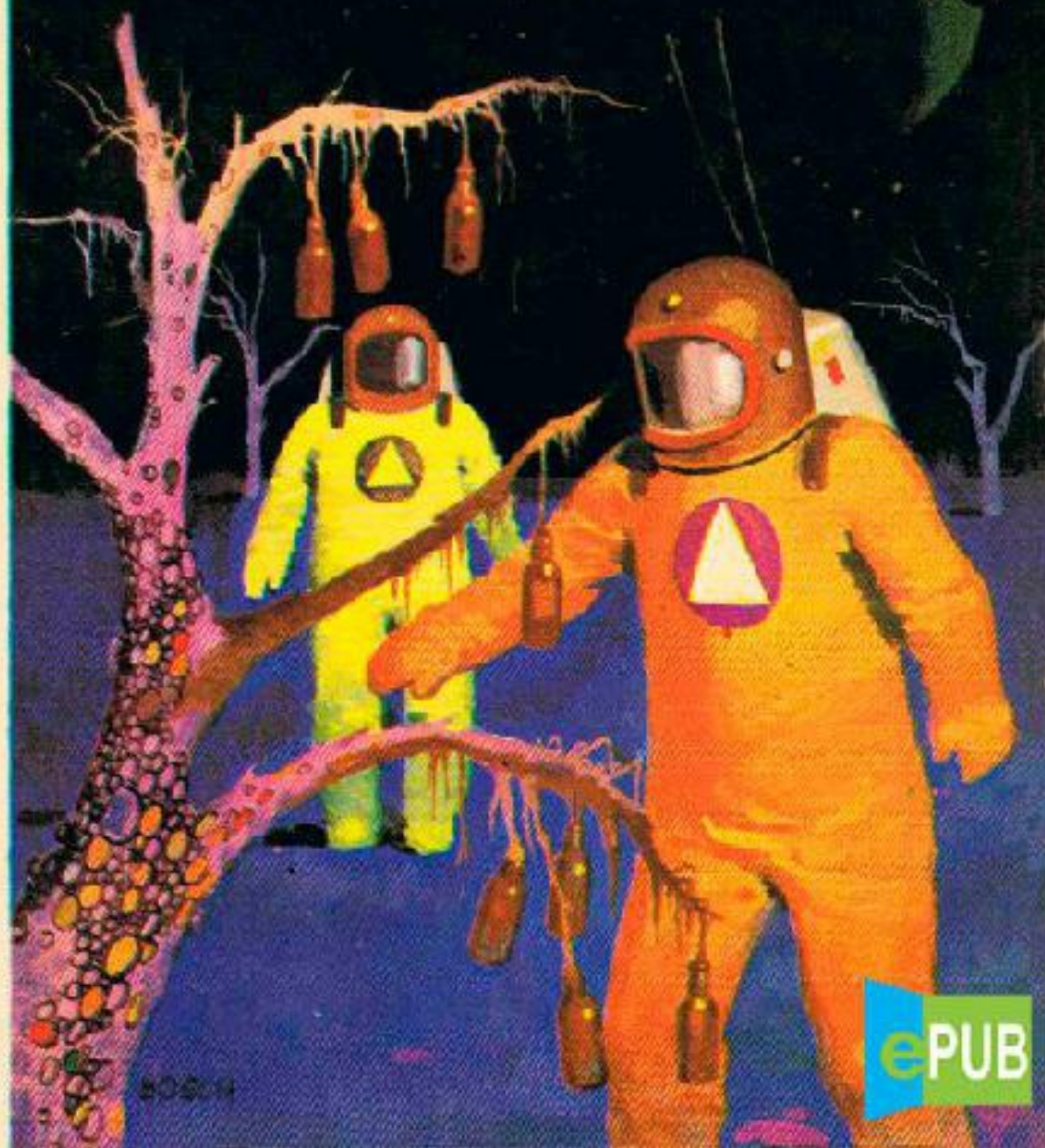


CIENCIA FICCION

SELECCION **23**



80604

ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 23

ePub r1.0

viejo_oso 20.01.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 23*

VV. AA., 1976

Traducción: M. Giménez Sales & D. Navarro Gonçalves

Portada: Bosch Penalva

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

- Presentación: *Cuando la SF riza el rizo*, Carlo Frabetti.
- Las arenas azules de la Tierra (Hopsoil)*, Robert F. Young, 1960.
- Verano retrógrado (Retrogate Summer)*, John Varley, 1975.
- «Piggy» (*Piggy*), Kit Reed, 1961.
- Últimas noticias (With the Evening News)*, Richard Lupoff, 1975.
- El ejecutivo (The Dispatch Executive)*, William Blau, 1961.
- El problema del puente quejumbroso (The Problem of the Sore Bridge)*, Harry Manders, 1975.
- Una galaxia llamada Roma (A Galaxy Called Rome)*, Barry N. Marlzberg, 1975.

PRESENTACIÓN

Cuando la SF riza el rizo

Puesto que la SF^[1] se ocupa (entre otras cosas) de los distintos aspectos de la ciencia, era lógico que acabara ocupándose también de la ciencia... ficción. Esto puede parecer un mero juego de palabras, pero expresa un fenómeno muy concreto —aunque no demasiado frecuente— dentro del género: la existencia de unos relatos de SF cuyo objeto de especulación es, directa o indirectamente, la SF misma.

Género eminentemente reflexivo y analítico, no podía dejar de lado la autorreflexión y el autoanálisis.

Una de las manifestaciones más habituales de esta SF que riza el rizo, esta «reciencia-ficción» (o SF², para los matemáticos y amantes de la lógica simbólica), es, como se puede suponer, la parodia, que en este caso es autoparodia. Un género que siempre ha hecho de la ironía uno de sus recursos críticos favoritos, halla en la autoironía una de las más eficaces —y divertidas— formas de autocrítica. Y para dejarnos de una vez de juegos de palabras, de rizar rizos, remito al lector al primer relato de esta selección: Las arenas azules de la Tierra, que muestra mejor que cualquier análisis de qué forma la SF puede convertirse en el blanco de sus propios dardos satíricos, y cuan interesante (y divertido) puede ser el resultado.

Y si en el primer relato encontramos una clara muestra de autoparodia, en el último —Una galaxia llamada Roma— asistimos a una autorreflexión completamente seria (aunque no exenta de ironía) sobre el género, sus

recursos y sus mecanismos (e incluso sus tópicos).

Aunque el caso de una narración centrada en la SF misma como objeto de análisis no sea muy frecuente, lo que si hallamos a menudo son relatos en que algún elemento del género aparece «distanciado» o abiertamente presentado como tal elemento característico de la SF. No hace mucho publicamos El árbol de saliva, de Brian Aldiss^[2], un homenaje a papá Wells en el que el propio H. G. aparece como «estrella invitada»; y en esta misma selección hay un relato en que se alude a otro autor de notable influencia en el género —Conan Doyle— a través de su célebre retoño mental Sherlock Holmes (por cierto que ya lo tuvimos recientemente en nuestras páginas, en un relato —La aventura del cliente marciano, selección 19—, que situaba al personaje de Conan Doyle en el escenario wellsiano de La guerra de los mundos; relato que, además de rendir homenaje a ambos maestros, es otro claro ejemplo de SF sobre la SF).

Pero no sólo la SF riza el rizo. Otros lo hacen, y a menudo con fines no tan elogiables como la autocrítica; por ejemplo, los medios de información... Lean, si no, las inquietantes Últimas noticias incluidas en este volumen, y piensen hasta dónde puede llegar el «rizado» de la manipulación informativa... que, desde luego —y permítanme un último juego de palabras —, es «permanente».

CARLO FRABETTI

LAS ARENAS AZULES DE LA TIERRA

Robert F. Young

Marte ha sido durante décadas el objetivo favorito de los autores de SF. Desde Wells a Bradbury, pasando por Rice Burroughs, han sido legión los astronautas literarios que han hecho volar (nunca mejor dicho) su imaginación hacia el sugestivo planeta rojo. Si un hipotético marciano leyera todo lo que los terrestres han escrito sobre su mundo, probablemente se partiría de risa... O, tal vez, como «venganza poética», escribiría un relato como el que sigue.

NOTA: La historia que sigue llegó hasta mi por conductos hasta ahora inaccesibles, cuya naturaleza no puedo ni debo divulgar. Es, por lo que sé, la primera historia marciana de ciencia ficción que llega a la Tierra, y aunque siga su propio curso, hay muchas cosas que se pueden deducir de ella, como, por ejemplo: 1) Que los marcianos son muy parecidos a nosotros. 2) Que su civilización es muy parecida a la nuestra. 3) Que todo el tiempo que los escritores de ciencia ficción de la Tierra han empleado usando a Marte como espejo de los defectos de nuestra sociedad, los escritores marcianos de ciencia ficción lo han empleado a su vez usando a la Tierra como espejo de los defectos de la suya. 4) Que el asunto de las imitaciones ha sido tan explotado en Marte como en la Tierra, y que algunos escritores marcianos de ciencia ficción han empezado a parodiar a otros escritores marcianos de ciencia ficción. 5) Que esta misma historia está entre dichas parodias.

La nave descendió de la abismal inmensidad y se posó, como un oscuro pájaro sin alas, sobre las arenas azules de la Tierra.

El capitán Frimpf abrió la puerta. Salió a la centelleante luz del sol y llenó sus pulmones con una bocanada de aire fresco. A su alrededor, llegando hasta el ondulado horizonte, se extendían las arenas azules. En la distancia, los destrozados edificios de una ciudad extinguida hacia mucho tiempo brillaban bajo la luz como grandes alas de cristal coloreado. Más arriba, pequeñas nubes redondas jugaban en el enorme campo de juegos del cielo.

Se le nublaron los ojos. «La Tierra —pensó—. ¡La Tierra al fin!»

Los tres hombres: que componían el resto de la tripulación salieron de la

nave y se detuvieron a su lado. Ellos también miraron el paisaje con ojos nublados.

—Azul —suspiró Birp.

—Azul —murmuró Fardel.

—Azul —masculló Pempf.

—Azul, naturalmente —acabó el capitán con suavidad—. ¿No han sostenido nuestros astrónomos durante mucho tiempo que el color azul de la Tierra no puede ser atribuido solamente a la capacidad para absorber la luz que tiene su atmósfera? ¡La superficie *tenía* que ser azul!

Y agachándose, recogió un puñado de la extraña substancia que cayó por entre sus dedos como humo azul.

—Las arenas azules de la Tierra —murmuró reverentemente. Se enderezó y, quitándose el casco, dejó que el aire limpio de la Tierra le acariciase el pelo, a la brillante luz del sol. En la distancia, la ciudad dejaba escapar un sonido semejante al de muchas campanas de cristal, el viento le trajo aquel sonido por encima de las arenas azules, y él pensó en los cálidos veranos de Marte y en sus largos y perezosos días, y en sus tardes calurosas, en las que se tomaba un refresco en el porche de la abuela Frimpf.

Sintió que alguien respiraba sobre su cuello y se volvió, irritado.

—¿Qué le ocurre, Birp?

Birp se aclaró la garganta:

—Lo siento, señor —dijo—. Pero ¿no cree usted que...? Quiero decir, señor, que ha sido un largo viaje, y Pempf, Fardel y yo estamos un poco se..., quiero decir que estamos un poco tensos y que pensamos...

Pero ante la expresión de reproche que vio en los ojos del capitán, dejó la frase en suspenso.

—Muy bien —dijo éste fríamente—. Abrid una caja de esa bazofia, pero sólo una, ¿entendido? Y si encuentro una sola botella vacía estropeando este paisaje virgen os daré con ella en la cabeza.

Birp, que había salido disparado hacia la nave, se paró en seco al oír la advertencia del capitán.

—Pero ¿qué haremos, entonces, señor? Si las ponemos otra vez en la nave tendremos que gastar mucho combustible para despegar, y ya andamos

con las reservas justas.

El capitán reflexionó unos instantes. No era un gran problema y lo resolvió en seguida sin muchas dificultades.

—Enterradlas —contestó.

Mientras la tripulación se tragaba su cerveza, el capitán permaneció mirando hacia la distante ciudad. Se imaginó a sí mismo contando todo aquello a su esposa cuando volviese a Marte, y se imaginó a sí mismo sentado ante la mesa del comedor describiendo las torres de cristal, las agujas centelleantes y los ruinosos edificios.

A su pesar, vio también a su esposa. Sentada al otro extremo de la mesa, escuchaba y comía, pero más tragaba que escuchaba. ¡Cielos!, estaba más gorda ahora que cuando él habla partido. Por milésima vez se preguntó por qué las esposas tenían que engordar tanto..., tanto, que a veces sus maridos tenían que sacarlas en carretones. ¿Por qué no se levantaban y se movían de vez en cuando en lugar de abalanzarse en manada sobre cualquier electrodoméstico que los fabricantes lanzaran al mercado? ¿Y por qué tenían que comer, comer y tragar todo el tiempo?

El rostro del capitán palideció al pensar en la factura del mercado que tendría que pagar a su vuelta, y este pensamiento le trajo otros sobre cosas igualmente angustiosas, tales como los impuestos sobre las rentas personales, la carretera, el árbol, el gas, la hierba, el aire, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, la tercera guerra mundial, la cuarta guerra mundial...

Suspiró. ¡Era como para darse a la bebida, aquello de tener que pagar por guerras en las que habían luchado el padre, el abuelo, el bisabuelo y el tatarabuelo! Miró con envidia a Birp, Pempf y Fardel. A ellos no les preocupaban sus impuestos. No les preocupaba nada. Bailaban alrededor de la caja vacía de cerveza como unos auténticos bárbaros, y habían compuesto ya una canción soez sobre las arenas azules de la Tierra.

El capitán Frimpf escuchó las palabras y poco a poco se le fueron calentando las orejas.

—¡Bueno, ya está bien! —dijo bruscamente—. Enterrad la botellas, quemad la caja y volved a la nave. Mañana será un día muy duro.

Obedientes, Birp, Pempf y Fardel enterraron las cuatro filas de pequeñas botellas en la arena azul, cubriendo, uno por uno, aquellos pequeños soldados muertos. Después de quemar la caja y de dar las buenas noches al capitán entraron en la nave.

El capitán se quedó fuera. Salía la luna. ¡Y qué luna! Su mágico resplandor convirtió la llanura en un extenso mantel azul oscuro, y la ciudad en un candelabro de plata.

El misterio de aquellos edificios vacíos y de aquellas calles abandonadas cruzó la llanura y penetró hasta la médula de sus huesos.

«¿Qué había pasado con los habitantes de la ciudad? —se preguntó—. ¿Qué les había sucedido a los habitantes de las otras ciudades que había visto cuando la nave había entrado en órbita?»

Sacudió la cabeza. No lo sabía y probablemente no lo sabría nunca. Su propia ignorancia le entristeció y, de pronto, encontró irresistible el patetismo de la llanura y el ininterrumpido silencio de la noche. Volvió a la nave y cerró la puerta tras él. Estuvo largo tiempo tendido en la oscuridad de su camarote, pensando en las personas de la Tierra, en la civilización que había venido y se había ido, sin dejar tras de sí más que un puñado de cristales. Finalmente, se quedó dormido.

Cuando salió, a la mañana siguiente, había veinticuatro árboles de cerveza frente a la nave.

Este nombre surgió en el acto en la mente del capitán Frimpf. Nunca había visto árboles de cerveza, y nunca había oído hablar de ellos, pero ¿qué otro nombre podía darse a un grupo de grandes plantas leñosas con botellas de líquido ambarino colgando de sus ramas y listas para ser recogidas como frutos maduros?

Algunos de los frutos habían sido ya arrancados. Y había un semillero en el flamante huerto: por la hilera de montículos que había al borde del huerto se podía deducir que habían sido plantadas nuevas semillas.

El capitán estaba mudo de asombro. ¿Cómo era posible que un terreno — incluso un terreno de la Tierra— hiciera crecer, de unas botellas vacías y en una sola noche, árboles de cerveza? Empezó a vislumbrar lo que les podía haber ocurrido a los habitantes de la Tierra.

Pempf vino hacia él con una botella en cada mano.

—Pruebe, señor —dijo entusiasmado—. ¡Nunca habrá probado nada semejante!

El capitán le detuvo con una mirada penetrante.

—Soy un oficial, Pempf. ¡Y los oficiales no beben cerveza!

—Lo... lo olvidé, señor. Lo siento.

—¡Ya lo creo que debe sentirlo! ¡Usted y los otros dos! ¿Quién les dio permiso para comer..., quiero decir beber frutos de la Tierra?

Pempf inclinó la cabeza lo suficiente como para demostrar que estaba arrepentido, pero no tan arrepentido como debía, de acuerdo con su graduación.

—Nadie, señor. Creo..., creo que perdimos la cabeza.

—¿No tienen la menor curiosidad por saber cómo han crecido esos árboles? Usted es el químico de la expedición. ¿Por qué no está analizando el suelo?

—No sería de ninguna utilidad, señor. Un suelo como éste, capaz, con sus propiedades, de hacer crecer árboles de botellas vacías, es el producto de una ciencia con un millón de años de adelanto sobre la nuestra. Además, señor, no creo que el suelo sea el único responsable. Creo que la luz del sol, al reflejarse en la superficie de la luna, se combina con ciertas radiaciones lunares y da a la luz de luna resultante la facultad de fecundar y multiplicar cualquier cosa plantada en este planeta.

El capitán le miró.

—¿Cualquier cosa, dice usted?

—¿Por qué no, señor? Plantamos botellas vacías de cerveza y han salido árboles, ¿no?

—Hummm —murmuró el capitán.

Se volvió bruscamente y entró otra vez en la nave. Pasó el día en su camarote, pensando. Olvidado completamente del apretado plan del día. Después de la puesta del sol salió y enterró detrás de la nave todos los billetes de Banco que había traído consigo. Sentía no tener más, pero en realidad no importaba, porque tan pronto diesen fruto los árboles tendría todas las semillas que quisiera.

Aquella noche, por primera vez en muchos años, durmió sin soñar con la factura del mercado y con los impuestos.

Pero a la mañana siguiente, cuando salió afuera y dio apresuradamente la vuelta a la nave, no encontró ningún árbol de billetes floreciendo bajo el sol. No encontró más que los pequeños montículos que él mismo había dejado la noche anterior.

Al principio, la decepción le dejó aturdido. Luego pensó: «Quizá el dinero lleve más tiempo. Probablemente sea tan difícil de hacer crecer como de conseguirlo.» Volvió al otro lado de la nave y miró hacia el huerto. Los árboles eran tres veces más grandes que el día anterior y formaban ya un pequeño bosque. Perplejo, caminó por los claros salpicados de sol y mirando con envidia los grandes racimos de frutos de ámbar.

Un rastro de tapones le llevó hasta un claro en el que crecía un nuevo sembrado. Crecía a ojos vistas. Pempf, Fardel y Birp bailaban alrededor como ninfas barbudas de los bosques, esgrimiendo botellas y cantando a voz en grito. La canción obscena sobre las arenas azules de la Tierra tenía ahora una segunda estrofa.

Al verle se detuvieron en seco, y al advertir la expresión del capitán dieron por terminada la fiesta. Este se preguntó si habrían dormido aquella noche. Lo dudaba. Pero hubiesen dormido o no, estaba claro que la disciplina se relajaba rápidamente. Si quería salvar la expedición tenía que actuar con prontitud.

Pero, por alguna razón, su iniciativa parecía haberle abandonado. La idea de salvar la expedición le hizo pensar en la vuelta a Marte, y la vuelta a Marte le hizo pensar en su gruesa esposa, y su gruesa esposa le hizo pensar en la factura del mercado, y ésta en los impuestos, y el recuerdo de los impuestos, por una razón inexplicable, le hacía pensar en el pequeño armario de licores de su camarote y en la botella de whisky por descorchar que permanecía sola en su repisa.

Decidió aguardar hasta mañana para reprender a la tripulación. Seguramente por entonces sus árboles de billetes habrían surgido ya de la tierra, dándole una idea de cuánto debía esperar para recoger su primera cosecha de dinero y plantar la segunda. Cuando su fortuna estuviese

asegurada podría encararse mejor con el problema de los árboles de cerveza.

Pero a la mañana siguiente los montículos, en la parte de atrás de la nave, estaban igual. El huerto de cerveza, por el contrario, era algo digno de verse. Se había extendido hasta la mitad de la llanura, en dirección a la ciudad muerta, y el viento, en las ramas cargadas de frutos, hacía un sonido semejante al de una planta embotelladora en plena producción.

En la mente del capitán quedaban muy pocas dudas sobre la suerte que habían corrido los habitantes de la Tierra. Pero ¿qué había ocurrido con los árboles que dichos habitantes habían plantado? No era un tipo obtuso, y la respuesta llegó en seguida. Los habitantes de la Tierra habían llevado a cabo una función semejante a la de las abejas en Marte: al beber el fruto líquido habían fecundado el caparazón de cristal que le recubría, y estos caparazones fecundados y plantados habían producido nuevos árboles.

«Una ecología muy agradable —pensó el capitán.»

Pero como todas las buenas cosas se había extinguido. Una por una, todas las personas se habían convertido en activos fecundadores, y, finalmente, habían muerto agotados, y los árboles, incapaces de reproducirse por sí solos, se habían extinguido.

Un destino trágico, sin duda. Pero ¿era acaso más trágico que morir a causa de los impuestos?

El capitán pasó el resto del día tratando de encontrar un medio de fecundar el dinero. Sus ojos se desviaban cada vez con más frecuencia hacia la puerta del pequeño armario de los licores. Al atardecer, Birp, Pempf y Fardel aparecieron solicitando una audiencia.

Fardel fue quien habló.

—Señor —dijo—. Lo hemos decidido. No vamos a volver a Marte.

El capitán no se sorprendió, pero no pudo dejar de mostrarse irritado.

—¡Volved a vuestro huerto y dejadme en paz! —dijo, dándoles la espalda.

Cuando hubieron salido fue hasta el armario de los licores y abrió la puerta. Cogió la única botella que quedaba. Sus dos compañeras habían quedado vacías hacía tiempo, y habían sido arrojadas por el dispositivo de eliminación. Ahora flotaban, en órbita, en algún lugar entre la Tierra y Marte.

—Ha sido una suerte que salvara una —dijo, y la fecundó; luego salió, tambaleándose, y la enterró, detrás de la nave, y se sentó para ver cómo crecía.

Quizá sus árboles de dinero crecieran, o quizá no. Si no crecían no volverla a Marte. Estaba harto de su gruesa esposa, estaba harto de la cuenta del mercado y de los impuestos sobre las rentas personales, la carretera, el árbol, el gas, la hierba y el aire, y de los de la primera, segunda, tercera, y cuarta guerras mundiales. Y sobre todo estaba harto de ser un honorable oficial con la boca seca.

Salió la luna y él pudo ver, encantado, cómo los primeros brotes de su árbol de whisky surgían de las arenas azules de la Tierra.

VERANO RETRÓGRADO

John Varley

He aquí un relato de SF a la vez «clásico» y «moderno» en lo que al género se refiere. Clásico en cuanto a ambientación, técnica narrativa, detalladas descripciones de paisajes extraterrestres, y técnicas de adaptación a los mismos. Moderno en la medida en que aborda un tema poco frecuente en la SF tradicional: la evolución de las relaciones familiares y los roles sexuales.

Una hora antes de que mi hermana genética llegara procedente de la Luna, ya estaba yo esperándola en el aeropuerto espacial. Mi prisa se debía en parte a mis deseos de verla. Ella era tres años terrestres mayor que yo, y nunca nos habíamos visto. Pero admito que también solía aprovechar todas las ocasiones que se me ofrecían para ir al aeropuerto espacial y contemplar la llegada y el despegue de las aeronaves. Jamás he ido a otro planeta. Algún día iré, pero no en calidad de pasajero. Estaba a punto de ingresar en una academia para estudiar aviación espacial.

Me resultó difícil pensar constantemente en la llegada del transbordador de la Luna, ya que mi verdadero interés se concentraba en las grandes supernaves que partían con destino a los planetas lejanos del sistema solar. Aquel día, la *Elizabeth Browning* se dirigía hacia el frío y apartado Plutón, en un viaje directo, aunque con relaciones con la zona cometaria. La nave se hallaba en el campo, a unos kilómetros de distancia de donde yo estaba, metiendo en sus entrañas pasajeros y mercancías. Menos de éstas que de aquéllos.

La *Browning* era una nave de superlujo. Había que pagar gran cantidad de dinero para tener derecho a quedar encerrado en una estancia llena de líquido, sumergido hasta la boca y alimentado a través de un tubo, durante la travesía a cinco G. Nueve días más tarde, en el eterno invierno de Plutón, los pasajeros salían de la nave después de diez horas de rehabilitación física. El viaje también podía efectuarse en catorce días a sólo dos G, con muy escasas molestias, dicho sea en honor de la verdad, pero esto no era asequible a la mayoría. Pero yo ya había observado que la *Browning* jamás iba completa.

Tal vez no me había fijado en la llegada del transbordador lunar, pero el

remolcador estaba descendiendo entre la *Browning* y yo. La nave iba a posarse en el Dique 9, una zona apartada unos cien metros de donde yo estaba. Por lo tanto, me metí en el túnel que me llevaría allí.

Llegué a tiempo de ver cómo el remolcador cortaba el cable de amarre y salía disparado al espacio para unirse a la próxima nave. El transbordador lunar era una esfera de superficie totalmente reflectora, que ahora estaba en el centro de la pista de aterrizaje. Al ir hacia ella, se esparció por el campo la techumbre formada por un campo de fuerzas, obstaculizando el paso de la luz estival. El aire penetraba a raudales, y al cabo de pocos instantes mi traje cambió. De pronto empecé a sudar, cociéndome en el calor que aún no se había disipado. Mi traje había cambiado demasiado pronto. Tendría que hacer algunas comprobaciones. Mientras tanto, dancé un poco para mantener mis pies descalzos lejos del cemento que abrasaba.

Cuando la temperatura del aire llegaba, a los 24 grados normales, quedaba cortado el campo de fuerzas en torno al remolcador. Lo que quedaba era solamente un conjunto insubstancial de cubiertas y depósitos. La gente surgía atropelladamente por las paredes exteriores de sus departamentos.

Me uní a la multitud agrupada en torno a la rampa. Yo había visto una fotografía de mi hermana, pero hacía ya mucho tiempo. Dudaba si la reconocería.

No tuve problemas. La descubrí en lo alto de la rampa, ataviada con una túnica lunática, de aspecto simplón; y llevaba una maleta presurizada. Estuve seguro de que era ella porque se me parecía un poco, aunque era hembra y estaba frunciendo el ceño. Tal vez fuese unos centímetros más alta que yo, pero esto se debía a haber crecido en un campo gravitatorio menor.

Fui hacia ella y le cogí la maleta.

—Bienvenida a Mercurio —la saludé.

Me observó fijamente. No sé por qué, pero creo que al momento me despreció. En realidad, yo ya no le gustaba antes de conocernos.

—Tú debes de ser Timmy —repuso.

No podía permitirle tanta familiaridad. Para todo hay un límite.

—Timothy —rectifiqué—. Y tú eres mi hermana genética Jew.

—Jubilant —rectificó ella a su vez.

No era un buen principio.

Miró a su alrededor contemplando la gente que se atropellaba por el campo de aterrizaje. Luego tendió la vista hacia el costado liso y negro del techo de fuerzas, como si quisiera huir de allí.

—¿Dónde puedo alquilar un traje? —preguntó—. Me gustaría tener uno instalado antes de salir de aquí.

—Esto no es tan malo —argüí—. Sí, aquí hay muchos más terremotos que en la Luna, pero no podemos impedirlo.

Inicié la marcha en dirección a los Ambientes Generales, y ella echó a andar a mi lado. Tenía cierta dificultad en caminar. A mí no me gustaría ser un lunático, porque vayan donde vayan siempre resultarán excesivamente pesados.

—Leí durante la travesía que tuvisteis un terremoto en el espaciopuerto hace sólo cuatro lunaciones.

No sé por qué, pero me puse a la defensiva. Sí, ya sé que en Mercurio hay muchos terremotos, pero no es posible achacarnos culpa alguna. Mercurio padece grandes presiones, lo cual significa que hay muchos temblores o terremotos. Cualquier sistema se resquebraja si se le sacude mucho.

—De acuerdo —asentí, tratando de mostrarme razonable—. Estuve aquí mientras ocurrió. Fue a mediados del último año negro. Perdimos presión en un diez por ciento de los pasajes, pero todo quedó resuelto en pocos minutos. No se perdió ni una sola vida.

—Unos minutos bastan para matar a alguien que no lleve traje, ¿verdad? —¿qué podía contestar yo a esto si ella parecía estar segura de haber ganado un tanto?—. Por consiguiente, me sentiré mucho mejor cuando lleve uno de los vuestros.

—Está bien, iremos a buscar un traje para ti.

Traté de pensar algo que ayudara a restablecer la conversación en términos amistosos. Jubilant parecía tener una opinión muy pobre de los ingenieros ambientales de Mercurio y estaba dispuesta, por lo visto, a lanzar sobre mí su desprecio.

—¿En qué te estás adiestrando? —inquirí—. Debes de haber salido hace poco de la academia. ¿Qué piensas hacer?

—Quiero ser ingeniero ambiental.

—Oh...

Me sentí aliviado cuando finalmente estuvo tendida sobre la mesa, con la conexión establecida desde la computadora hasta el enchufe de su nuca, con el motor sensorial y de control funcionando. El resto del viaje a GE fue una conferencia respecto a los fallos del servicio municipal de presiones del aeropuerto espacial de Mercurio. Mi cabeza daba vueltas con los datos sobre los sensores de presión infalibles, de redundancia quintuple, los cerrojos automáticos y los taladros para terremotos. Estoy seguro de que nosotros tenemos todo esto, y tan bueno como en la Luna. Pero lo mejor que se puede hacer con los temblores que lo estremecen todo cien veces al día es conseguir un factor de seguridad del noventa y nueve por ciento. Jubilant se burló cuando mencioné este porcentaje, y me replicó con quince decimales, todos ellos del orden del nueve. Por lo visto, era éste el factor de seguridad en la Luna.

Estaba buscando la razón principal del por qué nosotros no necesitábamos esta clase de seguridad en manos del cirujano. Éste le había abierto el pecho, quitándole el pulmón izquierdo, y colocaba el generador de trajes en la cavidad. Se parecía mucho al pulmón que acababa de extirpar, salvo que estaba construido de metal y tenía un acabado como un bruñido espejo. Lo aseguró a su tráquea y realizó ciertos reajustes en los extremos de las arterias pulmonares. Luego le cerró el pecho y aplicó un cauterizador somático a las incisiones. Al cabo de treinta minutos, Jubilant ya podía levantarse con la herida completamente cicatrizada. La única señal de la operación sería el botón dorado de la válvula de inhalación situado bajo su clavícula izquierda. En el instante en que la presión descendiera dos milibares, se vería rodeada por el campo de fuerzas que es un vestido de Mercurio, y estaría más segura que nunca en su vida, incluso en las arideces tan... ah, sí, tan seguras de la Luna.

El cirujano efectuó los reajustes en el cerebro de mi traje mientras Jubilant estaba aún sin sentido. Luego, le instaló a ella los aparatos

secundarios: el voceador del tamaño de un guisante en su garganta para que pudiese hablar sin inhalar ni exhalar aire y los receptores biauriculares de radio en los oídos. Después le quitó el enchufe del cerebro, y la joven se incorporó. Parecía un poco más amistosa. Una hora de privación sensorial tiende a hacer a uno más expansivo y relajado. Empezó a ponerse su túnica lunática.

—Arderá cuando salgas fuera —le advertí.

—Oh, sí, claro. Suponía que debía ir por algún túnel. Pero aquí no los tenéis, ¿verdad? *No es posible mantenerlos presurizados, ¿eh?*

Realmente, empezaba a querer defender nuestra ingeniería.

—Lo más difícil resultará acostumbrarte a no respirar.

Nos hallábamos en la entrada del aeropuerto, mirando a través del telón de fuerzas que nos separaba del exterior. Soplaban una brisa cálida, como ocurre siempre en verano. Estaba producida por el recalentamiento del aire contiguo al telón, debido a las longitudes de onda de la luz que puede pasar a través del mismo, a fin de poder ver al otro lado. Era el principio del verano retrógrado, cuando el sol retrocede en el cenit y nos concede una ayuda triple de radiación y luz sumamente intensas. El aeropuerto espacial de Mercurio se hallaba en un lugar muy caliente, donde el movimiento del sol retrógrado coincide con el mediodía solar. Por lo que, aunque el telón de fuerzas lo tapaba todo excepto una diminuta ventana de luz visible, todo el haz de luz que pasaba a través de dicha ventana era de alto potencial.

—¿Debo aprender algún truco especial?

Evidentemente no era tonta, pero sí excesivamente crítica. Respecto a la operación de su traje, concedió que el experto era yo.

—En realidad, no. Sentirás un intenso afán de respirar dentro de unos minutos, pero todo es de carácter psicológico. Tu sangre estará bien oxigenada pero tu cerebro no se habrá ajustado todavía a la nueva situación. Sin embargo superará esta sensación. Por favor, no trates de respirar al hablar. Subvocaliza tan sólo, y la radio de tu garganta captará la voz.

Medité un instante y decidí añadir algo más:

—Si tienes costumbre de hablar para ti, será mejor que abandones ese hábito. Si murmuras, tu voceador recogerá los sonidos, y a veces incluso tus pensamientos si los expresas con un tono demasiado alto dentro del cerebro. Cuando hagas tal cosa, se moverá tu garganta, y esto puede resultarte un poco molesto.

Sonrió; era la primera vez que lo hacía. De pronto comprendí que me gustaba. Siempre había querido apreciarla, pero ésta era mi primera oportunidad.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Nos vamos?

Yo salí primero. Cuando se atraviesa un telón de fuerzas no se siente nada. Pero es imposible cruzarlo a menos que se lleve un generador de trajes, aunque si éste funciona, el campo se forma en torno al cuerpo al llegar al otro lado. Di media vuelta y ya no pude ver más que un espejo liso, que se abultó mientras lo miraba, reflejando la forma de una mujer desnuda. El bulto se separó de la cortina. Lo que quedó era una Jubilant plateada.

El generador de trajes hace que el campo de fuerzas siga las líneas exteriores del cuerpo, pero una a una y a escasos centímetros de la piel. Oscila entre estos límites, y el cambio de volumen significa que una acción inferior obliga a salir al dióxido de carbono a través de la válvula inhaladora. Se expele el gas residual y el cuerpo se enfría en una sola operación. El campo de fuerzas es completamente reflectante, excepto por dos discontinuidades del tamaño de una pupila que sigue los movimientos de los ojos y permite penetrar suficiente luz, aunque no tanta como para deslumbrar.

—¿Qué sucederá si abro la boca? —murmuró.

Le costaba un poco vocalizar adecuadamente.

—Nada. El campo de fuerzas se extiende sobre la boca, lo mismo que sobre la nariz. No desciende por la garganta.

Unos minutos más tarde, añadió:

—Me gustaría inhalar una bocanada de aire —pronto se dominaría—. ¿Por qué hace tanto calor?

—Porque en el emplazamiento más eficaz tu traje no desprende bastante dióxido de carbono para enfriarte por debajo de los treinta grados. Por tanto, sudarás un poco.

—Sí, la temperatura parece estar a treinta y cinco o cuarenta.

—Será tu imaginación. Puedes cambiar el ambiente girando el botón de tu válvula aérea, pero esto haría que tu tanque soltara oxígeno junto con el CO₂, y nunca se sabe cuándo puede hacer falta.

—¿Cuánta reserva tenemos?

—Suficiente para cuarenta y ocho horas. Como el traje desprende el oxígeno directamente en tu sangre, podemos aprovechar un noventa y nueve por ciento del mismo, en lugar de desperdiciarlo en el enfriamiento personal, como hacen vuestros trajes lunáticos.

No pude resistir la tentación de pincharla.

—El término es «lunar» —replicó fríamente.

Bueno, ni siquiera sabía que «lunático» fuese denigrante.

—Creo que sacrificaré cierto margen en favor de la comodidad. Ya me siento bastante mal en esta gravedad para que tenga que cocerme en mi propio sudor.

—A tu gusto. Tú eres la experta en ambientes.

Me miró, pero creo que no estaba acostumbrada a leer las expresiones de un rostro reflectante. Giró el botón situado sobre su pecho izquierdo, y aumentó el flujo de calor.

—Esto te rebajará a los treinta grados, dejándote sólo con oxígeno para unas treinta horas, si permanecieras quieta. Cuanto más te muevas, más oxígeno gastará tu traje para mantenerte fresca.

Se llevó las manos a los labios.

—Timothy, ¿intentas decirme que no debo enfriarme? Bien, te obedeceré.

—No, creo que todo irá bien. Hasta casa sólo hay un trayecto de treinta minutos. Y lo que dijiste respecto a la gravedad es cierto; probablemente necesitas este alivio. Pero yo lo dejarte, sólo en veinticinco, como un compromiso razonable.

Silenciosamente, reajustó la válvula.

Jubilant pensó que era tonto tener una pista rodante de tráfico que funcionara en secciones de dos kilómetros. Se quejó las dos o tres primeras

veces que salimos del extremo de una para entrar en otra. Pero calló cuando llegamos a una sección resquebrajada por los terremotos. Tuvimos que andar un trecho entre dos secciones del deslizamiento temporal, y observó cómo las brigadas trabajaban para obturar la grieta de veinte metros que se había abierto bajo otra grieta antigua.

Sólo tuvimos un temblor camino de casa. En realidad, no fue nada, un cierto movimiento que nos obligó a bailar a fin de mantener los pies debajo del cuerpo. A Jubilant no pareció gustarle mucho. Yo ni siquiera me habría fijado en ello, pero Jubilant gritó al moverse el suelo.

En aquella época, nuestra casa estaba situada en lo alto de una colina. La habíamos trasladado allí después del enorme temblor de siete años negros, antes de que se resquebrajase por completo el promontorio en que vivíamos. En aquella ocasión estuve enterrado unas diez horas. Fue la primera vez que tuvieron que cavar para extraerme. A los mercurianos no les gusta habitar en los valles, porque tienden a llenarse de restos y desperdicios durante los temblores. Si se vive en lo alto de un monte, se tiene más probabilidades de continuar encima de todo cuando se produce un deslizamiento. Además, a mi madre y a mí nos encantan los vastos panoramas.

A Jubilant también le encantó. Hizo el primer comentario sobre el paisaje cuando estuvimos fuera de la casa y contemplábamos el valle que acabábamos de atravesar. El espaciopuerto de Mercurio se hallaba encima del acantilado, a treinta kilómetros de distancia. Desde tan lejos es posible observar la forma hemisférica de los enormes edificios.

Pero Jubilant se mostró más interesada por las montañas que se alzaban a nuestras espaldas. Señaló una nube violácea que flotaba más allá de las faldas de una montaña y me preguntó qué era.

—La gruta de mercurio. Siempre ofrece este aspecto al comienzo del verano retrógrado. Te llevaré allí más tarde. Creo que te gustará.

Dorothy nos saludó cuando pasamos a través del muro.

No conseguí intuir qué molestaba a mamá. Parecía bastante feliz de ver a Jubilant al cabo de diecisiete años. Continuó charlando hábilmente respecto a

cómo había crecido y al magnífico aspecto que tenía. Hizo que nos colocásemos uno junto al otro y afirmó que nos parecíamos mucho. Era cierto, claro, puesto que genéticamente éramos idénticos. Jubilant medía cinco centímetros más que yo, pero los perdería en unos meses de soportar la gravedad de Mercurio.

—Se te parece mucho. Es igual a como eras tú hace dos años, antes de tu último cambio —observó finalmente.

No fue una declaración exacta, ya que la última vez que yo había sido hembra no era tan maduro sexualmente. Pero en esencia sus palabras eran ciertos. Tanto Jubilant como yo éramos machos genotípicamente, pero mamá me hizo cambiar de sexo al venir a Mercurio, o sea cuando yo contaba sólo quince meses de edad. Yo había pasado ya los primeros quince años de mi vida femenina. Y pensaba en volver a cambiar, aunque no tenía prisa.

—Estás muy bien conservada, Glitter —exclamó Jubilant.

Mamá frunció el ceño un instante.

—Ahora me llamo Dorothy, cariño. Cambié de nombre al trasladarnos aquí. En Mercurio todo el mundo se sirve de los antiguos nombres de la Tierra.

—Lo siento, lo había olvidado. Mi madre solía llamarte Glitter cuando hablaba de ti. Antes de que ella..., bueno, antes de que yo...

Hubo un silencio embarazoso. Sabía que me ocultaban algo, y agucé el oído. Esperaba enterarme de varias cosas referentes a Jubilant, cosas que Dorothy jamás me habría contado, por mucho que yo la hubiera apremiado. Al menos sabría por dónde empezar si quería sonsacar algo a Jubilant.

Por entonces me resultaba insoportable saber tan poco del misterio que rodeaba el hecho de haber crecido yo en Mercurio y no en la Luna, y por qué tenía una hermana genética. Tener un mellizo genético es un hecho muy raro, y yo necesitaba saber a qué se debía. No era denigrante, socialmente hablando, como tener un ogro por hermano ni tan escandaloso, pero pronto aprendí a no contárselo a los demás. Estos hubieran querido saber cómo pudo ocurrir, cómo mamá logró burlar las leyes que prohibían esta clase de preferencia desfavorable. «Una Persona, un Hijo.» Esta es la primera lección de moral que aprende cualquier niño, incluso antes de escoger una existencia.

Mamá no estaba en la cárcel; por tanto, la cosa debía de ser legal. Pero ¿cómo? ¿Y por qué? Ella no hablaba, pero tal vez Jubilant me lo explicase.

Cenamos en silencio, interrumpido solamente por unos torpes intentos de conversación. Jubilant sufría un ataque de nervios y padecía las consecuencias de nuestras diferentes cultura y mentalidad. Yo lo comprendía, viéndola mirar a su alrededor. Los lunáticos..., perdón, los lunarios viven su existencia en las grietas de las rocas y necesitan la presencia de muros sólidos a su alrededor. No salen mucho. Y cuando lo hacen, van envueltos como en un capullo de plástico y acero que palpan a su alrededor, y miran a través de una ventanilla. Jubilant se sentía terriblemente desnuda, y trataba de mostrarse valiente. Dentro de una casa con burbuja de fuerzas, es posible estar sentado sobre una plataforma bajo el sol abrasador. La burbuja es invisible desde dentro.

Cuando comprendí qué la inquietaba, puse en funcionamiento la polarización. La burbuja parecía, de este modo, vidrio pintado.

—Oh, no es necesario —protestó ella—. Ya me he acostumbrado. Aunque me gustaría que aquí tuvieseis paredes a las que poder mirar.

Era evidente que algo inquietaba a Dorothy. No se había fijado en la angustia de Jubilant, lo cual no era propio de su carácter. Hubiese debido colocar algunas cortinas para ofrecer a nuestra visitante la sensación de recinto.

Gracias a la conversación intermitente sostenida en la mesa me enteré de algunas cosas. Jubilant se había divorciado de su madre a los diez años terrestres de edad, lo cual era totalmente asombroso. Los únicos motivos para un divorcio a esa edad son cosas tan increíbles como un fanático proselitismo religioso. No sabía gran cosa de la madre adoptiva de Jubilant, ni siquiera su nombre, pero sabía que ella y Dorothy habían sido buenas amigas en la Luna. Pero la cuestión de por qué y cómo Dorothy había abandonado a su hija, viniéndose a Mercurio conmigo, no siendo yo más que una carga, se hallaba relacionado con esa amistad.

—Nunca intimamos mucho, que yo recuerde —decía Jubilant—. Me

contó varias estupideces, y no parecía encajar con lo demás. No sé explicarlo, pero los tribunales me dieron la razón. Afortunadamente, tuve un buen abogado.

—Tal vez se debiera en parte a esa relación tan fuera de lo corriente — comenté—. Ya sabéis a qué me refiero. No es lo mismo criarse con una madre adoptiva que con la verdadera.

Estas palabras fueron acogidas con un profundo silencio, hasta tal punto que me pregunté si no debería callarme hasta el final de la cena. Se intercambiaron varias miradas llenas de significado.

—Sí, esto podría formar parte del caso. De todos modos, a los tres años de haberte marchado tú de la Luna, comprendí que no podía resistir más. Hubiese debido venir aquí contigo. Yo no era más que una niña, pero ya quería estar a tu lado.

Miró a Dorothy con ojos de súplica, la cual estaba como estudiando la mesa. Jubilant había dejado de comer.

—Quizá sería mejor no hablar más del caso.

Ante mi sorpresa, Dorothy asintió. Esto me molestó. No deseaban hablar del asunto porque me ocultaban algo.

Jubilant durmió la siesta después de comer. Afirmó que deseaba ir conmigo a la gruta, pero que tenía que descansar a causa de la gravedad. Mientras dormía, traté una vez más de conseguir que Dorothy me contara toda la historia de su vida en la Luna.

—Pero ¿por qué estoy vivo? Has dicho que dejaste a Jubilant, tu hija, que tenía sólo tres años, con una amiga que la cuidaría en la Luna. ¿No querías llevártela contigo?

Me contempló con displicencia. Ya habíamos discutido el asunto en otras ocasiones.

—Timmy, eres mayor de edad desde hace tres años. Te he dicho que eres libre de dejarme si quieres. De todos modos, pronto lo harás. Pero no deseo discutir más este asunto.

—Mamá, sabes que no puedo insistir. Pero ¿acaso no me consideras lo

suficiente como para contarme toda la historia? Sé que me ocultas algo.

—Sí, te oculto algo. Pero prefiero que quede en el olvido. Es una cuestión de intimidad personal. ¿No sientes hacia mí suficiente respeto como para dejar de atosigarme?

Jamás la había visto tan alterada. Se levantó y, pasando a través de la pared, se marchó colina abajo. A medio camino, echó a correr.

Inicié la marcha hacia ella, pero al cabo de unos pasos retrocedí. No sabía qué decirle que no le hubiese dicho ya.

Fuimos a la gruta por etapas. Jubilant se sentía mucho mejor después del descanso, aunque todavía padecía bastante en las cuestas empinadas.

Yo no había estado en la gruta desde hacía cuatro años claros, ni había vuelto a jugar allí. Seguía siendo un lugar favorito de los niños. Había docenas de ellos.

Nos detuvimos sobre un reborde estrecho que daba a la piscina de azogue, y Jubilant quedó muy impresionada. La piscina de azogue se hallaba al fondo de una garganta estrecha, que estuvo bloqueada hace tiempo por un terremoto. Un lado de la garganta está siempre en la sombra, porque da al norte y el sol nunca sube tanto en nuestra latitud. Al fondo de la garganta está la piscina: veinte metros de anchura, cien de longitud, y unos cinco de profundidad. Nosotros «pensamos» que es profunda, pero esto no tiene sentido en una balsa de mercurio. Un trozo de plomo se hunde lentamente como en melaza espesa, pero todo lo demás flota. Los chiquillos tenían en el centro una roca respetable, que utilizaban como barca.

La piscina y cuanto la rodea es muy bello, pero estábamos en el verano retrógrado y la temperatura llegaba ya al máximo. Por tanto, el mercurio se hallaba cerca del punto de ebullición, y toda la zona estaba llena de vapor. Cuando las corrientes de electrones del sol pasaban a través del vapor, éste se iluminaba relampagueando y girando como una tormenta azul y fantasmal. El nivel estaba bajo, pero jamás desaparecía completamente el mercurio porque se condensaba en el acantilado, y regresaba lentamente a la garganta.

—¿De dónde viene? —quiso saber Jubilant, cuando dejó de sentirse

asombrada.

—Parte del mismo es natural, aunque la mayoría viene de las fábricas del puerto. Es un subproducto de los procesos de fusión al que no han encontrado ningún empleo, de modo que lo sueltan en los alrededores. El mercurio no puede desvanecerse en el aire, ya que pesa demasiado, y durante el año negro se condensa en los valles. El de aquí es especialmente bueno para recogerlo. De niño, yo solía jugar en esta balsa.

Jubilant estaba impresionada. En la Luna no hay nada semejante. Por lo que he oído, la Luna es muy triste en su exterior. Hace millones de años que allí no se mueve nada.

—Nunca vi nada tan hermoso. Pero ¿qué hacías de niño? El mercurio tiene que ser demasiado denso.

—Jamás se ha dicho una verdad más grande. Sólo es posible meter dentro la mano medio metro. Y se puede guardar el equilibrio: es posible permanecer de pie y hundirse uno quince centímetros. Lo cual no significa que sea imposible nadar aquí; sí que se puede nadar. Bajemos y te lo mostraré.

Todavía contemplaba la nube ionizada, pero me siguió. Aquella nube podía hipnotizarle a uno. Al principio parecía púrpura; luego, por el rabillo del ojo se veían otros colores. Sin embargo, nunca se distinguen con claridad, ya que son demasiado débiles. Pero existen, provocados por las impurezas de otros gases.

Tengo entendido que la gente solía fabricar lámparas de gases ionizantes: neón, argón, mercurio... Andar por una garganta mercurial es igual que caminar dentro del resplandor de una de aquellas lámparas.

A la mitad de la pendiente, cedieron las rodillas de Jubilant. Su campo de traje se puso rígido con el primer impacto, al caer de espaldas en tierra y empezar a resbalar. Cuando llegó a la piscina, parecía una estatua rígida, helada, en una postura difícil, al intentar detener la caída. Llegó a la piscina y quedó descansando de espaldas.

Yo también llegué a su lado felizmente. Estaba intentando ponerse de pie, cosa que le era imposible. Por fin se echó a reír al comprender que ofrecía una imagen muy tonta.

—No es posible permanecer de pie aquí. Mira cómo has de moverte.

Me puse boca abajo y empecé a agitar los brazos en un movimiento natatorio. Hay que comenzar con los brazos al frente y llevarlos a los costados con un largo movimiento circular. Cuanto más se hunde uno en él mercurio, más de prisa avanza. Y hay que continuar hasta que penetren los dedos de los pies. La piscina carece de fricción.

No tardó en nadar a mi lado, divirtiéndose enormemente. Lo mismo que yo. ¿Por qué dejamos de hacer tantas cosas cuando crecemos? No hay nada tan divertido en el sistema solar como nadar en una piscina de mercurio. Y aquel placer volvía a mi espíritu, cada vez que me deslizaba por la superficie espejeante, con la barbilla levantada. Con los ojos rozando la superficie, es tremenda la sensación de velocidad.

Algunos niños jugaban a hockey. Hubiera querido unirme a ellos, pero por sus miradas comprendí que nos consideraban demasiado mayores, y que además pensaban que ya no deberíamos estar allí nadando. Bien, esto fue un poco duro. Yo me divertía mucho nadando.

Al cabo de varias horas, Jubilant quiso descansar. Le enseñé cómo podía hacerlo sin resbalar de lado, formando un trípode al sentarse con los pies muy separados. Salvo tenderse por completo, ésta es la única forma de descansar. Cualquier otra posición hace que el apoyo se deslice a un lado por debajo del cuerpo. Jubilant se contentó con tenderse.

—Todavía soy incapaz de mirar directamente al sol —murmuró—. Empiezo a pensar que aquí podríais poseer un sistema mejor. Me refiero a los trajes internos.

—También lo había pensado —accedí—. Vosotros los luná..., los lunarios, pasáis muy poco tiempo en la superficie, por lo que no necesitáis un traje de fuerzas. Resultarían demasiado caros, especialmente para los niños. Es terrible lo que cuesta vestir a un niño. Dorothy no pagó sus deudas ni en veinte años.

—Sí, pero acaso valiese la pena. Oh, ya comprendo que costarían mucho, pero no dejaría que se quedasen pequeños, claro. ¿Cuánto durarían?

—Tendrían que cambiarse cada dos o tres años.

Cogí un puñado de mercurio y lo dejé deslizar por entre mis dedos hasta

su pecho. Buscaba una forma indirecta de referirme al tema de Dorothy y a cuanto Jubilant sabía de ella. Después de varios comienzos tontos, le pregunté directamente qué me estaban ocultando.

Pero ella no se dejó engañar.

—¿Qué hay en aquella cueva? —preguntó, rodando sobre su estómago.

—Aquello es la gruta.

—¿Y qué hay dentro?

—Te lo enseñaré si hablas.

Me miró con pena.

—No seas crío, Timothy. Si tu madre quiere que conozcas su existencia en la Luna, te la contará. No es asunto mío.

—No sería crío si tú dejaras de tratarme como tal. Los dos somos mayores. Puedes contarme lo que sea, sin pedirle permiso a mamá.

—Dejemos este tema.

—¡Eso es lo que me dice todo el mundo! —exclamé—. De acuerdo, ve sola a la gruta.

Lo hizo. Yo me quedé sentado en el lago, mirándolo todo con el ceño fruncido. No me gustaba estar en tinieblas, y especialmente no me gustaba que mis parientes hablasen a mi alrededor de algo que yo no podía saber.

Me asombraba descubrir cuan importante era para mí averiguar la verdadera razón del traslado de Dorothy a Mercurio. Yo había vivido diecisiete años sin saberlo, y ello no me había perjudicado en absoluto. Pero ahora que pensaba en todo lo que ella me había contado durante mi infancia, comprendía que la cosa no tenía sentido. Y la llegada de Jubilant me había obligado a examinar de nuevo todas aquellas explicaciones falsas. ¿Por qué había abandonado Dorothy a Jubilant en la Luna? ¿Por qué se había llevado en cambio a un chiquillo genético?

La gruta es como una cueva a la entrada de la garganta con una corriente de mercurio que brota de su boca. Esto sucede durante todo el año claro, aunque el riachuelo contiene más cantidad durante el punto álgido del verano. Este riachuelo está formado por el vapor de mercurio que se concentra en la

cueva, donde se condensa y cae a gotitas. Hallé a Jubilant sentada en el centro de un charco, como en trance. El resplandor de la ionización de la cueva parece más brillante dentro que fuera, donde ha de competir con la luz solar. A esto hay que añadir los millares de regueros de mercurio que devuelven el reflejo de la luz, y el conjunto origina un lugar que hay que verlo para creer que exista.

—Oh, lo siento... Te estuve molestando y...

—Chist...

Agitó las manos hacia mí. Estaba contemplando la caída de las gotas desde el techo, que se aplastaban sin formar ondas en los charcos aislados del suelo de la cueva. Me sentó a su lado para contemplar aquella maravilla.

—Cómo me gustaría vivir aquí —murmuró al cabo de lo que podía haber sido una hora.

—Yo nunca he considerado la idea de vivir en otro sitio.

Me miró, pero volvió a apartar la mirada. Deseaba leer en mi rostro, pero sólo consiguió ver el distorsionado reflejo del suyo.

—Pensé que deseabas ser capitán de una nave espacial.

—Oh, sí, sí..., pero siempre volvería aquí.

Callé unos minutos, reflexionando en lo que tanto me había preocupado últimamente.

—En realidad, podría dedicarme a otra ocupación.

—¿Por qué?

—Pues, porque gobernar una nave espacial ya no es lo mismo que antes. ¿Comprendes a qué me refiero?

Volvió a mirarme, y esta vez pareció más interesada en verme la cara.

—Tal vez.

—Sé qué piensas. Muchos chicos desean mandar naves. Crecen con esta idea. Quizá yo también. Pero me parece que nací con un siglo de retraso para satisfacer este deseo. Apenas existe una nave espacial en la que el capitán sea algo más que una figura decorativa. El verdadero amo de la nave es un comité compuesto por computadoras. Y éstas realizan todo el trabajo. El capitán es incapaz incluso de programarlas.

—Ignoraba que la cosa fuese tan mala.

—Oh, es peor aún. Todas las líneas de pasajeros están servidas por naves completamente automáticas. Las travesías de G elevado ya lo están, debido a que al cabo de una docena de viajes a cinco G la tripulación queda deshecha.

Medité sobre un triste factor de nuestra moderna civilización: la época romántica había desaparecido. El sistema solar estaba dominado. No cabía la menor aventura en nuestra forma de vida.

—Podrías marcharte a la zona cometaria —sugirió ella.

—Es lo único que aún me impulsa a ser piloto. Allí no hace falta ninguna computadora, pues de nada sirven para buscar agujeros negros. El último año negro pensé conseguir un empleo y adquirir un pasaje. Pero antes prefiero entrenarme como piloto.

—Muy prudente.

—Oh, no lo sé. Se dice que terminarás de dar cursos sobre astronavegación. A lo mejor tendré que autoenseñarme.

—¿Piensas que debemos seguir aquí? Tengo hambre.

—Quedémonos un poco más. Me encanta este lugar.

Estoy seguro de que llevábamos allí, por lo menos, unas cinco horas. La había interrogado respecto a su interés por la ingeniería ambiental y conseguí una respuesta sorprendentemente sincera. Esto dijo referente a su profesión:

—Después de divorciarme de mi madre —declaró—, comprendí que me interesaba encontrar un sitio seguro donde vivir. Por aquel entonces, no me sentía muy segura.

Más adelante halló otros motivos, pero admitió que el primer impulso fue debido a la necesidad de encontrar cierta seguridad. Cavilé respecto a su extraña infancia. Era la única persona que yo conocía que no se hubiera criado con su madre natural.

—Quise salir del sistema —añadió tras otro largo silencio—. A Plutón, por ejemplo. Tal vez nos encontremos allí algún día.

—Es posible.

Hubo un ligero temblor, no muy grande, pero suficiente para que los charcos de mercurio se agitasen. Jubilant quiso irse de allí. Estábamos

saltando por entre los charcos de mercurio cuando se produjo un estremecimiento violento y prolongado, y el resplandor violáceo se extinguió. Nos vimos separados, en medio de unas profundas tinieblas.

—¿Qué ha sido eso? —había pánico en su voz.

—Creo que estamos bloqueados. Debió de producirse un corrimiento en la entrada de la gruta. Bien, siéntate y lo averiguaré.

—¿Dónde estás? ¡No te encuentro, Timothy!

—No te muevas y volveré a tu lado dentro de un instante. Ten calma, serénate y no te preocupes. Nos sacarán dentro de unas horas.

—Timothy, no te encuentro, Timothy, no...

Me palpó con una mano, y al momento se abalanzó hacia mí. La estreché entre mis brazos para tranquilizarla. Unas horas antes me habría podido burlar por su comportamiento, pero ahora ya la comprendía mejor. Además, a nadie le gusta ser enterrado en vida. Ni siquiera a mí. La mantuve abrazada hasta que se calmó.

—Lo siento.

—No te disculpes. La primera vez me ocurrió lo mismo. Me alegro de que estés aquí. Ser enterrado solo es mucho peor aún que ser enterrado en vida. Bien, siéntate y haz lo que te ordene. Gira la válvula de inhalación completamente a la izquierda. ¿Ya está? Ahora vamos a utilizar el oxígeno al promedio más bajo posible. Debemos estar quietos a fin de no calentarnos demasiado.

—Está bien. ¿Qué más?

—Bueno, para empezar, ¿juegas al ajedrez?

—¿Cómo, nada más? ¿No hemos de enviar alguna señal?

—Ya lo hice.

—Y si quedamos enterrados en terreno sólido y el traje se congela, para que uno no muera aplastado, ¿cómo hay que actuar?

—No te preocupes, la válvula actúa mecánicamente si uno está quieto más de un minuto.

—Oh, de acuerdo. Peón cuatro rey.

Abandonamos la partida al decimoquinto movimiento. No sé visualizar muy bien el tablero, y si bien ella era excelente en ese juego, estaba demasiado nerviosa para pensar las jugadas. También yo estaba poniéndome nervioso. Si la entrada de la gruta estaba bloqueada con detritus, como pensaba, nos encontrarían en menos de una hora. Yo había aprendido a calcular el tiempo en la oscuridad, y sabía que habían transcurrido dos horas desde el temblor. Debía de haber sido mayor de lo que yo creía. Podía transcurrir un día entero antes de que nos sacasen de allí.

—Me sorprendió cuando vi que podía tocarte... no tu traje, sino tu piel.

—Me pareció que saltabas. Los trajes se funden. Cuando me tocaste, llevábamos un solo traje en lugar de dos. Ocurre a veces.

Estábamos tumbados uno junto al otro en un charco de mercurio, estrechamente abrazados. Nos hallábamos más tranquilos.

—O sea... Ya entiendo. Es posible hacer el amor con el traje puesto. ¿Era esto lo que estabas sugiriendo?

—Deberías probar en un charco de mercurio. Resulta el mejor método.

—Estamos en un charco de mercurio.

—Y no nos atrevemos a hacernos el amor. Oh, no, nos recalentaría demasiado. Y tal vez necesitemos nuestras reservas.

Estaba quieta, pero sentí cómo sus manos se apretaban a mi espalda.

—¿Estamos en peligro, Timothy?

—No, pero podríamos estarlo caso de prolongarse nuestra estancia aquí. Seguro que tienes sed. ¿Puedes soportarlo?

—Lástima que no podamos hacer el amor, Este serviría para no pensar en...

—¿Puedes soportarlo?

—Sí, sí puedo.

—Timothy, no llené mi tanque antes de salir de casa. ¿Importa mucho? Creo que no me puse en tensión, pero me asusté bastante. Reflexioné y no

vi hasta qué punto podía importar. Jubilant había gastado una hora de oxígeno, la mayor parte para llegar a casa, incluso a su promedio de enfriamiento. De repente recordé lo fría que estaba su piel cuando la tuve entre mis brazos.

—Jubilant, ¿estaba tu traje al enfriamiento máximo cuando salimos de casa?

—No, pero lo puse al máximo cuando iniciamos el paseo. Hacía tanto calor... Estaba a punto de desmayarme a causa del cansancio.

—¿Y no lo rebajaste hasta el temblor?

—Exacto.

Hice unos cálculos aproximados y el resultado no me gustó nada. Según las suposiciones más pesimistas, seguramente no le quedaban más de cinco horas de aire. Fuera habría podido disponer de unas doce horas. Y ella podía hacer el mismo cálculo que yo; por tanto, de nada servía ocultarle la verdad.

—Acércate —le ordené.

Se sentía intrigada porque ya estábamos muy juntos. Pero yo deseaba unir nuestras válvulas de inhalación. Las enganché y aguardé tres segundos.

—Ahora, nuestros tanques se igualan con la presión.

—¿Por qué lo has hecho? Oh, no, Timothy, no debiste hacerlo. La culpa es mía por no tener más cuidado.

—También lo hice en mi beneficio. ¿Cómo podría vivir si murieses aquí, pudiendo haberte salvado? Piensa en ello.

—Timothy, contestaré a cuantas preguntas me hagas con respecto a tu madre.

Aquella fue la primera vez que me volví loco. No me había enfadado con ella por haber olvidado llenar de nuevo su tanque. Ni siquiera por lo del enfriamiento. En realidad, tenía yo más culpa que ella. Lo había convertido en un juego, sin decirle realmente lo fundamental que era tener una reserva importante, y ella no me había tomado en serio, por lo que ahora pagaba el castigo de mis bromas. Yo había cometido la equivocación de suponer que, puesto que ella era una experta en seguridad lunar, podía cuidar de sí misma.

Pero ¿cómo podía hacerlo si no conocía exactamente cuál era el peligro?

Sin embargo, este ofrecimiento parecía el pago del oxígeno, y esto no es digno en Mercurio. En una dificultad, el aire siempre se comparte libremente. Las «gracias» no se estilan en Mercurio.

—No me debes nada, ¿entendido?

—No te lo he dicho por eso. Si vamos a morir aquí, considero una tontería guardar un secreto. Esto no tiene sentido, ¿no te parece?

—No. Si hemos de morir, ¿de qué sirve decírmelo? ¿De qué me servirá? Pero esto tampoco tiene sentido. No vamos a morir.

—Al menos servirá para pasar el tiempo.

Suspiré. Realmente, en aquel momento no me importaba lo que tanto había deseado saber.

—Está bien. Pregunta número uno: ¿por qué te abandonó Dorothy cuando vinimos aquí?

Tan pronto hube hablado, la pregunta me pareció importante.

—Porque no es nuestra madre. Yo me divorcié de nuestra madre a los diez años.

Me incorporé estremecido.

—Dorothy no es..., no es... Entonces..., ¿es mi madre adoptiva? Y mientras tanto, durante todo ese tiempo, siempre me dijo que...

—No, no es tu madre adoptiva, al menos no lo es técnicamente. Es tu padre.

—¿Cómo...?

—Es tu padre.

—¿Qué dices...? ¿Mi padre? ¿Qué locura es ésa? Pero ¿quién diablos sabe quién es su padre?

—Yo lo sé —declaró simplemente—. Y ahora tú también lo sabes.

—Será mejor que me lo cuentes todo.

Así lo hizo, y a pesar de ser la cosa más rara del universo, lo que me contó tenía sentido común.

Dorothy y la madre de Jubilant (¡mi madre!) habían sido miembros de una secta religiosa llamada los Primeros Principios. Supongo que tenían una serie de ideas estúpidas, pero la idiotez de una de ellas tenía algo que ver con

la llamada «familia nuclear». Ignoro por qué la llamaban así, tal vez porque la inventaron en la época en que nació la fuerza nuclear. Dicha familia estaba formada por una madre y un padre, y vivían en el mismo hogar con docenas de hijos.

Los Primeros Principios no llegaron muy lejos, puesto que tuvieron que adherirse a la norma convencional «Una Persona-Un Hijo», o les habrían linchado en lugar de tolerarlos... Sin embargo, les gustaba la idea de ser unos padres biológicos viviendo juntos y criando a dos hijos.

De modo que Dorothy y Gleam (Glitter y Gleam en la Luna) se *casaron*, y Gleam adoptó el papel femenino para el primer hijo: lo concibió, lo parió y lo llamó Jubilant.

Luego, las cosas fueron de mal en peor, como hubiera dicho cualquier persona en su sano juicio. No estoy muy fuerte en historia, pero conozco algo de lo que ocurrió en la vieja Tierra. Los esposos mataban a sus mujeres, las mujeres mataban a sus maridos, los padres azotaban a sus hijos, hubo guerras, hubo hambre..., en fin, calamidades. Ignoro qué parte de causa tuvo todo aquello en la fundación de la llamada «familia nuclear», pero debía de ser muy duro «casarse» y descubrir después que la persona elegida no era la más adecuada. De modo que los hijos cargaban con las culpas. No hay que ser sociólogo para comprender el drama.

Sus relaciones, si bien al principio pudieron resultar perfectas y hasta maravillosas, fueron a menos durante tres años. Creo que llegó un momento en que Glitter ni siquiera pudo vivir en el mismo planeta que su esposa. Pero amaba a su hija y había llegado a pensar en ella como algo propio. Traten de hacer comprender esto a un tribunal. La jurisprudencia moderna no reconoce el concepto de la paternidad, como tampoco reconoce el derecho divino de los reyes. Glitter no podía apoyarse en ningún precepto legal. La criatura pertenecía a Gleam.

Pero mi madre (madre adoptiva, ya que todavía no puedo llamarle padre) encontró una fórmula de compromiso. De nada servía quejarse por no poder tener consigo a Jubilant. Tenía que aceptar este hecho. Pero podía llevarse un pedazo: yo. De modo que se marchó a Mercurio con su hijo genético, se cambió el sexo, me crió y educó, y jamás soltó una palabra referente a los

Primeros Principios.

Al escuchar todo esto me fui serenando, aunque, en verdad, aquello era toda una revelación. Yo tenía muchísimas preguntas que hacer, y por el momento me olvidé del peligro de muerte que nos acechaba.

—No, Dorothy ya no pertenece a ninguna confesión religiosa. Esta fue una de las causas de la separación. Por lo que sé, Gleam es hoy día el único miembro de aquella iglesia que no duró mucho. Las parejas formadas en esta religión no tardaron en deshacerse y separarse. Por esto creo que el tribunal me concedió el divorcio: Gleam intentó obligarme a compartir su religión. Cuando se lo conté a mis amigos se echaron a reír y esto me molestó mucho, incluso a mis diez años de edad. Dije al tribunal que estaba segura de que mi madre estaba loca y el tribunal estuvo de acuerdo conmigo.

—De modo..., de modo que Dorothy todavía no ha tenido ningún hijo. ¿Crees que aún puede tenerlo? ¿Cuáles son las legalidades necesarias?

—Muy fáciles, según Dorothy. A los jueces no les gusta, pero es su derecho de parto y no se lo pueden negar. Consiguió el permiso para criarte a causa de un fallo en las leyes, puesto que se marchaba a Mercurio y estaría fuera de la jurisdicción lunar. Poco después de que saliéramos ambos de la Luna, reformaron el fallo. De modo que tú y yo somos únicos. ¿Qué opinas de todo esto?

—No sé... Creo que me gustaría tener una familia normal. ¿Qué puedo decirle ahora a Dorothy?

Jubilant me abrazó y se lo agradecí. Me estaba sintiendo joven y solo. El relato todavía me daba vueltas en la cabeza y temía saber cuál sería mi reacción después de digerirlo por completo.

—Yo no le diría nada. Porque, probablemente, ella te lo contará todo antes de que te marches a la zona cometaria, pero si no habla, ¿qué importa? ¿No ha sido una madre para ti? ¿Tienes alguna queja? ¿Tan importante es el factor biológico de la maternidad? No. Creo que no. Creo que el amor es mucho más importante y ella te ama.

—¿Pero es mi padre! ¿Cómo puedo relacionar todo esto?

—Ni lo intentes. Sospecho que los padres querían a sus hijos tanto como las madres cuando la paternidad era algo más que una simple inseminación.

—Quizá tengas razón. Sí, creo que tienes razón.

Me abrazó en la oscuridad.

Tres horas más tarde hubo un derrumbamiento y el resplandor violáceo volvió a rodearnos.

Anduvimos hacia la luz del sol cogidos de la mano. El equipo de rescate nos recibió, sonriendo y dándonos palmadas en la espalda. Llenaron nuestros tanques y gozamos del lujo de malgastar oxígeno para desechar el calor.

—¿Habéis sufrido mucho? —quiso saber el jefe del equipo de rescate.

—Regular. ¿Fue muy grande el temblor? —pregunté.

—Normal. Vosotros dos habéis sido los últimos que hemos rescatado. ¿Lo pasasteis muy mal?

Miré a Jubilant, que parecía haber resucitado de entre los muertos, y sonreía como una loca. Reflexioné mi respuesta.

—No, no mucho.

Trepamos por la cuesta rocosa y miré hacia atrás. El terremoto había arrojado varias toneladas de roca a la garganta mercurial. Peor aún, había quedado destruida la represa natural del fondo. Casi todo el mercurio había descendido al valle. Sí, la gruta de mercurio ya no volvería a ser el lugar mágico de mi niñez. Era triste. Yo había amado aquella cueva y ahora me parecía que abandonaba detrás de mí algo muy querido.

Le di la espalda a la gruta y me dirigí a mi casa con Dorothy.

«PIGGY»

Kit Reed

Los relatos sobre híbridos de humanos y extraterrestres son relativamente frecuentes en la ciencia ficción. No lo son tanto, sin embargo, los que consideran la posibilidad de híbridos animales nacidos del cruce de una bestia del espacio con su homóloga terrestre.

En este dulce y patético relato, bastante alejado de su habitual línea satírica, Kit Reed nos cuenta lo que podría suceder si un fantástico Pegaso estelar fecundara a una yegua terrestre.

Theron lo juraba. Aquélla noche una gran figura alada había bajado del cielo y se había arrojado sobre «Duquesa», la vieja yegua percherona.

Tan pronto como ocurrió esto. Theron entró corriendo en casa y trató de decírselo a su padre, pero éste lo apartó a un lado diciéndole:

—No digas tonterías.

Y así quedó la cosa hasta que la yegua parió al año siguiente. El potro era rosa, como de plástico rosa, como los pequeños muñecos de diez centavos, y el papá de Theron tuvo que mirarlo detenidamente para descubrir el ligero vello blanco. La cría de la yegua era panzuda como un par de barriles, y cuando finalmente se puso en pie, se tambaleó sobre unas patas que hubieran sido insuficientes para sostener un cachorro de perro. En seguida, los Pinckney le pusieron el nombre de «Piggy».

«Piggy» se convirtió en el compañero inseparable de Theron. Antes de que naciera el potrillo, el niño no tenía a nadie en la vieja y destartalada casona. No tenía a nadie con quien hablar más que con su madre, ni nadie con quien jugar más que con los gemelos, pero eran demasiado pequeños, incluso pare sentarse solos, así que, espontáneamente, eligió a «Piggy», que pronto quedó instalado bajo su ventana, en un pesebre improvisado en la parte cubierta del porche. Theron ponía paja en los huecos de la baranda para que el potrillo comiera sin levantarse, y colgó un cubo de grano de uno de los pilares de mármol, de forma que el animal llegara hasta él con su hocico. Su madre le dio una fuente de loza floreada donde el abuelo solía hacer el ponche, así que, cuando «Piggy» quisiera agua, no tenía que ir hasta la artesa.

En las noches frías, cuando el invierno helaba la hierba del pantano y la señora Pinckney, al mirar por la ventana veía al potrillo tiritando, echaba

sobre él una manta o la chaqueta de marino de su esposo. Algunas veces ella dejaba que Theron saliera a sentarse con él, y el chico encendía una pequeña fogata.

La noche del huracán, la señora Pinckney dijo a su hijo que «Piggy» podía entrar en casa. Los dos lo hicieron por la puerta grande, la de dos hojas; y «Piggy» se cobijó en la sala de estar. A partir de entonces pasaba mucho tiempo dentro de casa. La madre de Theron mandaba a éste a buscarlo siempre que su esposo estaba pescando camarones fuera de Port Royal o gastándose el dinero en Beaufort, la ciudad más cercana. El animal era muy limpio cuando estaba dentro y, sentado ante el fuego, recogía las patas y apoyaba la cabeza en las rodillas de su amigo. A veces, gruñía, dirigiéndose a Luvver y Fester, los gemelos. La señora Pinckney se sentaba en la silla que su tatarabuelo había traído consigo de Inglaterra, y, viendo al chico hacer nudos en la crin amarillenta de «Piggy», pensaba lo bueno que era que éste tuviera un amigo.

Durante el día, cuando Theron no estaba, «Piggy» la llamaba y ella acudía, se sentaba en la baranda y se quedaba mirándolo. Algunas veces había querido seguirla, sosteniéndose con dificultad sobre sus patas, pero ella lo había hecho volver a su establo, porque pertenecía al muchacho y debía esperarle.

El padre de Theron no tenía los mismos gustos, y, si podía, no se acercaba al pesebre porque el sólo nombre de «Piggy» le ponía furioso. Y tenía razón. Lo había estado alimentando durante años, esperando que se hiciera lo suficientemente fuerte como para tirar de un arado o, por lo menos, para pasear a los gemelos en su carrito, pero «Piggy» se echaba a temblar en cuanto el señor Pinckney se acercaba con el carrito, y sus patas se doblaban cada vez que trataba de ponerle los arneses. El hombre le chillaba unas cuantas palabrotas y el potro tenía que comer de nuevo para recuperar las fuerzas. Ni siquiera el chico podía hacer que se moviese. Al principio el señor Pinckney lo soportó, porque era sólo un potrillo. El resto de la familia lo quería mucho.

Cuando Theron cumplió los quince años, «Piggy», tenía ya cinco, y el señor Pinckney estaba hasta la coronilla. Comía más grano que «Duquesa» y

«Rollo» juntos y no había realizado el más mínimo trabajo en toda su rosada existencia. Una mañana, al levantarse, el chico vio a su padre sentado en la baranda del porche, con «Piggy» acurrucado a sus pies como un gigantesco gato.

—Buenos días, Theron.

—Buenos días, papá.

—Estaba mirando a «Piggy»...

Al muchacho le dio un vuelco el corazón.

—Sí, papá. —Y sentándose en la baranda, lo observó también. «Piggy» levantó sus pestañas blancas y lo miró con sus ojos amarillos.

El señor Pinckney apoyó sobre el pecho su áspera barbilla.

—«Piggy» ha comido ya bastante de mi grano. Mañana llamaré a los perreros para que lo eliminen.

—¡Los perreros! —Theron pareció como herido.

El señor Pinckney sacudió a la bestia un ligero puntapié. «Piggy» —lampiño, cebón— se mordisqueaba pensativamente los cascos.

—¿A eso se le puede llamar caballo?

—Sí, papá. Es un buen caballo.

Su padre volvió la cabeza para mirar a su viejo caballo negro.

—También lo es «Archambault».

—Lo digo en serio, papá. Dame una oportunidad con él y lo verás —Theron murmuró algunas palabras y estuvo dándole vueltas hasta que le salieron bien; entonces su rostro se iluminó—. Apuesto a que puedo tenerlo listo para montar esta misma noche —y pasó los dedos por entre la escasa crin amarilla—. Mamá no tendría que caminar hasta la ciudad, «Piggy» la llevaría.

—Tiene razón, Eldred —dijo la señora Pinckney. Pero el padre le cerró la ventana en las narices.

No les importaba que «Piggy» los llevase de aquí para allá o no. Era un amigo especial.

«Archambault» se acercó y lamió a «Piggy» en el hocico.

—¡Bien, papá! —Theron estaba ya obligando a la bestia a ponerse de pie—. Eh, Luvver —dijo, e hizo un gesto que indicaba a Luvver que era mejor

que obedeciese o iba a saber lo que era bueno. Entre los dos consiguieron que «Piggy» se moviera y se dirigieron al prado que estaba detrás de la casa. Theron iba delante, conduciéndolo, más orgulloso que Lucifer. Por unos minutos, el potro manejó con soltura sus patas, en lugar de arrastrarlas—. Ya verás, papá. Estaremos listos antes de que vuelvas de Beaufort. ¿Verdad, Luvver?

Cinco minutos después, Luvver estaba de vuelta. Estuvo insistiendo hasta que su padre le dio un cubo de grano.

—Se ha sentado otra vez —dijo.

Sostuvieron el grano delante de «Piggy» y éste los siguió hasta los pastos. Entonces lo dejaron yacer de costado para que pudiera comer hierba. Mientras, Theron llevaba a Luvver a sus espaldas, pretendiendo ir a cuatro patas, trotando, galopando, para enseñar al animal cómo tenía que hacer. Le hicieron ponerse de pie sobre sus cuatro patas y el muchacho puso a Luvver encima de su lomo. Pero se sentó y Luvver cayó a un lado, gritando:

—Así, así. Esa es la mejor manera.

Theron cogió a «Piggy» por el cabestro y dijo:

—¡No seas fresco!

En la siguiente caída, Luvver gritó:

—Voy a usar la fuerza. ¡Maldito caballo!

Y en la otra:

—Está demasiado gordo por la parte donde me siento.

Cada vez que se caía y se daba un golpe, se quedaba indeciso por unos momentos con una expresión extraña, y luego maldecía al caballo. Cuando su hermano le regañaba repetía:

—«Piggy» me lo hizo decir. Tuve que hablar así.

—Bah, Luvver, no seas bruto.

Pero a la siguiente caída, Luvver dijo:

—Caí de la silla y me di en la rabadilla.

Theron le ordenó volver a la casa y enviar a Fester en su lugar.

Mientras esperaba a Fester, hizo que «Piggy» se levantara y anduviese de lado hasta quedar sobre una roca de forma que no pudiera volver asentarse. Era ya casi mediodía y, como Fester tardaba en llegar, decidió montarlo él

mismo. El animal volvió la cabeza y lo miró con expresión herida, mientras trepaba al grueso lomo. Luego agachó un poco el lampiño trasero con intención de sentarse, y miró de nuevo a su dueño curvando el belfo cuando se dio cuenta de que no podía hacerlo porque había una piedra debajo de él. Bajó los párpados y resopló, como sintiéndose traicionado.

—Vamos, vamos, «Pelo de plata» —le dijo, dándole unos golpecitos en el cuello.

Luego retrocedió, porque se había apoderado de él una extraña sensación y no sabía qué más iba a decir. «Piggy» trató de sentarse otra vez y, sin poder contenerse, Theron empezó a golpearlo con sus tacones y a gritar:

*Vamos, caballo,
el único que tengo;
tengo que domarte
para mi madre.*

Y se asustó tanto que saltó por los aires y llegó corriendo hasta la mitad del prado. El caballo revolvió sus cuartos traseros, tratando de liberarse de la piedra. Subió de nuevo el muchacho y volvió a caer. Estuvo sentado un minuto, y sus sentimientos por «Piggy», el prado, y el día, empezaron a ser diferentes. Entonces, de improviso, algo se agitó dentro de él, y antes de que pudiera evitarlo abrió la boca y cantó:

*La vida es algo verdadero y ardiente
y la muerte no es su final.
Polvo eres y al polvo volverás,
negro como un hoyo, de extremo a extremo.*

Y era tan hermoso que por poco no le sorprende Fester llorando cuando, de pronto, apareció en el prado.

—Aquí está el hombrecito —dijo a Fester, que se hurgaba la nariz; luego se bajó de «Piggy» porque ya no podía confiar en sí mismo y añadió—:

Vuelve a casa, no te necesito aquí, y diles a papá y a mamá que vengan antes de que oscurezca. ¡Corre!

Tan pronto como Fester se hubo marchado, volvió junto al caballo y miró sus ojos amarillos. El animal respiraba, sin darse por enterado, y dejaba colgar el grueso belfo porque había sido un día largo y caluroso.

—¿Qué es lo que guardas en tu interior, caballo? —Y como éste no volviese siquiera la cabeza para acariciarle la mano con el hocico, Theron volvió a montarlo por ver si volvía a sentir aquella extraña sensación. En el momento en que estuvo arriba el prado cambió; se hizo más verde y brillante, y el cielo tomó el color de un trozo de nácar. Meneó la cabeza, porque dentro de ella zumbaban muchas ideas raras, y antes de que pudiera contenerse se encontró, otra vez, hablando en voz alta. Sus palabras eran más raras que las que aparecían en los poemas que leía en aquel séptimo curso. Theron echó hacia atrás la cabeza y se escuchó: decía muchas cosas, y usaba palabras musicales que hablaban de algo que nunca había visto en el mundo. Continuó así hasta que sintió a «Piggy» revolverse, cansado, debajo de él. Se dejó caer y lo puso debajo de un árbol, donde los dos pudieran descansar.

Cuando sus padres llegaron al prado aquella noche, encontraron a «Piggy» más derecho de lo que nunca había estado en toda su voluminosa existencia, y a su hijo, erguido y orgulloso, sentado sobre él. Estuvo allí subido hasta que se aseguró de que lo habían visto bien. Luego bajó y dijo:

—¿Ves, papá? Ya está entrenado. Me sostiene estupendamente.

El señor Pinckney estaba a punto de abrir su boca y decir: «Si está tan bien entrenado, veamos cómo anda», pero su esposa, que le tenía cogido del brazo, lo arrastraba lejos diciendo a cada paso que daba:

—Es maravilloso, Theron, es maravilloso.

Cuando estuvieron lo bastante lejos como para que no se les oyera, dijo a su marido que no tenía mucha importancia que el caballo estuviera sostenido por una piedra. Si el chico se preocupaba de él era mejor dejárselo. Y añadió que si veía acercarse a los perreros en su coche-jaula, iba a olvidar las promesas de su matrimonio y a pegarle un tiro.

Cuando Theron volvió del prado era ya tan tarde que sus padres se habían acostado. Su madre le había dejado un plato de fiambre sobre la mesa, pero

estaba demasiado agitado para querer comer. Se fue a la cama, musitando versos una y otra vez, para poder recordarlos a la mañana siguiente.

Al otro día, todos creían que Theron estaba en la escuela, tal como debía, pero cuando Luvver y Fester empezaron a jugar al escondite, y Luvver dejó a su hermano cara al tronco del árbol, contando hasta un millón dos, aquél salió disparado hacia el prado para esconderse, y encontró a nuestro héroe sentado sobre «Piggy», agitando los brazos tanto como podía. Le preguntó por qué no estaba en la escuela, pero como le repuso algo que no pudo comprender y le vio con una expresión tan feroz, dio la vuelta y corrió hacia la casa. Ni siquiera se lo dijo a Fester cuando éste le encontró por fin, escondido bajo la consola de mármol donde su padre guardaba las botas.

Largas y musicales palabras resonaban en la cabeza del chico cuando aquella noche llegó para cenar. Era tarde, y todos, menos su madre, estaban sentados en el porche. Él dio la vuelta y se deslizó hasta la mesa de la cocina, mientras su madre permanecía de espaldas, ocupada en el fuego.

—Mamá —dijo, y ella dio un salto, porque no le había oído entrar—. Mamá, ¿verdad que es hermoso?

Y declamó un largo y musical poema que terminaba:

... huellas en las arenas del tiempo.

Y encogía los delgados hombros para tratar de retener las palabras, porque éstas le acariciaban el alma.

Su madre le puso afectuosamente una mano sobre la cabeza y le dijo:

—Anda, tómate tu sémola.

Su padre ni siquiera le hubiese escuchado.

Al día siguiente, después de la escuela, acorraló a Luvver junto a la fresquera y empezó a declamarle un poema tras otro. El niño parecía tranquilo, y Theron sintió que el corazón se le alegraba. Hasta que se dio cuenta de que estaba tranquilo porque se estaba hurgando la nariz.

Desde entonces empezó a callarse muchas cosas, y se iba al prado tan pronto volvía de la escuela. Estaba hosco y callado casi siempre, pensando en

el poema que le vendría en cuanto se sentara sobre «Piggy». Este detestaba estar de pie, pero parecía comprender cuánto le gustaba a su dueño y permanecía así hasta que el chico quería bajarse.

Una vez, Theron volvió de la escuela y encontró a su madre arrodillada junto a «Piggy», acariciándole el pelado cuello. Ella levantó la vista y le dijo:

—¿Hay algo especial en «Piggy», hijo?

—Intenté decírtelo, mamá. Él me inspira la poesía.

—¿Esas cosas que dices mientras duermes?

—Creo que sí, mamá. —Deseaba que su madre le dejase marchar, para volver a montar a su caballo.

—Fue algo extraño —dijo ella, pensativa—. Hace rato casi intentó levantarse. Me tocaba con el hocico como si quisiera que yo hiciera algo.

Poco después de aquello. Theron construyó una cabaña en el prado y sacó a la bestia para siempre de su pesebre del porche. Luego salió de la casa con una silla estilo reina Ana, una pila de mantas y un jarrón holandés para que el lugar pareciese acogedor. Cuando llegó el otoño utilizó una palanca para mover la piedra hasta el interior de la cabaña, de forma que pudieran sentarse allí casi todo el día, él recitando sus poemas, y el animal, un poco amodorrado, con una de las ancas caída y escuchando la voz de Theron. Su padre había partido con la flota pesquera en busca de aguas mejores, y no había nadie que preguntase al joven por qué pasaba tanto tiempo allá en el prado.

Durante el día, «Piggy» lo dejaba sentarse sobre él, y nuevos versos acudían a su mente; al anochecer le hablaba y le recitaba tantos versos como podía recordar. El caballo se sentaba. Tembloroso, sobre sus gruesos flancos. Apoyaba el hocico en las rodillas de Theron y lo miraba con sus ojos amarillos. Uno de los gemelos venía con un pequeño cuenco de comida y así nuestro amigo no tenía que volver a casa hasta bien entrada la noche. Algunas veces su madre le paraba en el vestíbulo Y mirándole a los ojos, trataba de hablar con él, pero él decía: «Buenas noches, mamá», y se iba a su habitación. Ya en la cama, cruzaba los pies, miraba al techo y recitaba los versos que le venían a la memoria. Pronto hubo tantos poemas revueltos en su cabeza que tuvo miedo de olvidar algunos y empezó a escribirlos. Se

trasladó a la cabaña aquel octubre, y él y «Piggy» vivían tranquilos en la calma del otoño, con cientos de palabras flotando alrededor como briznas de diente de león luciendo bajo el sol.

Era demasiado hermoso para no compartirlo. Theron fue un día al escritorio de su padre, cogió una revista y escribió su dirección, porque pensaba que otras personas debían conocer también los poemas de «Piggy». Su madre, que le quería lo suficiente como para dejarle seguir su camino, le dio tres centavos y él envió uno de sus poemas favoritos a la *Breeders Gazette*. Durante dos semanas, fue diariamente al buzón por ver si había, algo para él. Luego se olvidó de ello por un tiempo.

En noviembre regresó el señor Pinckney. Tiró su bolsa de lona y su gorra de marino en el suelo del vestíbulo, se deshizo de los dos gemelos que le tiraban del pantalón y preguntó a su esposa dónde estaba Theron.

Ella encerró a los gemelos en la cocina y dijo:

—Está en el prado.

Él la miró con ojos penetrantes.

—¿Te ha ayudado en algo desde que me fui?

—Pues claro que sí —repuso ella, poniéndose delante de la puerta del comedor para esconder los arneses que su hijo habría tenido que reparar, como cada verano, y que aún estaban esperando sobre la mesa del comedor.

—Ha estado perdiendo el tiempo con ese... caballo —dijo él, remangándose el jersey y buscando por la habitación algo con que golpearle.

—Eldred Pinckney, si se te ocurre ponerle la mano encima a ese muchacho... —la señora Pinckney se plantó frente a él.

—No voy por Theron, sino por «Piggy». Debí dejar que los perreros se encargaran de él —refunfuñó, retrocediendo un poco—. Lo llevaré a Beaufort esta noche a ver cuánto me dan por él...

Estaba tan furioso que había olvidado que el animal no iba a caminar. Cogió un bastón del paragüero en forma de pata de elefante y se dirigió a la puerta. La puerta-mosquitero le golpeó la cara y retrocedió, viendo ante él a un hombrecito vestido con traje de chaqueta, vacilante aún tras su lucha con la puerta.

—Es maravilloso, ¡maravilloso! —exclamó, pasando como un torbellino

ante el padre de Theron y cogiendo a la señora Pinckney por ambas manos—. ¿Dónde está él ahora? —y ajustando bajo el brazo un fajo de papeles doblados, empezó a husmear por la casa.

—¿Qué es maravilloso? —dijo el señor Pinckney que permanecía junto a la puerta con cara de asombro.

—Pues *esto* —dijo el hombre del traje de chaqueta, cerrando los ojos como si estuviera en la iglesia y recitando:

*¡Cielo, cielo de nubes de colores cambiantes
y de pájaros como flechas entre ellas!
Sol que inflamas a los ruiseñores
antes de que podamos verlos
en nuestros escondrijos...*

Pero su voz se fue apagando al ver que los padres de Theron no creían en absoluto que aquello era maravilloso. Entonces dijo:

—¡Oh! ¿No sabían nada? —su voz se fue debilitando más y más—. Quizá, sea mejor que les explique...

Poco después, mientras el señor Pinckney paseaba su mal humor, su esposa llevó al hombre del traje de chaqueta al prado de Theron. En aquel momento el muchacho llevaba a «Piggy» al interior de la cabaña.

—Theron, querido, éste es el señor Brooks. Dirige una revista de poesía...

El señor Brooks enrojeció hasta las orejas y dijo:

—Bueno, me temo que eso es sólo en mis ratos libres. Actualmente trabajo para la *Breeders Gazette*. Pasaba por aquí, recogiendo datos para un artículo sobre cerdos...

—¿Recibió mi poema? —preguntó Theron; y tiró de él hacia dentro.

Hizo sentarse al señor Brooks bastante lejos de «Piggy» para que no se asustara, y hablaron largo rato. El señor Brooks dijo a Theron que la *Breeders Gazette* no trabajaba exactamente con aquella clase de poesía, pero él sí, que trabajaba allí sólo para poder sostener su revista de poesía, y había visto el

poema, y quería hacerle saber que creía que era maravilloso. El señor Brooks dio a Theron una copia de *Fragile*, que era su revista de poesía, y también cinco dólares, porque su poema figuraba allí. Luego se levantó y cogió la mano de Theron.

—Si pudieras venir conmigo a Louaville apuesto a que podría conseguirte una beca en alguna parte. Podrías escribir poesía para la revista *El Bajel de la Pradera*, podrías ganar el premio Bollingen... —Los ojos del señor Brooks tenían una expresión soñadora—. Pronto seríamos famosos, hijo. Con tu talento...

—Fue «Piggy» —dijo Theron, que se había puesto una mano sobre la boca, enrojeciendo.

—¿Qué has dicho?

—No he sido yo. Fue «Piggy».

Lo dijo una y otra vez, pero el señor Brooks no quería comprenderlo. Por fin, Theron pudo meterle en la cabeza que nunca podría ir a Louaville y que le agradecía la proposición. Pero, como el señor Brooks parecía bastante defraudado, Theron miró los cinco dólares que le había dado y le prometió enviarle cuantos poemas escribiese.

Dio unos golpecitos sobre la nariz de «Piggy» y condujo al señor Brooks al borde del prado.

—No podría dejar a «Piggy», ¿sabe usted? —y le dio un fajo de poemas, porque parecía a punto de llorar.

El señor Brooks debió haber dicho algo al padre de Theron, a su vuelta a la casa, porque éste fue a la cabaña y se llevó los cinco dólares del chico. Y nunca más volvió a hablar de deshacerse de «Piggy», ni tampoco de mandar a su hijo a la escuela.

Después de aquello se recibieron algunas cantidades de dinero que el padre de Theron retuvo para mejorar la casa, y también algunas copias más de unas revistas que se llamaban *Reto* y *Capacidad*, mimeografiadas como *Fragile*, y poco después revistas más serias que aburrían a Theron y a «Piggy» porque no tenían ilustraciones, y a los pocos años se recibieron copias: de *The Atlantic* y de *The Saturday Review*. Algunas veces venían personas a ver al poeta, cargadas con sus propios poemas, pero el padre de

Theron las despachaba. De vez en cuando, el señor Brooks enviaba el resumen de una conferencia que había dado sobre poesía —poesía de Theron, naturalmente—, porque el señor Brooks se había designado a sí mismo, su padrino y su agente (así se lo había explicado a Theron), y era muy famoso. Se había marchado incluso de la *Breeders Gazette*.

Pasaron unos años. Los gemelos se casaron y se fueron a vivir a otro sitio. Empezó a caerse el pelo del pecho de «Piggy» y aparecieron otros pelos transparentes en su crin. Theron sólo lo montaba dos horas al día, y las palabras que ahora acudían a él eran claras, cortantes y puras, y volteaban suavemente sobre su cabeza como las gaviotas sobre el río.

Su madre le traía la comida cada tarde y se llevaba los poemas para enviarlos al señor Brooks. El poema más largo de «Piggy» pagó el funeral del padre de Theron cuando éste murió. Después de ser enterrado, la madre de Theron empezó a dejarse caer por la cabaña, sintiéndose muy sola para volver a la casona vacía. Al principio, él se impacientaba al verla allí porque las palabras resonaban en su mente y quería encontrarse a solas con ellas. Pero una noche en que ella le tocó la mano al traerle su cuenco de comida, la miró y vio unas débiles y temblorosas líneas alrededor de su boca, y notó también que su mano temblaba. Se sintió tan triste que abrió la puerta de par en par y la hizo sentarse en la silla de estilo reina Ana. «Piggy» se balanceó un poco hasta quedar acostado junto a ella y puso la cabeza en su regazo. Y permanecieron, callados los dos, como conejos de los pantanos, mientras Theron hacía danzar las palabras a su alrededor.

Theron echó hacia atrás la cabeza, bajó la luz de la lámpara, y pensó en lo feliz que sería si pudiera morir en aquel momento. Cuando su madre se levantó para marcharse, él vio que algo brillaba en sus mejillas. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Hijo, ha sido maravilloso. —E, inclinando la cabeza, salió antes de que Theron pudiera decir nada. El caballo se incorporó, como si quisiera seguirla a la casa grande y volver a poner la cabeza en su regazo. Al día siguiente, su hijo la condujo a la silla reina Ana sin decir palabra y después de aquello la madre pasó todas las veladas con él y con «Piggy», escuchando los poemas en el recogido interior de la cabaña.

Una noche, después de que ella se hubo marchado, «Piggy» empujó suavemente a su dueño y éste vio, asombrado, cómo luchaba por ponerse en pie, abriendo sus patas delanteras para que su estómago descansara en la piedra. Luego le cogió suavemente la manga con sus dientes y meneó la cabeza, hasta que Theron montó con cuidado, ya que «Piggy» se cansaba mucho aquellos días.

Y entonces le inspiró la más hermosa poesía que produjera hasta entonces.

Cuando el poeta la envió al señor Brooks, éste dijo que aquello era la culminación —la perla— del último periodo de Theron.

*Declinaba el sol,
irremediablemente,
porque yo no podía detener a la Muerte.
Grandes vías de silencio conducían a lo distante...
Aferré en mi mano mis poderes,
lejos de la piedad y la compasión,
mi vida cerrada por dos veces ante su conclusión,
yo no pedí otra cosa.
Protegida en esas cámaras de alabastro,
una araña tejía en la noche.*

Cuando la señora Pinckney lo oyó a la tarde siguiente, rompió a llorar.

Pasaron los días, uno semejante al otro, hasta que una noche su madre golpeó en la puerta, temblorosa y con los ojos brillantes. Theron se sentó en silencio, sin empezar con sus poemas, porque sabía que ella tenía algo que decirle. Incluyó la frente y pretendió acariciar la escasa crin de «Piggy», y entonces se dio cuenta de que su hijo no empezaba, de que estaba esperando que le contase lo que la preocupaba.

—El señor Gummery preguntó por ti —dijo.

Theron se rascó la cabeza.

—Estabas en el cuarto grado el año que dejaste la escuela. —Sus manos

se agitaron en la crin del animal.

Theron revolvió algunos papeles, preguntándose qué le diría a continuación.

—Theron —dijo levantándose tan bruscamente que la cabeza de «Piggy» cayó de su regazo golpeándose contra el suelo—. Dice que la iglesia celebrará el mes que viene su ciento veinte aniversario. Quiere que le escribas una obra.

Las manos de Theron se quedaron inmóviles.

—Mamá, no sé si podré. «Piggy» se cansa cada vez más —su voz sonaba como la de un viejo—. Y yo también. ¿No podría servirse de una obra ya escrita?

Los ojos de la madre mostraron una expresión herida.

—Nunca te he pedido nada. Tu tatarabuelo asistió a esa iglesia —y tocándole el brazo, suavemente, añadió—: ¡Hijo...!

El joven miró a «Piggy», cuya piel se había vuelto casi transparente bajo el escaso pelo. Sus ojos, bajo las pestañas blancas, expresaban amor. Empezó a balancearse hacia atrás y hacia delante, sosteniéndose primero sobre un costado y luego sobre el estómago, hasta que consiguió meter debajo sus delgadas patas y empezó a incorporarse. Cuando estaba a punto de conseguirlo cayó a tierra, clavándose algunos fragmentos de madera en sus delicadas rodillas. Theron corrió hacia él, pero de nuevo empezó a luchar hasta que tuvo las patas metidas debajo. Luego se levantó con un gesto imponente y puso el hocico en el hombro de la señora Pinckney. Theron le lanzó una mirada trágica y luego se volvió a su madre.

—Es mejor que te vayas ahora, mamá. «Piggy» y yo debemos trabajar.

«Piggy» sostuvo a Theron sobre su lomo toda la noche y todo el día siguiente. Continuaban así cuando, al anochecer, la señora Pinckney golpeó la puerta de la cabaña. Su hijo tenía los ojos inyectados en sangre y los dedos entumecidos de tanto escribir, pero el caballo le sujetaba con los dientes cada vez que intentaba bajarse. Finalmente, Theron garabateó «Fin», demasiado ebrio de palabras para darse cuenta de lo que hacía. Con una galante inclinación de cabeza «Piggy» se dejó caer hacia un lado, liberándose de la roca que lo sostenía y dando con sus huesos en el suelo. Volvió la vista hacia

su amo y éste vio que le brillaban los ojos de satisfacción.

—Mamá —dijo Theron—, la obra.

Ella volvió la cabeza porque no podía soportar la vista del rígido y grueso cuerpo de «Piggy» y del dolor que asomaba a sus ojos.

Después de la representación en la iglesia, la señora Pinckney envió una copia de la obra *A. B.* (de Abraham) al señor Brooks. Poco después, éste le enviaba un montón de dinero y le decía que su hijo iba a ganar ciertamente el Premio de los Poetas. El dinero llegaba demasiado tarde. «Piggy» había empezado a declinar.

Theron llamó a un especialista del corazón, de Charleston (no quería a un veterinario, lo mismo que no había querido a los perreros, años atrás), pero no había nada que se pudiera hacer. Él se encerró en la cabaña y no dejó entrar ni siquiera a su madre. Ella se sentaba en los peldaños, escuchando la respiración fatigosa del animal.

El premio llegó un día después de que «Piggy» fuera enterrado, entre la suave hierba, a un extremo del prado y sobre su tumba se puso una señal hecha de madera.

Cinco hombres con traje y sombrero negros y una mujer con cuello y puños de encaje y un gorro de terciopelo se detuvieron ante la casa de los Pinckney. Estuvieron charlando quedamente bajo los árboles hasta que la Señora Pinckney abrió la puerta. Pero apenas reconoció al señor Brooks, por lo envejecido y elegante que estaba. Pareció no comprender hasta que, sin decir palabra, la mujer le mostró una pequeña caja de cuero, en cuyo interior, forrado de satén, podía verse la medalla con el nombre de Theron.

—Oh —dijo la señora Pinckney—. Quieren ver a mi hijo.

Fueron tras ella, dando la vuelta a la casa y pasando ante ruinosas estatuas de jardín y un reloj de sol inútil desde hacía cien años, dándose codazos y hablando en voz baja, al distinguir por entre las altas y estrechas ventanas, vitrinas destartaladas y antiguos espejos de la época de la Confederación. Sacaron tranquilamente los pies de los sarmientos y arbustos, en los que se enredaban una y otra vez y, en fila, reverentes y austeros bajo la brillante luz del sol, siguieron a la madre de Theron a través del ondulante prado. Entraron en el estrecho y casi desaparecido sendero y se detuvieron, incómodos, ante

la puerta de la cabaña. Su madre le llamó. Hubo un ruido dentro y Theron asomó su blanca cabeza.

Se detuvo en el umbral de la puerta, con la camisa azul de trabajo arremangada sobre sus enjutos codos, y miró a los hombres con sus elegantes trajes negros. Entonces, como un saludo indeciso, sonrió al señor Brooks, el cual inclinó la cabeza casi tímidamente. La ceremonia comenzó.

El jefe de la delegación hizo un discurso. Theron le oyó decir algo sobre «el premio más codiciado en poesía», y él comentó: «“Piggy” estará contento.» Pero el hombre del traje negro le miró extrañado y siguió adelante con su discurso. Theron escuchó respetuosamente hasta que hubo terminado, haciéndose a un lado porque la dama del gorro de terciopelo atisbaba en el interior de la cabaña. Volvió la cabeza y vio, donde siempre había estado, la silla de estilo reina Ana, y el lugar de «Piggy» estaba barrido y limpio. Susurró: «Ahí es donde “Piggy” solía dormir», pero ella simuló no haber oído nada.

—... complacidos de otorgarle este premio —concluyó el orador, levantando la medalla para que Theron pudiera ver dónde habían grabado su nombre.

—No fui yo —balbuceó Theron, y todos bajaron la cabeza y comentaron lo modesto que era—. No fui yo, fue «Piggy» —dijo Theron otra vez, y le pusieron en las manos la caja de cuero—. Fue «Piggy» —dijo otra vez.

Ellos bajaron la cabeza en un momento de profundo respeto y luego, como si fueran monjas, dieron la vuelta y, en fila india, volvieron a cruzar el prado.

—Fue «Piggy» —dijo Theron, mirando la brillante medalla en sus manos.

Se sentó en el escalón de la puerta y estuvo dándole vueltas a la caja, mirando los reflejos del sol sobre el oro, hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas y no pudo ver más. Después entró, se peinó y se puso una camisa limpia. Una vez que se marchó la delegación, fue lentamente al extremo del prado y puso el estuche de cuero sobre la tumba de «Piggy».

ÚLTIMAS NOTICIAS

Richard Lupoff

Se habla bastante (aunque no lo suficiente) de la manipulación de la información por parte de la clase dirigente. He aquí una divertida (e inquietante) parodia sobre el tema, en la que las noticias, más que «manipuladas», son «manufacturadas»... ¿O no es una parodia?

Malatesta llamó tres veces a la puerta de Garfield y abrió sin aguardar respuesta. Siempre obraba de esta forma, y Garfield le detestaba por ello.

No, no era así exactamente. No. Le detestaba por otras muchas razones. Principalmente porque estaba asustado. «Trabaja mucho y duro, sí. Haz de tu nombre un nombre muy conocido. Haz que sea conocido y temido en el mundo del espectáculo. Haz que un idiota, que un estúpido, siga tus pasos, y cuando aflojas un poco en tu esfuerzo te encuentras con el cuello bajo la cuchilla.»

Temía que Malatesta le reemplazase. La temporada próxima, sería aquel rostro delgado y cetrino el que tendría la posibilidad de asomarse todas las noches a más de veinte millones de pantallas de televisión, en lugar del suyo. ¿Podía impedirlo, cuando empezaba a tener unos cuantos años más debajo del cinturón? ¿Qué había de malo en el rostro del prudente hombre de las noticias? Había servido a otros.

Además, el programa de Garfield no era peor que el de Andrews en *Afiliados*, o el de Coleman en *Intercostas*. ¡Maldita zorra esa Coleman! La red de televisión INA había pensado que un rostro femenino conseguiría automáticamente la mitad del auditorio de telespectadores, dejando que la Continental se las entendiera con la otra mitad, y los tontos del CEN recogiesen las migajas, como de costumbre.

Nadie contemplaba ya un programa de la Red Cultural y Educativa, excepto los imbéciles que creían que se trataba de un acto revolucionario.

—Toma —dijo Malatesta en su dialecto más abominable—, aquí tienes los porcentajes. O los promedios, como quieras.

—Bien —refunfuñó Garfield—, ahórrame las impresiones. Siéntate, Mac,

y dámelos.

Alargó una mano hacia el joven. Malatesta se dejó caer en la butaca de cuero y tendió unas cuartillas a Garfield.

—Las cifras del espectáculo, Larry.

Los dedos de Garfield no llegaron a tocar las hojas que le presentaba Malatesta.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Vamos, dame esos estúpidos promedios.

Observó su mano tan meticulosamente cuidada. Al alargarla hacia los papeles, el puño de la camisa sobresalía lo justo por debajo de la manga de la elegante chaqueta.

La mano llena de pecas le temblaba ligeramente.

¡Diablos! Tendría que mantener sus manos fuera de la vista cuando estuviese ante las cámaras. Para un simple locutor, esto era sencillo. Y gracias a Dios, él no era el hombre del tiempo, con sus punteros, sus mapas, sus manos temblorosas...

Malatesta le entregó las páginas.

Garfield las extendió sobre su escritorio.

—Tienes buenas notas, Larry —bromeó Malatesta.

Garfield le dirigió una mirada torva.

—¡Bastardo! —murmuró.

Consultó los promedios. Apestaban.

—Fatal, ¿eh? —comentó Malatesta, sonriendo.

—Efectivamente —asintió Garfield, y miró a su interlocutor fijamente—.

¿Los ha visto ya Commodore?

La sonrisa de Malatesta se ensanchó. Asintió varias veces.

—Sí, ¿eh? —Garfield tragó saliva—. ¿Qué ha dicho?

Malatesta sonrió.

—¡Maldito seas, Marc! ¡Basta de bromas! ¡Te he hecho una pregunta!

—Bien, bien, Larry. ¿No te gustaría el puesto de corresponsal? Hacer un reportaje sobre las condiciones de Sri Lanka, o una interviú al jefe de la renovación urbana de Colonia. Es un cargo tranquilo. Muchos tipos lo están deseando.

—Intenta echarme de aquí y te pondré el trasero de tal manera que no

podrás volver a entrar ni siquiera en el CEN. De modo que calla y déjame estudiar estas cifras.

—Estúdialas tanto como gustes, Larry. Pero ya sabes que no puedes despedirme. Inténtalo y Commodore se hará con tu piel. Arriba no bromean. Habrías acabado con la Voz de América.

Encendió un cigarrillo y se arrellanó en el asiento.

Garfield estudió los promedios. Todos los noticiarios estaban en baja. Mal de muchos, consuelo de tontos. Si Andrews o la Coleman hubiesen estado en alza y él en baja, la cosa sería distinta. Ahora todos tendrían, tal vez, que buscarse otro empleo, incluso lejos de las pantallas de televisión. Sí, todos estaban en el mismo atolladero. Quizá él podría inventar algo. Quizá consiguiese salvar el puesto.

Levantó el teléfono.

—¡Bridgit!

La joven estaba en su sitio, dispuesta a ayudar. Como debía ser. ¿Cuántas secretarías disfrutaban de su sueldo?

—Bridgit, ¿cómo es que el señor Malatesta ha entrado aquí sin que usted me avisara?

Dirigió al joven una mirada penetrante. Malatesta no se arredró.

—Dijo que era urgente, señor Garfield.

—¡Todo es urgente! Pero no puedo permitir que el primer mequetrefe que lo intente se cuele en mi despacho así por las buenas.

—Lo siento, señor Garfield. Dijo que era orden de Commodore. Ya sabe que nunca vacilamos ante una orden suya.

Garfield dijo algo entre dientes. Malatesta sonrió.

—¿Contento, Larry?

Garfield siguió hablando por teléfono.

—Bridgit, llame a Morgan Andrews. En la ATN.

—Sé dónde trabaja, señor Garfield. Le llamaré.

Garfield colgó y miró a Malatesta.

—En cuanto a ti...

—¿Sí, Larry...?

—¡Lárgate! Vete antes de que te eche. Y la próxima vez deja tus papeles

sobre el escritorio de la señorita O'Meara. Ella me los entregará.

Malatesta abandonó la butaca.

—Ta-ra-rá... —canturreó.

Garfield volvió a concentrarse en las estadísticas. Presentaban las cinco noches de la última semana, en la red, comparadas con las cinco de la misma semana del último mes y con la misma semana del año anterior. Las cifras de telespectadores estaban más abajo. Garfield apenas les concedió la limosna de una ojeada. Los detalles no eran sorprendentes. La tendencia era natural.

Sonó el intercomunicador. Levantó el auricular.

—Sí, Bridgit.

—El señor Andrews, desde *Afiliados*.

Le dio las gracias y apretó un botón.

—¿Morgan?

—Sí, Larry. Es gracioso que me llames ahora. Mira, estaba estudiando las estadísticas... ¿Las has visto? Pensé que deberíamos almorzar juntos.

—Estupendo. Sin preocupaciones por el antitrust, ¿eh?

Andrews se echó a reír, con cierto nerviosismo.

—No, no, no...

—De acuerdo. ¿En el J. P.?

—En el bar de arriba. ¿Puedo llevar a dos amigos?

Garfield calló un instante y luego replicó:

—Ponlos en tu cuenta. ¿Los conozco?

—Amigos. Ponte un clavel blanco, Larry.

Se cortó la comunicación.

Garfield efectuó una comprobación entre su personal, llamó al productor para revisar los planes para el programa nocturno, y llamó a Malatesta.

La secretaria del joven le anunció que no estaba en su despacho, y que ya le llamaría más tarde.

Garfield sacó de su armario la máquina antigua de escribir, una «L. C. Smith», puso unas hojas con papel carbón en el carro, cruzó la habitación hacia los teletipos del servicio telegráfico, escrutó las noticias recibidas, regresó a su escritorio y reflexionó sobre cuál podía ser el tema de aquella noche. Se enfrentaba con el problema de siempre. Casi todos los temas eran

aburridos, insoportables. Había algo bueno en los teletipos, pero no mucho.

Volvió a coger el teléfono y pidió a Bridgit que llamara a su agente de la Casa Blanca. Había rumores en la cumbre desde hacía varias semanas, pero sin nada verdaderamente importante. Los rumores habían desaparecido de las primeras planas de los periódicos y de los programas de primera fila, para pasar a las noticias de relleno en la pantalla.

Garfield habló con su agente y le preguntó si había señales de alguna novedad. Para su satisfacción, parecía que sí. Ordenó al agente que estuviese al acecho y dijo que le enviaría refuerzos.

Bridgit volvió a llamarle para decirle que Malatesta estaba ya en su despacho. Garfield le ordenó que partiera para Washington y tratara de conseguir noticias de la cumbre. Malatesta aceptó el encargo sin protestar, con gran alivio de Garfield.

Volvió a consultar los teletipos. El Congreso volvía a derrumbarse, y no había ninguna campaña interesante. Los grandes gobiernos extranjeros eran estables. Las únicas contiendas que iban en aumento eran las guerrillas, que poco podían ofrecer para la pequeña pantalla y menos aún para los titulares.

Todos los telégrafos especializados resultaban aburridos: negocios, religiones, ciencia, deportes.

Larry Garfield suspiró, consultó el gran reloj de pared y volvió hacia su «L. C. Smith». No se le ocurría nada que escribir.

Finalmente decidió probar un antiguo truco que había aprendido de un novelista asaltado por ataques periódicos de falta de imaginación. Tendió un dedo sobre las hojas del teletipo, cerró los ojos, trazó media docena de círculos en el aire, y bajó el dedo hasta tocar el papel.

Había tocado la palabra PREGUNTADO.

Volvió a cerrar los ojos y repitió el mismo proceso. Consiguió la palabra CARDENAL. ¡Ah! Y ni siquiera se trataba de una noticia religiosa. Alguna historia absurda sobre teorías científicas.

Bien, PREGUNTADO y CARDENAL. Estrujó su cerebro para conseguir algo interesante relacionado con PREGUNTADO y CARDENAL, y logró mecanografiar un par de párrafos. Consultó el reloj. Había llegado la hora de marcharse.

Se puso el sombrero y pasó por delante de la mesa de Bridgit.

—¿A almorzar, señor Garfield?

—En el J. P. —repuso el aludido—. Con Morgan Andrews. En el bar de arriba.

Pasó por el vestíbulo, usó su llave particular, descendió al garaje y se instaló en el asiento posterior de un coche de la emisora.

—Al J. P.

El chófer puso el motor en marcha y el coche cobró vida. Larry se recostó contra el respaldo, con los ojos entornados, y contempló las calles que iban quedando atrás. Al menos, esto sacaba de su trabajo. No necesitaba pelearse por un taxi ni correr el riesgo, como peatón, de ser atropellado.

Al llegar a su destino pidió al conductor que le aguardara si no tenía el día demasiado ocupado, a lo que asintió el otro.

Saltó del coche y subió los peldaños del portal del club, los primeros de un salto, los demás de uno en uno. Saludó al portero. En el dintel lucía con letras de neón: JOHN PETER ZENGER SOCIETY.

Saludó al recepcionista, buscó en su casillero si había algún mensaje urgente, apartó un montón de correspondencia trivial, y tomó el ascensor hacia el bar del último piso.

Morgan Andrews ya había llegado. El antiguo atleta de maciza estructura se había plantado sólidamente sobre un enorme taburete. Su monograma estaba grabado en el respaldo del asiento metálico.

Garfield se sentó en su propio taburete y cogió la bebida que ya tenía preparada de antemano.

—¿Qué tal tu esposa, Morgan? —se interesó.

—Muy bien, muy bien. Me ha preguntado por ti. A tu salud, Larry.

Andrews levantó el vaso, miró a Garfield a través del cristal, tomó un largo trago y dejó el vaso vacío sobre el mostrador.

—¡Ajá! —suspiró.

El camarero le cambió el vaso vacío por otro lleno.

—Dijiste que pensabas invitar a unos amigos —le recordó Garfield—. ¿Han llegado?

—Aún no, aún no. Dentro de unos momentos, Larry. ¿Viste los

promedios de las estadísticas?

Garfield asintió:

—Muy malos.

—Exacto. Aunque la ATN se colocó en cabeza en diez mercados principales, lo cual me consuela un poco —rezongó Andrews.

—No te engañes —masculló Garfield—. Todos podemos falsificar estadísticas para sentirnos aliviados. Tú me has ganado en diez mercados principales, CBA está en cabeza en la columna de los totales y JoAnna vence con los solteros y con algunos grupos más. ¡Bah! Ya sabes que conquistó tres puntos cuando dejó de llevar sostén ante las cámaras. Y hubiese conseguido más, pero en Dakota del Norte la obligaron a ceñirse la línea pectoral.

Sacudió tristemente la cabeza.

—Todos estamos en el mismo atolladero. El problema no es la competencia mutua. Caramba, incluso Weinberger tiene sus éxitos.

—Sí, sí, sí —gruñó Andrews—. En el canal 49. University Park.

Garfield se echó a reír con amargura.

—No necesitamos pelearnos por lograr la delantera. Necesitamos algo que haga que los telespectadores contemplen los noticiarios. Todas las noticias. Sí logramos atraer a las masas, todos saldremos ganando. Pero no conseguiremos nada parloteando de las masas, si no hay ninguna.

Bebieron con un deje de tristeza. Luego, tras unos minutos de silencio, Andrews levantó la mirada y escudriñó el salón. Levantó una mano en señal de saludo.

—¡Allí están!

—Pon esto en mi cuenta, chico —ordenó Garfield.

Se apartó del mostrador y siguió a Andrews hacia una mesa del comedor. Habían llegado otras tres personas: una mujer delgada y de aspecto juvenil, con suave cabellera ondulada; un negro con aspecto de científico, con gruesas gafas y suéter de cuello alto, y un joven de rostro grave, cabello cortado casi al rape y corbata estrecha.

—¡Morgan! —exclamó la mujer—. ¡Larry!

Avanzó unos pasos corriendo y les besó afectuosamente en las mejillas.

—¿Cómo está Agatha, Morgan? Oh, realmente nos vemos muy poco.

Jordan no hace más que preguntar por ti. Creo que está un poco chiflado por Agatha.

Se volvió hacia Garfield.

—Larry, todavía no he visto tu nuevo apartamento. ¿Cuándo me invitarás a cenar allí? Ya sabes que Jordan se marcha de gira con las compañías cuando está puliendo una nueva comedia. ¡Y me quedo sola tantas veces!

Andrews y Garfield contestaron a JoAnna con unas frases llenas de vaguedades.

El hombre mayor se acercó y les estrechó las manos.

—Hola, Elías, encantado de verte. Morgan no me dijo quiénes eran los amigos que venían.

Weinberger se echó a reír y aseguró las gafas sobre su nariz.

—Una ronda nos vendrá muy bien, ¿eh, Larry? —y al decir esto se volvió un poco—. ¿Conoces a Wilson?

Señaló al joven de aspecto conservador que, con cierta inseguridad, estaba de pie junto a la mesa.

Garfield sacudió la cabeza.

Weinberger se inclinó hacia él, casi habiéndole al oído.

—Un hacha de la Administración. Fíjate en él.

Garfield asintió y se dirigió al joven. Le ofreció la mano y se presentó.

—Es un honor —sonrió el joven—. C. Farnsworth Wilson. Llegué hoy mismo de Washington. Visitar esta gran ciudad es siempre una experiencia estimulante.

La palabra cordial de Morgan Andrews dominó a todo el grupo.

—Bien, ¿empezamos?

Tomaron asiento en tomo a la mesa, cubierta con un impoluto mantel blanco. Un empleado del club maniobró los tabiques sobre unos raíles deslizantes, convirtiéndose la zona en que estaba la mesa en un comedorcito privado.

Un camarero sirvió otra ronda de bebidas. Garfield observó que Wilson, el agente gubernamental, tomaba leche.

—¿Úlcera? —se interesó.

Wilson masculló una vaga respuesta.

Andrews levantó su vaso y tendió la mirada en torno a la mesa.

—¡Por la confusión de todos nuestros enemigos! —brindó.

Todos rieron y le imitaron, excepto Wilson, que estaba sentado con las manos sobre las rodillas.

—Bien, en serio —continuó Andrews—, el motivo de esta reunión ha sido poder emborracharos a todos para que no podáis regresar a vuestros estudios y presentar vuestros programas, a fin de que yo ofrezca en antena el único espectáculo decente de este, noche.

—Ni aun así lo lograrías —rió Weinberger.

—Lo único que tiene que hacer JoAnna es respirar —añadió Garfield.

—Realmente eres demasiado amable con una pobrecita locutora —dijo la joven.

C. Farnsworth Wilson levantó una mano pidiendo silencio.

—Bueno, si no les molesta... es que tengo que regresar muy pronto al aeropuerto.

Todos le contemplaron en silencio.

—Estoy aquí para procurarles un remedio, para y desde la Administración. Todos estamos de acuerdo en que los antiguos tiempos del antagonismo entre la Administración y los medios de comunicación ya no han de volver.

Todos asintieron sin demasiado entusiasmo.

—Por consiguiente, nosotros les ayudaremos, como hemos hecho en años anteriores. Pero son ustedes quienes deben allanar las dificultades básicas. Ustedes tienen que encontrar sus objetivos estratégicos —y consultando descaradamente su reloj, añadió—: Yo he de tomar el avión.

Morgan Andrews se aclaró la garganta.

—Ah, gracias, Wilson —miró a todos los presentes, moviendo su enorme cabeza sobre su grueso cuello—. El problema es muy sencillo. La gente ya no está interesada por lo que sucede en el mundo.

Volvió a carraspear.

—Como antes dijo Larry en el mostrador, no estamos perdiendo auditorio unos en favor de otros. Todos lo estamos perdiendo. Ya nadie nos presta atención.

—¿Qué hacen, entonces? —rezongó JoAnna—. ¿Contemplan los deportes?

—Algunos, sí —era Elías Weinberger quien acababa de contestar.

Se quitó las gafas y gesticuló con ellas, como si estuviera en la pantalla.

—¿Tienes aquí las cifras, Elías? —inquirió Andrews.

—El total de telespectadores —asintió Weinberger— presta menos atención a los noticiarios que a los otros espacios televisivos. Por ejemplo, deportes, películas antiguas... El resto del descenso de telespectadores queda diseminado. Uno de mis secretarios hizo un estudio comparativo. La gente escucha música. Y muchas personas se dedican a tocar la guitarra o la armónica. Leen. Pasean. Trazan proyectos domésticos. Hacen cosas. Cocinan. ¡Oh, es sorprendente! Visitan a los amigos. Asisten a conferencias y siguen cursos por correspondencia. Realmente, es muy notable.

—Pero ¿por qué, señor Weinberger? —le había preguntado Wilson, el agente de Washington.

Antes de que Weinberger pudiese responder, intervino JoAnna:

—Los telediarios fatigan, señor Wilson. Todos mostramos los mismos rostros de siempre. La gente se ha hartado de oír nuestras voces. Por eso el promedio de INA ascendió cuando cambiamos los locutores.

—Creo que la culpa es de los horarios —replicó Garfield—. He intentando convencer a Commodore para que nos ponga en primer lugar. De este modo tendríamos más audiencia.

—¿Y por qué no la tienen con el horario actual?

—Porque la hora de los telediarios se basa en la antigua costumbre de que el trabajador llegaba a su casa y se sentaba con un «martini» en la mano a contemplar y escuchar las noticias antes de cenar. Pero todo esto ha cambiado. Necesitamos un horario más idóneo.

—Esto no lo es todo —declaró Andrews, con su voz bien modulada—. Es nuestro formato. Los programas siempre son iguales... La gente está harta de ver solamente cabezas parlantes.

—Tonterías —desdeñó JoAnna.

—No seas tan lista, cariño. La novedad sirve por algún tiempo, pero la gente también se cansa de los bustos agradables.

Elías Weinberger solicitó silencio. Mientras iban callando, sirvieron el almuerzo y los cubiertos empezaron a tintinear contra la vajilla. Tan pronto como volvió a reinar el silencio, Weinberger tomó la palabra:

—No pasa nada con las cabezas parlantes. Cierto que a la gente le gustan los paisajes, esto está fuera de toda duda. Pero lo que presentan todos nuestros estudios...

—Hay muchos chicos cultos en los estudios —refutó Garfield amargamente—, pero es lástima que las noticias sean tan flojas.

—Vamos, vamos —intervino JoAnna, tratando de apaciguar las cosas—, deja de replicar a Elías, Larry.

—Gracias —murmuró Weinberger e hizo una pausa para beber un sorbo de agua—. Todos sabemos que la gente contempla los telediarios cuando hay buenas noticias. Cuando éstas son aburridas, se dedican a otra cosa.

Hizo otra pausa para recibir los asentimientos y gruñidos de afirmación de los reunidos.

—Bien, de acuerdo. Pero nosotros hemos permitido cierta clase de inflación o devaluación de los valores de las noticias. Acordaos cuando hace unos años todos los deportistas profesionales eran tan populares. Las ligas eran muy reñidas, mediante el sistema de ampliar los equipos, alargar las temporadas y reformar todos los programas.

Más asentimientos.

—¿Y cuál fue el resultado? No más auditorio, sino menos. No un aumento del interés público, sino aburrimiento. La gente dejó de ver la televisión en sus casas, y la gente de la calle llegó a ignorar cuáles eran los equipos. En los campeonatos mundiales y en la Super Bowl terminaron con los asientos vacíos. Y esto no era más que una repetición de lo ocurrido anteriormente con el boxeo y las carreras.

—Vaya, Elías, no sabía que fueses tan aficionado al deporte —rió JoAnna.

—Es un zaguero frustrado —gruñó Andrews.

Weinberger meneó la cabeza.

—Sólo hechos. Todo aquel que indague un poco como he hecho yo, los comprobará.

Wilson golpeó la mesa con su vaso.

—Creo que todos comprendemos el problema, al menos en sus términos más generales. El señor Andrews me ha invitado para que proporcione una opción gubernamental respecto a esta situación y, realmente, me gustaría poder hallar una solución.

—Tiene razón —afirmó Andrews, y miró a, sus colegas—. Bien, creo que todos estamos de acuerdo en que cambiar los horarios o las normas no serviría de nada. Necesitamos acontecimientos interesantes. Y es en esto en lo que la Administración puede ayudarnos, a cambio, claro está, de que por nuestra parte la apoyemos.

—Exacto —asintió Wilson.

Andrews se aclaró nerviosamente la garganta.

—Ah, ya veo que nadie toma notas. Supongo que nadie está grabando esta conversación, ¿en?

—Este comedor está limpio de micrófonos —aseguró Wilson.

—¿Tienes cifras, Elías, de la respuesta de los telespectadores a los diversos tipos de noticias? —preguntó Garfield.

Los ojillos de Weinberger se estrecharon felizmente detrás de las gruesas gafas y su rostro se arrugó en una gran sonrisa.

—A los de las noticias comerciales os gusta rebajar la categoría del CEN, ¿eh?, pero no os importa utilizar nuestros cerebros, claro.

—Bueno... —murmuró solamente Garfield.

—Está bien —asintió Weinberger—. Recuerdo que últimamente estudié esa clase de cifras. Si no necesitáis los promedios exactos..., ya que los tengo en el estudio, puedo ofrecerlos la secuencia...

—Sí, sí, sí —gruñó Andrews.

—Muy bien. Lo mejor que hemos hecho ha sido un análisis de todas las noticias, sin que haya resentimientos de lo comercial contra lo cultura o de una red contra otra...

—Sí —le apremió Andrews.

—Lo mejor que hemos hecho —prosiguió Weinberger— ha sido un asesinato presidencial. Naturalmente, no conseguimos la máxima audiencia por el hecho en sí, ya que no nos permitieron preparar los programas con

anticipación.

—Esto no se puede modificar —intervino Wilson.

—No me gustaría parecer pesada, señor Wilson —inquirió JoAnna Coleman—, pero ¿de qué parte de la Administración dijo que venía? No del FCC, claro.

—No —sonrió blandamente Wilson—, del FCC no.

—Bien —reanudó Weinberger su discurso—, podemos conseguir buena audiencia gracias a un buen asesinato. Además, luego tenemos el funeral oficial, la caza de los asesinos, las grabaciones de todo, los análisis...

Wilson ya estaba sacudiendo la cabeza, al principio casi imperceptiblemente, y después con más vigor.

—¿Señor Wilson? —le invitó Weinberger a que hablase, al observar aquellos gestos.

—Lo siento, nada de asesinatos. A nosotros nos preocupan sus problemas, pero también existen otros factores. ¿Tienen idea de lo que cuesta un solo día de luto nacional, para la economía? ¿Y lo que supone para el presupuesto federal?

—Hum... —masculló Weinberger.

—¿Qué otra cosa nos queda? —preguntó Andrews—. Creo que tendremos que prescindir del asesinato, Elías.

Weinberger se quitó las gafas y las examinó atentamente.

—Veamos. Si no podemos contar con asesinatos, los funerales de ex presidentes podrían servir. En realidad, los grandes funerales siempre han aumentado las cifras de telespectadores.

—Pero son malos para los patrocinadores —terció Garfield—. La última vez que hubo un entierro charlé con Commodore. En general, son malos negocios, ya que se cancelan muchos anuncios comerciales, hay que cambiar el horario de los programas, cierran las tiendas...

—No, no —observó Andrews—, creo que tienes razón, Larry. ¿Está de acuerdo, señor Wilson?

—Decididamente, sí.

—Supongo que también descarta las guerras —murmuró JoAnna.

Wilson elevó una copa llena de agua y tomó un sorbo pensativamente.

Los otros aguardaron a que el joven hablase.

—No necesariamente —dijo.

—Pero...

—Oh, es un asunto muy complicado. No deseamos una guerra nuclear, y de nada sirve una guerra no nuclear.

—¿Por qué no una guerra nuclear? —quiso saber Garfield.

—¡Oh, caballero! —exclamó Wilson, sin ocultar su enojo—. Me sorprende que usted haga esta pregunta. ¿Tiene idea de cuál es el coste de una guerra nuclear? Si comprende la pérdida que significaría un asesinato, me asombra que proponga seriamente una guerra nuclear.

Garfield estaba un poco intimidado ante aquellas palabras.

—Además, ha habido muchos roces con el Congreso bajo la actual Administración. No. Absolutamente fuera de cuestión. Nada de guerras nucleares. Ni siquiera una guerra convencional, aunque en caso necesario podríamos ofrecerle una.

—No me gusta la idea —objetó Andrews—. ¿Larry? ¿JoAnna? ¿Elías? Aguardó las respuestas.

Los tres menearon negativamente la cabeza.

—Escuchad, entonces, escuchad —continuó Andrews—. ¿Y alguien extranjero? Quiero decir, el presidente de Francia, algún raja de Asia. O un millonario inglés. Siempre les hacen funerales de primera clase. La abadía de Westminster y todo eso...

—Un buen truco, Morgan —declaró Weinberger—, pero no es suficiente.

—¿Porqué?

—Debido a la vida cotidiana de América, cada día más remota, más apartada. El impacto emocional sería muy escaso, y a menor impacto emocional, menor audiencia. Y cuanto más nos acerquemos a los señores telespectadores, más caeremos en el deprimente efecto comercial. Por tanto, no sirve.

Andrews hizo chocar sus manos entre sí, muy enojado.

—¡Maldita sea! —refunfuñó—. Creo que tenéis razón. Estamos atrapados, ¿eh?

—Eso me temo —asintió Weinberger.

—¿Y el Papa? —propuso JoAnna.

—¿El Papa? —repitió Weinberger.

—Vosotros, los de los programas culturales —se burló JoAnna—, sois tan tremendamente doctrinarios respecto a vuestro propio ego, que no trataríais un programa de religión aunque Jesús penetrase personalmente en los estudios para obrar un milagro.

—Bueno, este comentario no es justo. Nosotros no promocionamos ninguna confesionalidad. Pero el verano pasado dimos aquellas series sobre los movimientos Zen-OVNI en la Costa del Oeste.

—¿Y qué tal? —se interesó Garfield.

—Pésimo.

—Bien —insistió JoAnna—, el asesinato del Papa sería algo sensacional; luego, obtendríamos una gran secuencia con el funeral, y, por fin, tendríamos la elección del nuevo Papa, que siempre es un éxito. El cónclave de los cardenales, el suspense, el humo negro, el humo blanco...

—Demasiado sectarismo —refunfuñó Weinberger.

—No sé —vaciló Garfield—. ¿Dejan de comprar artículos los católicos cuando fallece el Papa? ¿Habría que cancelar los anuncios?

—Completamente marginal —objetó JoAnna, insistiendo en su idea—. Además, cabría la posibilidad de fabricar *cassettes* especiales, como recuerdos, para la gente a la que le gusta revivir estos sucesos históricos. Incluso álbums de fotos, pues ya sabéis que la imprenta no está totalmente muerta todavía.

—¿Qué opina, Wilson? —inquirió Andrews—. ¿Un asesinato papal?

Wilson apoyó la barbilla sobre sus dedos, frunció los labios y al fin murmuró:

—Sí, me seduce la idea..., pero no estoy seguro.

—¿Hay aquí algún católico? —quiso saber Andrews.

—Yo me eduqué en esa religión —afirmó JoAnna.

—No basta.

—Yo estoy bien relacionado con la Iglesia —manifestó Wilson—. Estoy seguro de que este asunto serviría. Y de que la misma Iglesia me ayudaría. Esto no sería problema. Pero... no creo que el tema sea lo bastante resonante.

Sí, serviría, pero pienso que podemos hallar algo mejor. ¿Por qué no mantener esta idea en reserva? Y... ¿es posible tomar un poco de café?

Los camareros sirvieron el café caliente. Andrews encendió un cigarro, y Weinberger su pipa.

—Algo que tú has dicho me ha dado una idea —observó Garfield, dirigiéndose a Weinberger.

—¿Sí? ¿Qué?

—No estoy seguro. Algo respecto a una serie sobre religión.

—No, no —negó Weinberger, chupando cuidadosamente la pipa—. Dije que los programas religiosos fracasaron.

—No, Elías, no me refiero a esto. Fue lo concerniente a los OVNI. Las narraciones espaciales siempre han gustado a la gente. A Commodore todavía le gusta hablar de los días del viejo Proyecto Apolo. Dice que el alunizaje fue uno de los mayores éxitos de la historia de la televisión comercial.

—Hum..., ahora que lo mencionas, sí. Pero el público se cansó muy de prisa. Los promedios descendieron rápidamente, ¿recordáis? Entonces tú estabas en la industria.

—Sí —concedió Garfield—. Era director ayudante de la estación de Minnesota.

—Exacto. La gente perdió su interés tan pronto que tuvimos que cancelar los últimos vuelos Apolo.

El comedorcito se estremeció ante el frío sonido de una risita maligna. Era el primer signo de emoción demostrado por C. Farnsworth Wilson.

—Perdón —se disculpó—, pero yo era demasiado joven entonces, aunque todavía hay personas que están desempeñando cargos burocráticos de poca importancia debido a sus pésimos cálculos.

Todos le contemplaron sorprendidos.

—Quiero decir que no hay mercado para los excedentes del Saturno V. Sufrimos lo indecible para liquidarlos.

—Sin embargo —insistió Garfield—, creo que de ahí podríamos sacar algo. Mirad —miró a todos los reunidos en torno a la mesa, uno a uno—, las narraciones sobre OVNI han tenido un enorme éxito durante décadas. Cada vez que fallan las noticias, y la temporada decae, podemos preparar un viaje a

Plutón o a otro planeta, y tos telespectadores siempre se entusiasmarán.

—Si combinamos —continuó Garfield—, la sólida tensión de la noticia del aterrizaje de un Apolo con la fuerza atractiva que siempre han presentado los relatos de los OVNI, creo que conseguiremos elevar nuestros promedios, y mantenerlos en alza durante unos meses. Tal vez durante años.

Morgan Andrews pareció preocupado.

—Tenemos que meditarlo cuidadosamente, Larry. Un asunto de esta índole alberga un gran drama en su interior, y si llega demasiado pronto a su culminación, podríamos agujerear la cacerola y derramar todo el contenido de la noche a la mañana.

—Lo comprendo, Morgan. Pero no somos un puñado de aficionados.

—Es buen terreno, un terreno sólido —asintió Weinberger—, con mucho potencial para entrevistas a científicos.

—No está mal —concedió JoAnna—. Ofrece posibilidades.

Andrews preguntó a Wilson qué le parecía la idea.

—Diré una cosa —repuso el agente de Washington—. Me gusta mucho más que la otra. Tiene un atractivo universal. Y sentará mejor a la administración. Será posible conseguir varios Apolo y la NASA no se opondrá a ello. Además, es un asunto que no se presta a muchas controversias.

Hizo una pausa para tomar otro sorbo de agua.

—¡Hum...! Incluso podría hacer que la nación apoyase totalmente al presidente. Lo cual también resultaría útil.

Miró a todos los reunidos.

—Sí —concluyó—, me gusta la idea. Un contacto real con extraterrestres reales. Piensen en esto, ¿eh?

Garfield y Andrews asintieron al unísono.

—Sí —repitió Wilson—, me gusta mucho más que el asesinato del Papa. Y estoy seguro de que mis superiores les ayudarán a conseguirlo.

—Bien, caballeros —observó Andrews, poniéndose de pie—, creo ya está todo hablado. Hoy hemos hecho una gran aportación en favor de nuestra profesión.

Todos se levantaron y se dirigieron a la puerta, deteniéndose antes a

estrechar la mano de Wilson.

Larry Garfield se la estrechó vigorosamente.

—Fuera me aguarda un coche. ¿Puedo llevarle a alguna parte?

—No, gracias —repuso Wilson—. Tengo a mi disposición el transporte, un coche oficial del Gobierno.

—¿Y tú, Morgan?

—Sí, gracias, Larry —sonrió Andrews—. Me encantará.

Bajaron juntos la escalinata. Garfield estaba entusiasmado.

—Estoy impaciente ante la aventura —le susurró a su amigo—. Me gustará ver el rostro de ese bastardo de Malatesta, metido hasta el cuello en esa historia sobre los rumores de la Casa Blanca, mientras nosotros perfilamos esta otra.

—Tienes razón —rió Andrews—. Nos costará lo nuestro, pero no dudo de que acabaremos por solucionar todos los problemas.

EL EJECUTIVO

William Blau

¿SF? ¿Narrativa kafkiana? ¿Nonsense a lo Lewis Carroll? ¿Teatro del absurdo novelado? Da igual. Si es usted un oficinista, probablemente se estremezca tras leer este relato. Y si no también.

*Dígame, se lo ruego, ¿cuál es el camino hacia Londres?
Esta noche debo estar allí.
Oh, camine usted cien millas y tuerza
a la izquierda y luego a la derecha;
después todo recto, después en zigzag
suba, baje, y a paso rápido
llegará en seis meses
no lejos de Londres.*

MOTHER GOOSE
(Cancionero infantil)

I

Kurt Insel está llegando a los cincuenta y se siente cansado. Hoy no quiere ir a su oficina. Está sentado en la salita de su pequeño apartamento, con su té y sus bollos ante él, sobre la mesa inundada de sol, y le ha venido el pensamiento de que nunca, en todas las mañanas de todos los años que ha estado en la compañía, ha querido ir allí. Es un pensamiento que le parece extraño, después de tantos años. Juega con la cuchara del azucarero de desvaída porcelana de Dresde, dándole vueltas en un sentido y en otro como si quisiera verla desde todos los ángulos, como a su idea.

¿Qué pasaría si no fuese? El solo pensamiento era suficiente para que el departamento le inculpase de deslealtad, caso de que éste pudiera saberlo. El

castigo, aunque no está especificado en las *Normas ejecutivas*, es terrible, y la sentencia tan remota, y eterna como el mismo departamento. Él había oído de otros casos... extrañas desapariciones nocturnas. Un día un hombre se sienta detrás de su mesa, tan vivo como él, con los mismos pensamientos, esperanzas y placeres, y al día siguiente no está —una mesa vacía, una oficina silenciosa—; el hombre se ha desvanecido sin dejar rastro. ¿Qué les ha ocurrido a estos hombres? Kurt deja la cuchara sin revolver el té. Aún no piensa tomarlo.

El sol alarga un poco más la maraña de sombras sobre la mesa, mientras él sigue pensando. Ya se ha hecho tarde. Tira el té al fregadero, y luego envuelve los bollos y los coloca cuidadosamente en un estante del armario. Después comprueba el contenido de su cartera, se echa sobre los hombros la chaqueta de la compañía y, tosiendo a causa del primer cigarrillo, deja el apartamento.

Llega al complejo amurallado y se dirige al edificio de la compañía. Suspira agradecido al llegar ante las pesadas puertas de bronce que se abren al primer vestíbulo, pues el sol de invierno, más intenso siempre en el centro de la ciudad, le ha dado todo el tiempo en los ojos produciéndole dolor de cabeza. Sujetando firmemente la cartera, se adentra en la confusión de la enorme habitación cubierta de murales. Masas dispersas de gente le obstruyen el camino. Hombres, mujeres, bedeles y guías se le ponen delante. Los primeros grupos de trabajadores que se dirigen a la cafetería le atropellan al pasar. Empuja a algunos y pide disculpas a otros, entrando y saliendo de las masas humanas en su camino hacia la gran escalera de mármol que conduce al segundo vestíbulo. Teme no llegar nunca a los ascensores, pasar el resto de su vida en lucha con la gente que va en dirección contraria, hasta cuando llegue por fin a la puerta del ascensor, caer muerto entre los pies siempre móviles que pisarán los bordes de su abrigo y arrojarán su cartera, inútil ya, de un lado para otro.

Pero Kurt llega, como siempre, a los ascensores. Camina a lo largo de una hilera de puertas hasta llegar a una con la indicación de su piso y entra en ella. Cuando la puerta se abre, él sale rápidamente, seguido por otros cuyos rostros le son vagamente familiares, después de tantos años de estar en la

compañía.

Al fin, solo en medio del pasillo, suspira y deja caer los hombros, y afloja la presión sobre el asa de la cartera. Ahora sólo hay que cruzar la primera oficina, pero esta mañana ya se siente agotado.

Se quita el polvo de la cara con el pañuelo, se aclara la garganta, se mira las uñas, alisa el abrigo de la compañía y se cala el sombrero hasta que el ala le cubre la frente.

Oprime la cartera bajo el brazo y abre una puerta en la que hay escrito en pretenciosas letras doradas:

KURT INSEL, HAROLD FENSTER
CORRESPONDENCIA

El fragor de la primera oficina se detiene bruscamente cuando entra, y cien pares de ojos se levantan hacia él. Baja la vista hasta unos pocos centímetros por delante de él, tal como lo prescriben las *Normas ejecutivas* y empieza el largo camino por el pasillo que forman los pequeños escritorios y que se extiende casi hasta donde alcanza la vista, hasta la pequeña puerta de madera en la que hay escrito, simplemente: «Kurt Insel».

Tarda tanto en pasar frente a los escritorios, que cree haber dejado atrás su despacho y haberse perdido. Detrás de cada escritorio se sienta una muchacha anónima, y cada muchacha le da un informe diferente. Por supuesto, no les contesta. Es parte de sus funciones darle estos informes cada día, aunque él no puede imaginarse lo que haría con ellos.

Kurt mantiene su rostro oculto bajo el sombrero hasta que llega a su puerta, la abre y la empuja con un suspiro. La oficina es muy buena, muy confortable. Las pequeñas paredes no están abiertas por ninguna ventana. Kurt ya no echa de menos una ventana. Una ventana haría que su oficina fuera una mera extensión del mundo exterior. Sin ventanas, la oficina es, por lo menos, sólo para él. Kurt es una parte de ella. Cada persona tiene un sitio en la compañía y éste es el suyo.

Se quita la chaqueta de la compañía y el sombrero, y los deja con cuidado

sobre un sillón que hay en una esquina. La compañía no quiere nada fuera de su sitio, y él es el responsable de ello. Va hasta su escritorio y se sienta despacio. Todo está como debe estar. Las grandes pilas de papel procedentes de todos los comités y de todos los departamentos, que contienen todos los asuntos de la semana anterior, le están esperando. Con ellos hará un Informe resumido que estará listo a mediados de semana. Entonces lo enviará a una de las muchachas de fuera, la cual lo mecanografiará y lo enviará a su vez al departamento de multicopistas, de forma que la semana próxima habrá una copia de él en cada escritorio de la compañía. Algunas veces, en pleno trabajo, le llegan correcciones, de forma que tiene que tirarlo y empezar otra vez, y Kurt piensa cuan inútil es su trabajo, ya que, aunque no haya correcciones, el informe no sirve para nada cuando llega a manos de los empleados. Pero la función de Kurt no es hacer preguntas sobre su trabajo, sino llevarlo a cabo, así que coge el primer papel del montón y lo pone frente a sus ojos. Una vez hecho esto saca la llave del bolsillo de su chaleco, y abre los cajones de su mesa, y vuelve a guardarse la llave.

Todo está siempre como él lo deja: sus papeles, sus chucherías, sus frasquitos y sus fotografías, sus cigarrillos. Todo en orden. Kurt enciende un cigarrillo, satisfecho, y saca sus cinco lápices del cajón central y los dispone sobre el escritorio.

Empieza con la primera hoja y ve que es de la oficina de comunicaciones, la que está más íntimamente conectada con el departamento mismo, y considerada el registro más fiel de lo ocurrido en el departamento durante la semana. Kurt tamborilea con los dedos sobre el papel unos momentos. El mismo departamento puede haber escrito parte de esto. ¡Qué grande, qué remoto es todo esto! No hay nadie que sepa nada sobre el departamento, ni siquiera Fenster, el otro ejecutivo que tiene la oficina de al lado, cuyos contactos funcionales con el mundo exterior y su mayor conocimiento de la compañía y de la base en general, Kurt admira tanto. Algunos dicen que el departamento está en Zurich, o en Krakov, pero eso no hace más que aumentar el misterio. Fenster dijo una vez que él creía que el departamento estaba allí mismo, en el edificio de la compañía, pero Kurt no puede creerlo. Si fuera verdad, ¿por qué nadie lo ha visto nunca?

Él piensa con frecuencia en el departamento. Piensa en las fantásticas descripciones que ha oído —unas veces lo han descrito como un grupo de ancianos con grandes barbas blancas, y otras como seres sin nombre que montan en animales—. Ha oído también, sin hacer caso de ello, el rumor de que el último miembro del departamento murió hace generaciones, y que éste ya no existe desde hace cientos de años. Kurt no acepta estos rumores después de pensar en ellos con un poco de lógica, pero aun así no puede estar nunca seguro. Aun cuando enviara un bedel para que se informara y éste tuviera todo el resto de su vida para ir, no llegaría nunca al departamento, dada la distancia que había de por medio. Pero el hecho de pensar en el departamento era una futilidad. Kurt pone a un lado el informe de la oficina de comunicación, ya que a éste nunca se le hacen correcciones, y coge el siguiente.

Va pasando la mañana, y el montón de papeles a la izquierda de Kurt sube poco a poco. Coge otro papel del montón de la derecha y, deteniéndose, lo examina con cuidado. La hoja es azul, y todas las demás que ha visto son blancas. Lee, en la parte superior: «Memorándum de la Oficina de Quejas.» El resto de la hoja está completamente en blanco.

«¿Oficina de Quejas?»

Kurt deja la hoja sobre la mesa, intrigado. Trata de hacer memoria, pero no puede recordar haber tomado nota de aquella oficina o haber visto nunca una hoja azul. Posiblemente es una oficina nueva, eso será. Sin embargo, en el informe de la oficina de comunicación, él no ha leído nada sobre el establecimiento de ninguna nueva oficina.

Kurt se echa hacia atrás en su silla y golpea en la pared que le separa de la oficina de Fenster.

—Fenster —dice—. ¿Qué es la Oficina de Quejas?

—¿Qué? —grita Fenster.

—Digo que qué es la Oficina de Quejas. ¿Es algo nuevo?

La hoja azul parece completamente fuera de lugar sobre su escritorio. No sabe qué hacer con ella.

—¿La Oficina de Quejas? No, no es nueva. Ha existido siempre, por lo que yo recuerdo.

—¿Sí? —pregunta Kurt, intrigado—. ¿Cuál es su función?

—Recoger las quejas de la compañía. ¿Por qué? —pregunta Fenster.

Kurt piensa un momento.

—... Debo asegurarme de que mi departamento siga sin saber lo que es —dice rápidamente, esperando que su voz tenga una nota de autoridad; luego se calla, no hay respuesta de Fenster.

La idea es inquietante. Las ramificaciones de la compañía son extensas. Alcanzan a todas las casas y todas las habitaciones. No se puede pensar de ninguna manera que algún empleado —y menos un ejecutivo— tenga quejas contra la compañía, porque la compañía es buena. Pero la compañía debe tener muchas quejas contra sus trabajadores. La Oficina de Quejas es el lógico centro nervioso que resume dichas quejas. Kurt recuerda lo que sintió esta mañana en el apartamento y se pone de tan mal humor que es incapaz de seguir trabajando hasta las doce.

II

Después del almuerzo, Kurt se pone a trabajar de nuevo con la pila de informes. El siguiente es del Departamento de Muchachas Anónimas. Nunca hay nada inteligible en este informe, así que lo tira a la papelera y enciende un cigarrillo. Como siempre, la papelera está vacía y el cenicero está limpio. Esto siempre ha sido algo turbador para Kurt, lo mismo que para los otros. La idea de que alguien más en el edificio tenga una llave de las oficinas ha sido causa de más de una neurosis entre los ejecutivos. ¿Quién sería? ¿Es alguien enviado por el departamento para que compruebe sus actividades cuando se han ido? Si esa persona tiene una llave de las oficinas, puede que también tenga una llave de los escritorios, puesto que los escritorios son suministrados por la compañía. Kurt se siente incómodo. Aun cuando el trabajo de esa persona consista solamente en vaciar papeleras y limpiar ceniceros cuando ellos se han marchado, ¿qué más hará allí sola, en aquel mundo oscuro de habitaciones vacías, cuando nadie la mira? A ninguna persona le satisface

pasarse la vida vaciando solamente papeleras y ceniceros. ¿Cuál es su verdadera función en el edificio vacío? Quizá se contente con sentarse tras los escritorios mientras los ejecutivos duermen. Pero entonces, ¿qué hay de esas oficinas que de pronto aparecen desocupadas? Por primera vez se siente incómodo en la pequeña habitación.

Da la vuelta a la mesa y la examina cuidadosamente. Entonces ve algo: algo semejante a un ojo que le mira desde el suelo, junto a la pata de la mesa. Permanece aturdido unos instantes, y luego adelanta cautelosamente un pie y golpea aquel objeto. Este sale dando vueltas por el suelo y se detiene contra la pared. Va hacia él y lo recoge. Es un botón. Un horrible, vulgar y usado botón de nácar.

Ya no hay ninguna duda, y la prueba es casi un alivio, al principio. Se sienta tras el escritorio y pone el botón frente a él, sobre el papel secante. Una teoría empieza a tomar cuerpo en su mente: una persona viene por las noches, sí. ¿Pero lo sabe la Oficina de Quejas? ¿Visita esta persona otras oficinas también? Kurt decide guardar el botón como evidencia. Pero la persona no debe saber que él lo tiene. Abre el cajón superior de la derecha y lo deja dentro, poniendo un secante encima; luego, con la llave, cierra el cajón.

Al día siguiente no abre el cajón, pero no puede dejar de pensar en el botón durante toda la mañana.

Mientras se mueve lentamente a lo largo del mostrador, a la hora del almuerzo, con su bandeja de comida, en la cafetería del primer sótano, ve a Fenster un poco más adelante, en la cola. Quiere hablar con él. Si alguna vez ha querido ver a Fenster con urgencia es ahora. Le hace un saludo con la mano. Fenster se lo devuelve y sigue adelante para recoger los postres. Kurt le indica una mesa y Fenster asiente con la cabeza. Kurt decide ir con mucho cuidado al abordar el tema. Quizá sea el primero en tener una prueba de la presencia de la persona nocturna. Quizá no debiera contárselo a nadie, y mucho menos a Fenster, de quien Kurt ha sospechado siempre que es un espía de la compañía. Pero, al llegar a los postres, Kurt no puede contenerse más.

—A propósito, Fenster... —empieza—. Hay algo raro..., encontré un botón, un botón de nácar, en el suelo de mi oficina, ayer por la mañana.

Fenster levanta la vista hacia él un momento y luego la vuelve a posar en su pastel de queso.

«¿Por qué este silencio? —se pregunta Kurt—. ¿Qué significa?»

—Sí. Un botón, ¿te imaginas? Ja, ja, ja...

—Imagino que será de la señora Unter —dice Fenster, limpiándose la boca con la servilleta.

—¿La señora... Unter? —repite Kurt.

—Sí. La mujer de la limpieza. Viene por las noches.

Kurt pierde el apetito. ¡Fenster lo sabe! ¡El botón no le sorprende!

—¿Qué te ocurre, Insel? —oye que le pregunta la voz llana de Fenster—. Creo que necesitas unas vacaciones —en una mesa vacía ve a un hombre alto y pálido que le observa intensamente.

—Soy un..., me encuentro mal —tartamudea Kurt, levantándose de la mesa. Tiene que salir de allí y volver a su oficina, donde pueda pensar. ¡Fenster lo sabe! De pronto, lo ve con claridad. Siempre ha estado allí, pero hasta que ha tenido ante sus ojos la hoja azul no lo ha visto claro. ¿Por qué las oficinas no tienen ventanas? ¿Por qué hay *dos* ejecutivos en su departamento? ¿Le permite la compañía existir mientras no se haga esa misma pregunta? ¿Se desprende la compañía de un empleado desleal y lo aísla para su propia protección y para frenar su irritación, asegurando la continuación del trabajo de este empleado por medio de una duplicación sin imperfecciones? Y Fenster, dándole suficiente información como para destruir su seguridad, prepara astutamente su salida y se dispone a trabajar tranquila y eficientemente, no hay duda, cuando llegue su final.

Sólo son las doce y media, la oficina exterior está vacía, pero él cierra su puerta y apoya la cabeza en sus manos. El nombre de la persona es señora Unter. El nombre conjura visiones de gruesos y toscos brazos y de facciones pesadas e informes. Y es una limpiadora. ¿Qué hay detrás de esa frase? ¡Una limpiadora! ¿Qué propósito se esconde tras esa función cuando ella entra en el edificio por la noche? Cuando sólo funcionan las luces de emergencia y las oficinas están vacías y oscuras...

III

Son casi las diez cuando llega a su escritorio a la mañana siguiente, dispuesto a hundirse en el trabajo.

A las once nota un intenso calor en el codo. Lo levanta del escritorio y ve una luz brillante que sale del cajón superior de la derecha. Va a abrirlo y se quema los dedos en el tirador. Saca un pañuelo y abre el cajón. Allí está el botón, brillando a través del secante y llenando de luz el cajón. Aterrorizado, introduce la mano en el cajón y coge el botón. Está tan frío como cuando lo puso allí, pero brilla intensamente. Le empieza a arder la mano. Abre rápidamente el cajón inferior, tira dentro el botón y vuelve a cerrarlo con llave.

De vuelta del almuerzo casi tiene miedo de entrar en su oficina. Cuando lo hace no hay señal de luz en el escritorio, y aunque lo observa cuidadosamente toda la tarde, el cajón permanece oscuro. Al final del día abandona la oficina sintiéndose exhausto.

Al día siguiente es jueves. Puede ver una luz tenue en el cajón inferior en cuanto entra en su oficina. Sin quitarse siquiera el sombrero, corre hacia el escritorio y abre el cajón. No hay ningún error. El botón brilla más intensamente que nunca. Kurt saca febrilmente el contenido de los demás cajones y lo arroja sobre el botón, cerrando luego el cajón de golpe. El resto del día lo pasa esperando, sin bajar siquiera a comer.

A la una ha empezado a brillar otra vez, y a las tres la luz es tan fuerte que le duelen los ojos si lo mira directamente. Se acercan las cinco. Si lo deja allí, brillando, se habrá desvanecido toda la esperanza.

Desesperado, coge la papelera y sale a la oficina exterior. Evitando los ojos de las muchachas anónimas, llena la papelera en el depósito de agua fresca. De vuelta a su despacho, ve a Fenster apoyado en la puerta del suyo, fumando un cigarrillo y observándole.

—¿Qué estás haciendo ahora, Insel? —le pregunta.

Pero Kurt pretende no verlo, entra en su oficina y cierra la puerta. Entonces abre el cajón inferior donde está el botón, tira el agua dentro y vuelve a cerrarlo de un golpe. La luz desaparece y Kurt ríe, aliviado. El agua

empieza a filtrarse y a caer en el suelo, pero a Kurt no le importa nada mientras no brille la luz.

El viernes por la mañana abre la oficina y la encuentra llena de luz. Horrorizado, corre al cajón inferior, donde la luz es más intensa. Da vuelta a la llave y, cogiendo el tirador, trata de abrirlo, pero no se mueve. Tira más fuerte, sujetando el escritorio, pero el agua que arrojó ha hinchado la madera y el cajón no se mueve un milímetro. Le domina el terror y corre por la habitación tratando de escapar de la luz, pero no hay donde esconderse. Debe atacar antes de que le ataquen. Decide ir inmediatamente a la Oficina de Quejas y tratar de poner en su conocimiento todo el asunto. No puede continuar, tal como están las cosas, y si lo que piensa es verdad, estarán esperándole.

Pero todos sus papeles y lápices están en el cajón inferior y no puede cogerlos. Sale de su despacho cerrando la puerta tras de sí, y entra en el de Fenster. Este baja la revista que ha estado leyendo y le mira, interrogador.

—Tengo un asunto urgente —balbucea Kurt— y están desinfectando en mi oficina. Me pregunto si podría usar tu escritorio un momento.

Fenster continúa sentado unos momentos, considerando lo que puede haber de verdad en las palabras de Kurt. Luego se levanta, encogiéndose de hombros.

Kurt se sienta y pone en orden sus pensamientos. Un abordaje bien llevado puede significar media victoria. Debe, pues, abordar a la Oficina de Quejas de una forma correcta. Debe ingeniárselas para que su carta parezca la de un ejecutivo, es decir, de una persona importante, y también para que demuestre que él es humilde y no cree en su propia importancia. Finalmente, coge una hoja de papel y escribe:

«Distinguidos señores:

»El reciente comunicado de la Oficina —fechado el último lunes—, ha establecido su validez para el que suscribe.

»En consecuencia, el que suscribe podrá disponer de una porción de su tiempo para registrar un caso que concierne a la mencionada Oficina.

»Uso para reforzar mi petición, las palabras de Walt Whitman:
“No me cerréis las puertas, nobles Dependencias.”

»En consecuencia, el abajo firmante confía en su buena disposición y queda de ustedes, suyo afectísimo,

»KURT INSEL, *ejecutivo.*»

Mientras relee su carta con satisfacción, se da cuenta de que Fenster está inclinado sobre su hombro, así que la mete rápidamente en un sobre y pone la dirección.

—Veo que escribes a la Oficina de Quejas —dice Fenster, todavía inclinado sobre su hombro.

—... Sí —Kurt está ocupadísimo en cerrar el sobre.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Fenster en tono descuidado.

Kurt sigue sin mirarlo.

—He solicitado una entrevista —dice por fin.

—Ah...

Kurt no sabe si esto es una pregunta o un signo de conformidad.

—Presento una queja contra la señora... Unter —se siente forzado a añadir.

—¡Muy bien! —exclama Fenster—. ¡Creo que es una buena idea!

—¿Sí? —inquire Kurt, sorprendido.

—Sí. Creo que debes hacerlo.

—¿Por qué?

—Cuanto antes mejor —prosigue Fenster, ignorando la pregunta de Kurt—. Dame, la enviaré yo mismo. —Arranca el sobre de las manos de Kurt y lo deja solo en la oficina. Kurt recuerda el comportamiento de Fenster durante aquel almuerzo y quisiera recuperar su carta. Pero es demasiado tarde. No puede.

Vuelve a su despacho, asustado por lo que acaba de hacer.

IV

Lunes por la mañana. Son más de las once cuando consigue llegar a su oficina, después de atravesar el gentío de la planta. El resplandor que inundara su oficina el viernes por la tarde ha desaparecido por completo, y la habitación está a oscuras. Enciende la luz y ve sobre su escritorio una hoja de papel con un membrete: OFICINA DE QUEJAS, impreso en su parte superior. El papel dice: «Al señor Kurt Inzip, del señor Nass: Preséntese por favor en la Oficina de Quejas el lunes por la tarde a las tres en punto.» No hay firma.

Kurt está en ascuas mientras espera que lleguen las tres. A mediodía no siente apetito y no puede tomar el almuerzo. La nota le hace sentir escalofríos. Ni siquiera su nombre está escrito correctamente. No hay duda ya de que Fenster está mezclado de alguna forma en todo esto. Quizá sepa lo del último lunes y haya informado sobre él.

A las tres, Kurt toma el ascensor y se dirige al último piso, donde se encuentra la oficina.

Sale del ascensor y camina a lo largo de un polvoriento corredor que necesita una mano de pintura. El corredor está junto a una de las paredes exteriores del edificio, en la que se abre una fila de ventanas. Escucha el viento, que a estas alturas siempre sopla haciendo temblar los polvorientos cristales. La altura que se percibe desde las ventanas le marea, así que anda casi pegado a la amarillenta pared de la derecha. Hay una sola puerta en todo el corredor, y al final de éste, un viejo radiador y un barril lleno de papeluchos. Hay muchos trozos de papel por todas partes, y algunas cáscaras de naranja. En la puerta figura el número 35.001 y debajo, en un dorado tan desvaído que apenas se pueden leer las palabras: OFICINA DE QUEJAS - NUNCA CERRADO.

Kurt da unos golpecitos. No hay respuesta. Abre la puerta y ve una inmensa habitación, de una altura equivalente por lo menos a dos pisos, que ocupa la extensión de toda la planta y cuyo interior está iluminado por una media luz rojiza, como una estación de ferrocarril. En la pared de la derecha, altísimas, dos ventanas dejan caer la tenue luz rosada de la tarde a través de

sus cristales oscurecidos por el polvo. Todo el techo es una cúpula a dos pisos de altura; la cúspide del edificio; Kurt puede sentir el viento aullando en el exterior. Del mismo centro de la cúpula desciende una larguísima cadena de la que cuelga una vieja lámpara mortecina.

La habitación está fría, especialmente a la altura del liso suelo de cemento, donde el viento forma una corriente. En la pared de la puerta y en la opuesta a la de las ventanas, hay una desordenada hilera de sillas tapizadas de cuero con brazos de madera. El cuero está viejo y desgarrado, y el relleno sale por algunas aberturas. A lo largo de todas las paredes hay montones de papeles, de jirones de tela y de otras basuras, y junto a la pared del fondo hay unas cuantas cajas y barriles, como si la habitación hubiese estado destinada en su principio a almacén o a desván. En una pared hay un viejo teléfono y, finalmente, muy al fondo, una mesa de grandes proporciones, como las de los tribunales de justicia, y detrás de ella, expeliendo volutas de humo hacia el aire gris, cuatro hombres.

Frente a ellos se encuentra un hombre muy grueso que Kurt ha visto algunas veces en el ascensor; está de pie y mueve las manos mientras habla con una voz que oscila entre la cólera y el lloriqueo. Los cuatro hombres que hay detrás de la mesa se muestran agitados, revolviéndose en sus sillas, inclinándose unos a otros para hablar, soltando bocanadas de humo y todo ello sin prestar la más mínima atención al hombre que tienen delante.

Kurt quiere salir corriendo de allí, pero en lugar de esto se sienta en el borde de una de las sillas de cuero, cerca de la puerta. Está confuso. Ni siquiera ha podido traer la prueba, porque está dentro del cajón atascado. Será juzgado, aun cuando es él el acusador. Siente aquí, mucho más intensamente que en los pisos inferiores del edificio, cómo la fría maquinaria del aislamiento se mueve lentamente, para envolverlo. Kurt deja de pensar y trata febrilmente de preparar su declaración.

De pronto, de los cuatro que hay tras el escritorio, el hombre que ocupa el centro se levanta y golpea con los dos puños sobre la mesa, con gesto de ira.

—¡Márchese, señor Pawl! ¡Está usted despedido! ¡Despedido!
¡Despedido!

El hombre grueso sale disparado y pasa ante Kurt tembloroso, con los

ojos muy abiertos, la cara roja y el labio inferior seco y colgante.

Los miembros de la oficina se quedan, inmóviles y silenciosos, mirando hacia adelante, los cigarros olvidados en los ceniceros. El del centro llama:

—El siguiente caso. Señor Kurt Inzip.

Kurt se levanta y se aproxima lentamente a la mesa. Siente que va a caerse.

—Insel, señor —musita mientras cruza la vasta habitación. Se detiene ante la mesa y mira al hombre que le ha llamado. Un sujeto corpulento, con gafas sin montura.

—Soy Nass —dice el hombre—. ¿Y bien?

Kurt permanece mudo. Ha perdido el habla.

—Nuestro tiempo es precioso —dice Nass.

—Ya sé que se lo han contado, pero no debe creerlo —comienza Kurt absurdamente, echando a perder todos sus preparativos—. No debe creer en su versión. Yo estaba enfermo aquella mañana... estaba muy enfermo.

—Está usted enfermo, señor Inzip. Bien, no veo...

—¡No! No estoy enfermo. Lo estaba. Usted no comprende.

—Estamos intentándolo, señor Inzip. Usted estaba enfermo.

—Sí, lo estaba. Lo estaba realmente, entonces.

—¿Cuándo estuvo usted enfermo, señor Inzip?

—¿Cuál era el problema? —pregunta el hombre que está a un extremo, inclinándose para mirarle fijamente.

—La última... la última semana. No quería, es decir, creía que no podía venir.

—Entonces usted no vino la semana pasada —afirma Nass.

—Yo... sí que vine.

—Usted ha dicho que estaba enfermo —puntualiza el hombre del extremo.

—Bueno, no estaba enfermo.

—¿No estaba enfermo? —pregunta el hombre delgado, a la derecha de Nass.

—Yo *estaba* enfermo —dice Kurt, angustiado.

—Vamos, vamos, señor Inzip, usted estaba enfermo o no lo estaba. ¿Lo

estaba o no? —inquire Nass, impaciente.

—Yo no creía que estaba enfermo —responde Kurt, con voz temblorosa.

—No... creía... que... estaba... enfermo —repite el hombre a la izquierda de Nass, al tiempo que escribe en un gran libro.

—Usted dijo que no quería venir a trabajar... —recuerda el hombre que está en un extremo.

—Sí que quería..., me sentía enfermo... Yo no sabía qué quería...

—Acaba de decir que no pensó que estaba enfermo, señor Inzip.

—¡Sí que lo pensé!

—Acaba de decir que no —dice el hombre a la izquierda de Nass, mirando en el libro.

—Quiero decir que lo sentí.

—Entonces, no lo estaba realmente —concluye el hombre a la derecha de Nass.

—¡Lo estaba..., pensé que lo estaba...! Yo... ¡No lo sé! ¡No lo sé! —grita Kurt.

—Bueno, bueno, señor Inzip. Debemos controlar nuestros nervios —dice Nass, conciliador. El hombre que está a un extremo coge una jarra de metal que hay sobre la mesa y llena un vaso, luego viene hacia donde está Kurt y se lo da.

—Beba esto, se sentirá mejor —dice, sonriendo y posando una mano en el hombro de Kurt.

El resto del equipo ha encendido sus cigarrillos de nuevo y todos arrojan el humo hacia Kurt.

—¿Por qué no fuma usted? —pregunta el hombre a la derecha de Nass, con acento paternal.

—Gracias —dice Kurt, agradecido, y enciende un cigarrillo con dedos inseguros.

—Ahora veamos lo de esa enfermedad —dice Nass.

—¡No, no! ¡Es la señora Unter! —grita Kurt, casi histérico.

—Ah, la señora Unter está enferma.

—No. No lo está —dice Kurt. Está intentando con todas sus fuerzas no perder el control—. No está enferma. Está en mi oficina. ¿No comprenden?

—¿En su oficina? —corean todos.

—Tengo su botón y sé que he hecho todo lo que he podido, pero no lo pude sacar. ¡Llené el cajón de agua y no lo puedo sacar!

—¿Qué quiere decir, Inzip? —ruge Nass—. ¿Está usted estropeando el material de la compañía?

—Se explica que estuviera enfermo —dice secamente el hombre que está a un extremo.

—¡Es su botón! ¡Su botón!

—Ha destruido usted algo suyo y ahora ella quiere una compensación — resume estúpidamente el hombre a la derecha de Nass.

Kurt se siente invadido por el pánico. No tratan de entenderle. Tratan de que sus palabras suenen disparatadas. ¿Qué perseguirán con ello?

—No es su oficina, Inzip —puntualiza Nass.

—¡Insel! —vocifera Kurt.

—Entonces usted cree que ella fue enviada..., ella... dice... ha venido para perjudicarlo y por eso estaba usted enfermo —lee el hombre del libro.

—¡Ah! —exclama el hombre a la derecha de Nass.

—Es una grave acusación —advierte Nass en voz baja.

—¡Yo no hago la acusación! —dice Kurt.

—Ya la ha hecho —dice el hombre del libro—. Está registrado.

—¡No la he hecho!

—Bien. Veremos lo que podemos hacer —suspira Nass—. Por supuesto que sería mejor que usted modificara sus declaraciones un poco...

—¡Pero yo no he hecho ninguna declaración! —dice Kurt, roncamente.

—Sí que lo ha hecho —dice el hombre del libro, levantándolo para que Kurt pueda verlo.

—¿Por qué no deja usted que nosotros las retoquemos un poco al enviar nuestro informe, señor Inzip? —sugiere Nass en tono confidencial.

Kurt está de acuerdo, está casi agradecido, en que las retoquen. Lo único que quiere es marcharse de allí y volver a su pequeña y cálida oficina de paredes pintadas de color suave, a sus lápices.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —concede, sintiéndose aliviado de pronto.

Hay un largo silencio. El viento aúlla en la cúpula y repiquetea en las

ventanas. Nass prosigue:

—Bien. Eso es todo, señor Inzip. Pronto nos pondremos en contacto con usted.

—Gracias, señor —tartamudea Kurt, y se dirige a la puerta.

—Nos cuidaremos de todo... —le asegura Nass mientras cierra la puerta.

Al encontrarse solo se siente tan débil que debe apoyarse en la pared unos momentos antes de volver al ascensor.

V

Los dos días siguientes los pasa Kurt sentado en su oficina sin apenas avanzar en su trabajo. No ha recibido comunicación alguna de la Oficina de Quejas y empieza a temer que le llame el mismísimo departamento. Ha conseguido abrir el cajón inferior y sacar, todavía húmedos e hinchados, todos sus lápices y demás cosas. El botón ha dejado de brillar, pero la pintura de su escritorio se ha desconchado un poco y ello se nota.

A la hora del almuerzo ha conseguido evitar a Fenster, sentándose en una mesa ya ocupada por otras tres personas, pero al segundo día, subiendo en el ascensor, ve a Fenster junto a él.

—He oído que has cantado las cuarenta —dice Fenster por fin.

—¿Qué quieres decir? —susurra Kurt.

—El asunto de la señora Unter. Circula por toda la compañía, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Qué asunto?

—Apuesto a que el departamento decidirá que ella no es eficiente y nada más, así que no será sancionada... Ha sido un buen truco. No te creía capaz de hacerlo.

—¿Hacer qué? —pregunta Kurt, casi gritando.

—Vamos, vamos, Insel, deja ya esa cara de sorpresa. Todos vamos detrás de lo mismo. Y con esto no quiero decir nada...

Kurt se queda callado, sintiendo todos los ojos fijos en él.

—Creo que con todo esto conseguirás una promoción —dice Fenster—.

De hecho, cuando envié tu carta, añadí algo...

—Santo Dios, ¿de qué estás hablando? ¡Yo no quiero ninguna promoción! Yo no...

El ascensor llega a su piso y Fenster ríe, con más esfuerzo que humor.

—Acuérdate de tus amigos de cuando estabas aquí abajo, Insel —le dice, oprimiéndole el hombro; luego se va hacia los lavabos.

Kurt vuelve a su oficina con la cabeza dándole vueltas como un trompo, se encierra y se sienta, derrengado, en su silla.

A la mañana siguiente encuentra sobre su escritorio un memorándum del señor Nass, diciéndole que será recibido en la Oficina de Quejas a las tres.

Ya ha pasado la hora cuando vuelve a pensar en ello. Sale disparado de su despacho, sin cerrar la puerta ni los cajones del escritorio y llega a la oficina con diez minutos de retraso.

Cuando entra de nuevo en la enorme y polvorienta habitación, hay solamente tres hombres detrás de la alta mesa. El hombre que en la otra ocasión se sentara a un extremo no está.

—¡Pase, Inzip, pase! ¡La Oficina de Quejas tiene buenas noticias para usted! —dice Nass; guiña uno de sus abultados ojos y el hombre del libro sonríe ampliamente—. La oficina ha presentado su caso al departamento —continúa Nass—, y usted ha conseguido absolverse.

«¿Absolverme? —piensa Kurt—. ¡Oh, gracias a, Dios, gracias a Dios!»

—Y no sólo eso, sino que ¡tenemos un ascenso para usted! Y la Oficina de Quejas tiene orden de hacer todo lo posible a su favor respecto a ese asunto de la Unter...

El alivio de Kurt se enfría. Entonces recuerda que ha dejado abierta su oficina y también sus cajones. Siente que se ahoga. Se sostiene primero en un pie y luego en el otro, mientras espera llegar antes de que sea demasiado tarde.

—Nuvola —continúa Nass leyendo una hoja de papel con timbre, profusamente mecanografiada— ha sido enviado al Brasil, e inmediatamente...

—¿Brasil? —repite Kurt—. Pero, ¿por qué ha ido a Brasil?

La sonrisa del hombre del libro desaparece, mientras que el que está a la

derecha de Nass sigue mirándole con expresión tensa, como si temiera que fuese a volar en añicos en cualquier momento. Nass deja de leer, deja el papel sobre la mesa y estudia a Kurt largo rato.

—Usted *quiere* ayuda, ¿no? —pregunta por fin.

—Claro que sí, señor —responde Kurt.

Hay una pausa hasta que Nass encuentra otra vez el punto de su lectura.

—... Nuvola ha sido enviado al Brasil —prosigue con gran énfasis, e inmediatamente añade—: Trocken y Nariz se dispondrán a partir para Benarés y esperarán allí futuras órdenes.

Trocfcen, el hombre de la derecha, empieza a meter lápices y papeles en una cartera.

—Benarés —murmura Kurt.

Nariz y Trocken se levantan del escritorio y se dirigen a la puerta, hablando en voz baja. Kurt escucha sus pasos mucho rato.

—¿Bien? —pregunta Nass—. ¿Hay algo más?

La puerta se cierra allá al fondo y el viento gime fuera. Kurt sigue con la mirada perdida en las sombras, más allá de la mesa.

—¿Nada más? ¿No? Muy bien —exclama Nass, convirtiéndose de improviso en un afán de actividad, apilando papeles, trasladándolos de un cajón a otro, cogiéndolos a puñados y metiéndolos en su cartera, sin advertir siquiera que Kurt está allí. Luego se levanta y se echa encima una chaqueta de la compañía que ha estado todo el tiempo sobre una silla de cuero. Luego se aparta de la mesa y empieza a dar vueltas por la habitación, rebuscando en los escombros, examinando las paredes, la cúpula, las ventanas, los muebles, todo en la penumbra de la estancia. De pronto se da cuenta de que Kurt está allí y dice:

—Mi puesto está en Munich. Usted ha sido ascendido. Por tanto desde ahora dejará usted su oficina y subirá aquí para hacerse cargo de la Oficina de Quejas en lugar nuestro.

—Pero ¿y mi oficina? —dice Kurt—. Por eso he venido. ¡No quiero salir de mi oficina!

—Tonterías, todo el mundo quiere salir —dice Nass, cogiendo una vieja silla de cuero y arrastrándola al otro extremo de la habitación.

—¡Mi oficina! ¡Mi oficina! —grita Kurt, a punto de llorar.

—¡Está usted aquí arriba ahora, Inzip! —exclama Nass, irritado, de vuelta al centro de la habitación—. ¿No siente usted ninguna gratitud?

Kurt oye, muy débilmente, un ruido como de raspadura. Es la señora Unter, revolviendo en las entrañas del edificio. Ya se dirige rápidamente a su oficina. Dentro de un momento la verá vacía. Se abalanzará en su interior. Se sentará en su silla, rugiendo. Hundirá sus grandes y toscas manos en los cajones abiertos y se apoderará de todas sus pertenencias. Acercará a ellas su nariz para olerlas, y, mientras, sus ojos darán vueltas en su rostro embotado.

—¡No deben hacer esto! —suplica Kurt.

—Es todo por su bien —responde Nass lacónicamente, y se dirige al teléfono. Lo aferra con ambas manos y lo arranca de la pared, arrojándolo a continuación a los brazos de Kurt—. No se desprenda nunca de esto, Inzip —dice, y luego se encamina a la puerta—. Estaremos continuamente en contacto con usted.

—Usted no comprende...

La puerta se cierra con violencia. Kurt permanece en el centro de la enorme y vacía habitación, mirando hacia la puerta. El teléfono roto cuelga de sus manos. Sopla el viento y la fría corriente le hiela las piernas. La luz disminuye más y más, confundiendo las sillas y los papeles en una masa de sombras, a lo largo de las paredes de ladrillo, mientras el sol de invierno se vuelve rojo en las ventanas. Se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas y grita:

—¡Malvados! —agita el puño cerrado hacia la puerta—. ¡Malvados! ¡Me habéis destruido y ni siquiera sabéis mi nombre! —y se cubre la cara con las manos.

El golpe en la puerta apenas se oye y, después de un momento, la puerta se abre y entra un hombrecillo con un desteñido chaleco de seda y una visera verde, llevando en sus manos un aparato roto.

—¿Es ésta la Oficina de Quejas? —pregunta en un susurro.

Ve a Kurt en el centro de la habitación y se queda mirándole un instante, visiblemente impresionado. Luego, tomando los sollozos como un signo de que es bien recibido, se acerca tímidamente y empieza:

—Verá, señor, soy el ejecutivo de Mimeografía y...

Pero Kurt cae de rodillas y el único sonido que puede oírse en la habitación es el lamento del hombre arrodillado y el viento que repiquetea en las ventanas y aúlla eternamente en la cúpula.

EL PROBLEMA DEL PUENTE QUEJUMBROSO

Harry Manders

Harry Bunny Manders fue un escritor inglés que también ejerció como ladrón «de guante blanco» hacia 1890-1900. Su adorado compañero y mentor, Arthur J. Raffles, era un jugador de cricket, de la talla de lord Peter Wimsey y W. G. Grace. Pero en privado, era un tipo de vida muy diferente: un revientapisos, un artista semejante a Frégoli en sus rápidos disfraces y un ladrón sólo comparable a Arsenio Lupin. Las narraciones de Manders han aparecido en América en cuatro volúmenes titulados: El revientapisos por afición, Raffles, Un ladrón en la noche, y El señor juez Raffles. «Raffles» ha quedado incorporado al lenguaje inglés (y a otros muchos) como sinónimo del ladrón que es todo un caballero, o de un Jimmy Valentine de alto copete. Los aficionados a las narraciones de misterio, conocen sobradamente al incomparable, aunque trágicamente acabado, Raffles, y a su compinche Manders.

Después de la muerte de Raffles en la guerra de los boers, Harry Manders abandonó la senda del crimen y se convirtió en periodista y autor altamente respetable. Se casó, tuvo hijos, y falleció en 1924. Sus primeras obras las dio a conocer E. W. Hornung, cuñado de Arthur Conan Doyle. Varias obras póstumas de Manders han sido editadas por Barry Perowne. Sin embargo, en una cláusula testamentaria, el autor prohibió la impresión

de uno de sus relatos hasta cincuenta años después de su muerte. Ya ha transcurrido el tiempo señalado. Ahora el público podrá saber de qué modo se salvó el mundo del mayor de los peligros. Como también descubrirá que los caminos del gran Raffles y el formidable Holmes (Sherlock Holmes) se cruzaron una vez, al menos.

I

La bala boer que atravesó mi muslo en 1900 me dejó lisiado para el resto de mi existencia, pero logré reducir sus efectos. Sin embargo, a los sesenta y un años de edad, descubrí de pronto que otro asesino que, con seguridad, había matado ya a muchos más hombres que las balas, estaba alojado en mi propio cuerpo. El doctor, mi compadre, me concede seis meses de vida a lo sumo, seis meses que, según afirma sin ambages, serán muy dolorosos. Él conoce mis fechorías, y tal vez piensa que mis sufrimientos serán un castigo merecido. No estoy seguro, pero juraría que éste ha sido el significado de la leve sonrisa que acompañó su declaración sobre mi triste suerte.

Bien, así es. Me queda poco tiempo. Pero he determinado escribir la aventura sobre la cual Raffles y yo juramos no pronunciar jamás una sola palabra. Ocurrió realmente. Pero entonces el mundo no lo hubiera creído. La gente se habría convencido de que yo era un farsante o un loco.

Escribo esto, no obstante, porque dentro de cincuenta años el mundo puede haber progresado hasta un punto en que tales cosas resulten perfectamente verosímiles. El hombre tal vez haya llegado a la Luna, si ha perfeccionado un propulsor que funcione tanto en la atmósfera como fuera de ella. O puede haber descubierto la misma clase de impulso que... Oh, bueno, no anticipemos los acontecimientos.

Espero que el mundo de 1974 crea esta aventura. Y así, el ser humano sabrá que, pese a los delitos cometidos por Raffles y por mí, hemos pagado por ellos mil y mil veces con lo que hicimos aquella semana del mes de mayo de 1895. En realidad, el mundo está y estará siempre en deuda con nosotros. Sí, mi querido doctor, mi burlón compadre, que aguarda que yo sufra el castigo de mis culpas, sólo deseo que usted pueda aún vivir para leer este relato. Y, ¡quién sabe!, tal vez viva usted cien años y lea la relación de lo que usted me debe. Ojalá.

II

Me hallaba adormilado sobre una butaca en mi casa de Mount Street cuando el rechinar de la verja del jardín me sobresaltó. Un momento más tarde repiqueteaba en mi puerta un tabaleo familiar. Abrí y, tal como esperaba, me encontré frente al propio A. J. Raffles. Entró con su mejor sonrisa y una leve alegría en sus pupilas azules. Se quitó el puro de entre los labios y señalando con él mi vaso de whisky y soda, me dijo:

—¿Aburrido, Bunny?

—Bastante —asentí—. Llevamos un año sin hacer nada estimulante como el viaje alrededor del mundo tras el asunto Levy. Pero ya hace cuatro meses que terminó todo eso y desde entonces...

—¡Echa esa bilis! —exclamó Raffles—. ¡Bien, amigo mío, esto se ha acabado! Esta noche te quitaré la bilis de encima, y también el maldito aburrimiento.

—¿Qué asunto?

—¡Joyas, Bunny! Para ser exactos, zafiros estrellados, o corindón azul, cortados en *cabochon*, es decir, redondeados y con una faceta plana. Y grandes, Bunny, tremenda y vulgarmente grandes, casi del tamaño de un huevo de gallina, si mi comunicante no ha exagerado. Pero hay un misterio en torno a estas piedras, un misterio que mi perista ha susurrado con su acento cockney en mi oído durante algún tiempo. Los está vendiendo un tal James Phillimore, de Kensal Rise. Pero de dónde los saca, de quién los obtiene, nadie lo sabe. Mi comunicante ha insinuado que tal vez no procedan de ninguna caja fuerte ni de la garganta de una rica dama, sino que pasan de contrabando desde el Sudeste asiático, África del Sur, o Brasil, directamente desde la mina. De cualquier forma que sea, esta noche iremos a dar un vistazo, y si se presenta la ocasión...

—Vamos, A. J. —le interrumpí con amargura—, tú ya has dado todos los vistazos. ¡Sé sincero! Esta noche hallaremos que la ocasión es propicia y daremos el golpe, ¿verdad?

Me molestaba un poco que Raffles llevase a cabo toda la labor preliminar, la caja, como se dice en el hampa. No sé por qué, nunca confiaba en mí para

estas cosas.

Raffles exhaló un anillo de humo perfecto y grande de su gran habano y me dio una palmada en la espalda.

—¿Sabes leer en mis ojos, Bunny! Sí, he examinado ya el terreno y he comprobado el horario de Phillimore.

No pude replicar nada al hombre más perfecto que conocí en mi vida. Rápidamente me puse las ropas negras, apuré el vaso de whisky, y salí de casa con Raffles. Anduvimos cierta distancia, asegurándonos de que no nos seguía ningún policía, aunque no existía ningún motivo para ello. Luego, cogimos el último tren para Willesden, el de las 11.21.

—¿Vive Phillimore cerca de la, antigua casa de Baird? —pregunté durante el trayecto.

—En realidad —asintió Raffles, escrutándome con sus ojos color gris acerado—, es la misma casa. Phillimore la compró cuando quedó zanjado el testamento de Baird, con lo que la finca quedó libre. Es una curiosa coincidencia, pero todas las coincidencias son curiosas. Para el hombre, claro; la Naturaleza siempre se muestra indiferente.

(Sí, ya sé que antes dije que sus ojos eran azules. Y lo eran. Ya se me ha criticado porque en una narración dije que sus ojos eran azules, y en otra que eran grises. Pero lo cierto es que eran azulgrisáceos, lo que hace que tomen uno u otro color, según cómo les llegue la luz.)

—Fue en enero de 1895 —prosiguió Raffles—. Oh, estamos en aguas profundas, Bunny. Mis investigaciones no han logrado demostrar que ese Phillimore viviese antes de noviembre de 1894. Hasta que se alojó en el East End, nadie parece haberle visto ni sabido nada de él. Surgió como por ensalmo, alquiló la casa de tres pisos, un sitio terrible, y allí estuvo hasta enero. Luego adquirió la vieja casona de Baird, donde éste falleció, seguramente para convertirse en fantasma. Desde entonces ha llevado una vida sosegada, exceptuando las visitas que hace una vez al mes a diversos peristas del East End. Tiene cocinera y ama de llaves, pero no viven con él.

A aquella hora tardía, el tren no pasaba del empalme de Willesden, desde donde fuimos caminando hasta Kensal Rise. Una vez más tuve que permitir que Raffles me guiara a través de unos campos desconocidos. Sin embargo,

esta vez brillaba la luna, y el campo no estaba tan despejado como en la última ocasión que estuve allí. Había casitas y villas, algunas a medio construir, que ocupaban los desiertos prados por los que yo había pasado aquella desdichada noche. Descendimos por un sendero que serpenteaba entre un bosque y un prado, y salimos a una carretera asfaltada desde hacía cuatro años nada más. Ya tenía el pequeño bordillo que entonces le faltaba, pero seguía habiendo solamente una farola delante de la casa.

Ante nosotros se elevaba la esquina de una alta tapia, en donde la luz de la luna brillaba en los trozos de cristales rotos del reborde. También distinguía las puntas agudas de la cancela verde. Nos pusimos los antifaces. Como antes, Raffles colocó tapones de champán en las agudas puntas, extendió su abrigo por encima y saltamos sigilosamente. Quitó después los corchos y nos quedamos inmóviles junto a la tapia, al lado de unos laureles. Reconozco que sentía cierta aprensión. El fantasma del viejo Baird parecía rondar por allí. Las sombras eran más densas de lo debido.

Iba ya a echar a andar por la senda de gravilla que conducía a la casa, que estaba a oscuras, cuando Raffles me sujetó tirando de mi chaqueta.

—¡Quieto! —susurró—. He visto a alguien..., algo..., entre los arbustos, al final del jardín. Allí, en el ángulo del muro.

Yo no distinguía nada, pero confié en él, cuya vista era tan aguda como la de un piel roja. Nos movimos sigilosamente a lo largo de la pared, deteniéndonos a menudo para escrutar las tinieblas de los arbustos en el sitio indicado. A unos veinte metros del mismo vi moverse algo sin forma concreta. Estaba yo a punto de huir, cuando mi amigo me susurró que no podíamos consentir que nos asustase un competidor. Tras una apresurada discusión, avanzamos aún más lentamente, sólo un poco más sólidos que las sombras entre la sombra del muro. Al cabo de unos minutos que se nos hicieron larguísimos, el desconocido cayó gracias a un puñetazo que Raffles le asestó en la mandíbula.

Raffles le arrastró fuera de los arbustos, a fin de poder echarle una ojeada a la luz de la luna.

—¿Sabes quién es, Bunny? —preguntó Raffles—. Mira esos largos bucles, esa nariz arqueada, esas gruesas cejas, ese olor a perfume caro de

París. ¿No le reconoces?

—Confesé que no.

—¡Vaya, si es el famoso periodista e infame duelista, Isadora Persano! — exclamó Raffles—. Y ahora dime que nunca has oído hablar de él... o, mejor dicho, de ella, según.

—¡Naturalmente! —asentí—. ¡El periodista del *Daily Telegraph*!

—Ya no. Ahora escribe por cuenta propia. Pero ¿qué diablos hace aquí?

—¿Supones que también él lleva una vida de día y otra de noche?

—Tal vez, aunque también puede ser que esté aquí como periodista. Puede haber oído algo respecto a James Phillimore. ¡Que el diablo cargue con él! Si la Prensa está cerca seguro que los de Scotland Yard no están lejos.

Las facciones de Persano combinaban curiosamente una tosca masculinidad con una femineidad ofensiva. Y, sin embargo, este último defecto no era culpa suya. Su padre, diplomático italiano, falleció antes de nacer él. Su madre, inglesa, deseaba una hija, y se sintió tristemente desencantada con su único hijo y, sin tener que dar cuentas a un esposo ni a su conciencia, le puso al niño el nombre de Isadora y lo educó como una niña. Hasta que ingresó en una escuela pública, siempre llevó faldas. En el colegio, su cabello largo y ciertas actitudes femeninas le hicieron el objeto especial de la malvada persecución de sus condiscípulos. Y fue allí donde tuvo que desarrollar una gran habilidad para defenderse. Ya de adulto, vivió varios años en el continente, y entonces fue cuando se ganó la reputación de hombre al que era peligroso insultar. Se decía que había herido a media docena de individuos con pistola o con espada.

De la cartera en que Raffles llevaba sus utensilios de trabajo, sacó una cuerda y una mordaza, y tras atar y amordazar a Persano, registró sus bolsillos. El único objeto que despertó su curiosidad fue una caja grande de cerillas que tenía en un bolsillo interior de su abrigo. Al abrirla extrajo algo que brilló a la luz de la luna.

—¡Por el fuego sagrado! —exclamó—. ¡Es uno de los famosos zafiros!

—¿Es rico Persano? —pregunté.

—No, tiene que trabajar para vivir, Bunny. Y como aún no ha entrado en la casa, supongo que este zafiro se lo ha comprado a un perista. También

supongo que lo ha puesto en esta caja de cerillas porque no es probable que un ratero robe tal cosa. En verdad, estuve a punto de no examinarla.

—Vámonos de aquí —le insté.

Pero él se agachó para contemplar al periodista, echando, al mismo tiempo, una ojeada casual a la joya. Esta, en realidad, tenía solamente el tamaño de la cuarta parte de un huevo de gallina. Por fin, Persano se estremeció y gimió bajo la mordaza. Raffles le susurró algo al oído y el otro asintió.

—¡Patéale si se atreve a gritar! —me advirtió Raffles, quitándole la mordaza.

Persano, según lo convenido, mantuvo la voz baja. Confesó que había sabido, por sus contactos en el hampa, lo referente a las piedras preciosas. Tras haber encontrado a nuestro mismo perista, no le costó mucho adquirir una de las joyas de Phillimore. En realidad, era la primera que Phillimore había vendido al joyero. Luego, se había preguntado con curiosidad, de dónde procedían, puesto que nadie había denunciado un robo de zafiros, y por eso había venido a espiar a Phillimore.

—¡Se trata de una gran artículo! —terminó—. Aunque hasta ahora no he tenido suerte. Sin embargo, debo advertirles que...

Su aviso no llegó a ser pronunciado. Tanto Raffles como yo habíamos oído voces fuera de la verja y el ruido de zapatos sobre la grava.

—¡No me dejen atado aquí, muchachos! —suplicó Persano—. Así me costaría un poco explicar satisfactoriamente mi presencia en este jardín. Y con la joya...

Raffles volvió a dejar la piedra en la caja de cerillas y puso ésta en el mismo bolsillo de antes. Si nos atrapaban, no tendríamos la joya encima. A continuación desató las muñecas y los tobillos del periodista.

—¡Buena suerte! —le deseó.

Un instante después, tras haber arrojado los abrigos encima de los cristales de la tapia, Raffles y yo saltamos por la cerca posterior del jardín. Corrimos agachados hacia el bosque, situado a unos veinte metros de la casa. Al otro lado, a cierta distancia, había una casa recién construida y una carretera también nueva. Un momento más tarde, vimos a Persano saltar el

muro. Corrió sin verlos y desapareció por el camino, dejando la estela de un fuerte perfume.

—Tenemos que visitarle en su casa —murmuró Raffles.

Me puso una mano en el hombro para advertirme, pero no fue necesario. Yo también había divisado a los tres hombres que doblaban la esquina del muro. Uno se situó en el ángulo; los otros dos corrieron hacia el bosque. Retrocedimos lo más silenciosamente posible. Como a aquella hora no había ningún tren, fuimos andando hasta Maide Vale y alquilamos un coche hasta Londres. Raffles se dirigió a su casa y yo a la mía de Mount Street.

III

Cuando leímos los diarios de la tarde comprendimos que en el asunto había algo extraño. Pero aún no tuvimos la menor idea del horrible cambio que habría de producirse.

Dudo que haya una persona letrada en el Oeste, y en realidad también en el Este, que no haya leído algo referente al extraño caso de James Phillimore.

A las ocho de la mañana, un coche de punto de Maide Vale paró delante de la cancela de su finca. El ama de llaves y la cocinera, aparte del propio Phillimore, eran los únicos ocupantes de la mansión. La zona exterior a las tapias estaba vigilada por ocho hombres del Departamento Metropolitano de Policía. El cochero tocó el timbre eléctrico que hacía sonar la campanilla. El señor Phillimore salió de la casa y descendió por el sendero de grava. Allí le vieron el cochero, un policía apostado cerca de la cancela y otro que estaba detrás de un árbol. Este último distinguía claramente la fachada de la casa y el jardín, y otro policía, desde otro árbol, veía perfectamente el patio trasero y la parte posterior de la casa.

Phillimore abrió la cancela, pero no la cruzó. Comentó con el cochero que amenazaba la lluvia, y añadió que volvía a la casa en busca del paraguas. El cochero, los policías y el ama de llaves le vieron entrar de nuevo en la casa. El ama de llaves se hallaba en aquel momento en la habitación que ocupaba

la parte delantera de la planta baja. Cuando Phillimore entró, ella se marchó a la cocina. Sin embargo, oyó los pasos de su amo en la escalera del vestíbulo que conducía a los pisos superiores.

Fue la última en ver a Phillimore. Este no volvió a salir de la casa. Al cabo de media hora, Mackenzie, inspector de Scotland Yard encargado del caso, supuso que Phillimore se había dado cuenta de la vigilancia, y él y tres policías más entraron en el jardín, mientras otros cuatro quedaban vigilando fuera. En ningún momento quedó ningún rincón ni palmo del jardín ni del patio sin escrutar. Ni el interior de la casa dejó de ser registrado escrupulosamente.

Tras enseñarle al ama de llaves la orden del juez, los policías entraron en la casa y procedieron a realizar un minucioso registro. Ante su asombro, no hallaron el menor rastro de James Phillimore. El caballero, de casi dos metros de estatura y noventa kilos de peso, había desaparecido.

Durante los dos días siguientes, la casa y el patio, junto con el jardín, fueron objeto de la investigación más intensa. Con ello quedó demostrado que la mansión no tenía ningún escondite ni túnel secreto. Registraron cada centímetro cúbico. Era imposible que Phillimore hubiese abandonado la casa y, sin embargo, no estaba en ella.

—El retraso de otro minuto y nos habrían acorralado —comentó Raffles, extrayendo otro «Sullivan» de su cigarrera de plata—. Pero, diantre, ¿qué pasa aquí? ¿Qué fuerzas misteriosas están en juego? Fíjate que no se han hallado las joyas en la casa. Al menos, la policía nada ha dicho al respecto. Bien, ¿regresó Phillimore en busca de su paraguas? Evidentemente, no. El paraguas continuaba en el paragüero del vestíbulo, o sea que él subió directamente arriba. Por consiguiente, se fijó en los vigilantes de fuera y corrió a refugiarse en su madriguera, como buen conejo que era.

—¿Y dónde está ese escondite? —quise saber.

—Ah, ésta es la cuestión —murmuró Raffles, citando a Shakespeare—. ¿Cuál es el conejo que lleva consigo la conejera? Esta es la clase de misterio que suele atraer al gran detective. Y esta vez ha condescendido a investigar.

—¡Entonces, mantengámonos al margen de este asunto! —aconsejó—. Ya hemos tenido bastante suerte con que ninguna de nuestras víctimas

anteriores haya recurrido a nuestro amigo y pariente tuyo.

Raffles era primo tercero o cuarto de Holmes, aunque, que yo sepa, nunca se habían visto. Dudo que el detective hubiese ido a ver nunca un partido de cricket a Lord.

—No me importaría desafiar su ingenio —repuso Raffles—. Tal vez esto le haría cambiar de opinión respecto a cuál es el hombre más peligroso de Londres.

—Ya tenemos bastante dinero —mascullé—. Abandonemos el caso.

—Ayer te quejabas de aburrimiento —me recordó—. No, creo que debemos visitar al periodista. Quizá sepa algo que nosotros y la policía ignoramos. Sin embargo, si lo prefieres —añadió burlonamente—, puedes quedarte en casa.

Como era natural, esto me dolió e insistí en acompañarle. Unos minutos más tarde subíamos a un coche de punto y Raffles ordenaba al cochero que nos llevara a Praed Street.

IV

El apartamento de Persano se hallaba al final de dos tramos de peldaños de mármol de Carrara y una barandilla labrada de caoba. El portero nos condujo al 10-C, pero se marchó cuando Raffles llamó a la puerta. Pasado un minuto y como nadie respondiera, atacó la cerradura. Poco después estábamos en una serie de apartamentos amueblados con extravagancia. En el aire había el aroma del incienso.

Penetramos en el dormitorio y nos paramos en seco. Persano yacía en el suelo en ropas menores. Lamento atestiguarlo, pero su ropa interior pertenecía al género de encaje negro de las *demi-mondaines*. Supongo que de existir en aquella época los sostenes, Persano habría llevado uno. Sin embargo, no presté mucha atención a sus prendas, a causa de su horrible expresión. Su rostro era casi la máscara del más vivo terror.

Cerca de las puntas de sus extendidos dedos estaba la caja de cerillas.

Abierta y *algo* se agitaba dentro.

Retrocedí, pero Raffles, tras inhalar una bocanada de aire, palpó la frente del caído, le buscó el pulso y escrutó sus ojos.

—Está como loco —comentó—. Helado por el horror que surge del más profundo de los abismos.

Envalentonado por su ejemplo, me acerqué a la caja. Su contenido parecía un gusano, un gusano grueso y tubular, con una docena de delgados tentáculos proyectándose desde un extremo que podía ser la cabeza, puesto que la zona situada sobre las bases de los tentáculos se hallaba anillada y tenía ojillos azul celeste. Los ojillos tenían pupilas de gato. No había nariz ni boca.

—¡Dios mío! —clamé, estremecido—. ¿Qué es esto?

—Sólo Dios lo sabe —replicó Raffles; levantó la mano derecha de Persano y observó las yemas de sus dedos—. Fíjate en esa gota de sangre en cada dedo. Como si le hubieran clavado unos alfileres.

Se inclinó más hacia la caja y continuó:

—Las puntas de los tentáculos son como agujas, Bunny. Es posible que Persano no esté paralizado por el horror sino por un veneno.

—¡Por favor, no te acerques más! —supliqué.

—Oye, Bunny —prosiguió mi amigo—, ¿no tiene este gusano un diminuto objeto brillante en uno de sus tentáculos?

A pesar de mi repugnancia, me agaché a su lado y contemplé al pequeño monstruo.

—Sí, parece un pedazo muy pequeño de cristal curvado. ¿Y qué?

Mientras yo hablaba, el extremo del tentáculo que sostenía el cristalito se abrió, y éste desapareció en su interior.

—Ese cristal —meditó Raffles—, es lo que queda del zafiro. Y ese pedazo que se ha tragado era él último resto.

—¿Se ha tragado un zafiro? —me asombré—. ¿Una cosa tan dura como el corindón azul?

—Creo, Bunny, que el zafiro sólo parecía serlo. Tal vez no fuese óxido de aluminio al fin y al cabo, sino algo duro, capaz de engañar a un experto. El interior podía estar lleno de algo más blando que la concha. Es posible que la

concha contuviese un embrión.

—¿Un qué? —pregunté.

—Quiero decir, Bunny, que es inconcebible, pero terriblemente cierto, que ese gusano estaba en estado de larva dentro de la joya.

V

Salimos apresuradamente de allí. Raffles decidió no llevarse al monstruo, lo que le agradecí profundamente, porque deseaba que la policía hallase todas las pistas posibles.

—En esto hay algo siniestro, Bunny —rezongó—. Muy siniestro —encendió un cigarro y añadió gruñendo—: Sí, y muy extraño.

—¿Quieres decir... no inglés?

—Quiero decir... no terrestre.

Poco después saltamos de un coche en Saint James Park, y fuimos andando hacia Albany. Ya en la habitación de Raffles, fumando y bebiendo whisky, discutimos el significado de lo que habíamos visto, aunque no llegamos a ninguna explicación razonable ni fantástica. A la mañana siguiente, leyendo el *Times*, la *Pall Mall Gazette*, y el *Daily Telegraph*, nos enteramos de que nos habíamos librado por pelos. Según los periódicos, los inspectores Hopkins y Mackenzie, junto al detective privado Sherlock Holmes, habían penetrado en el domicilio de Persano muy poco después de marchamos nosotros. Persano falleció camino del hospital.

—Ni una palabra referente al gusano de la caja de cerillas —dijo Raffles—. La policía mantiene el secreto. Sin duda temen alarmar al público.

En efecto, no había ni la menor referencia oficial respecto al extraño bicho. Ni la hubo hasta 1922, en que el doctor Watson hizo un comentario casual en una aventura que publicó de su colega. No sé qué fue del animalito, pero supongo que lo pondrían en un frasco con alcohol. Debió de morir al momento. Sin duda, el frasco está ahora recogiendo polvo en alguna estantería de algún museo policial. De todos modos, la policía debió de

disponer del gusano. De lo contrario, el mundo no sería tal como es hoy.

—Bien, Bunny, sólo nos queda hacer una cosa —dijo Raffles, dejando los periódicos a un lado—. Tenemos que entrar en casa de Phillimore y registrarla nosotros solos.

No protesté. Más temía a sus burlas que a la policía. Sin embargo, no realizamos la excursión aquella noche. Antes, Raffles quiso explorar por su cuenta, investigando entre los peristas del East End y en torno a la mansión de Kensal Rise. La noche del segundo día, Raffles se presentó en mi casa. Mientras tanto, yo no estuve ocioso, ya que había coleccionado gran cantidad de corchos para los pinchos de la verja, mediante el sencillo sistema de trasegar a mi estómago botellas de champán.

—Han retirado la vigilancia policíaca —me informó Raffles—. No he visto a nadie en el bosque. Por tanto, entraremos esta noche en casa del difunto Phillimore. Es decir, si está muerto —añadió enigmáticamente.

Al sonar las doce de la noche, estábamos de nuevo saltando por la tapia. Un minuto más tarde, Raffles ya había quitado un vidrio de la puerta de cristales. Lo hizo con un diamante, un bote y una hoja de papel de envolver, como hicimos aquella noche en que irrumpimos en la misma casa para hallar tan sólo al chantajista muerto, con la cabeza aplastada por un atizador.

Pasó la mano por el hueco, giró la llave de la cerradura, y descorrió el cerrojo. Atravesamos el umbral, cerramos a nuestras espaldas y nos aseguramos de que estaban bien corridos todos los cortinajes de la parte delantera. Luego, Raffles, como había hecho aquella otra noche diabólica ya lejana, encendió una cerilla y con ella la luz de gas. La iluminación nos demostró que poco había cambiado en la casa. Aparentemente, James Phillimore no había tenido interés en decorarla de nuevo. Salimos al pasillo y subimos al piso alto, donde había tres puertas.

La primera daba al dormitorio. Contenía un enorme lecho con dosel, un mueble monstruoso que Baird había adquirido en una tienda de segunda mano en el East End, un tocador barato de madera de álamo, una mecedora, una mesita y dos sillones muy recargados.

—Sólo había un sillón la última vez que estuvimos aquí —recordó Raffles.

La segunda habitación no había cambiado nada, tan vacía como la otra. El cuarto del fondo era el baño, también igual.

Bajamos y pasamos a la cocina, para descender después al sótano. También entramos en la bodega. Como era de esperar, no encontramos nada. Al fin y al cabo, los policías de Scotland Yard eran muy meticulosos, y si hubieran pasado algo por alto, Holmes lo habría descubierto. Iba a sugerirle a mi amigo que admitiéramos nuestro fracaso y nos marchásemos antes de que alguien viera la luz en la casa, cuando me detuvo un sonido que venía de la parte alta de la casa.

Raffles también lo oyó. Sus oídos no se perdían nada. Aunque no era necesario, levantó la mano imponiéndome silencio. Luego, susurró:

—Cuidado, Bunny, puede ser un policía. Aunque creo que es nuestra presa.

Subimos los escalones de madera, que insistieron en crujir bajo nuestro peso. Luego cruzamos la cocina y salimos al pasillo, para llegar a la parte delantera de la casa. Como no vimos a nadie, subimos al primer piso y abrimos todas las puertas, para escudriñar en los aposentos.

Mientras nos asomábamos al cuarto de baño, volvimos a oír el ruido. Procedía de la parte delantera, aunque no podíamos decir sí de arriba o de abajo.

Raffles me hizo una seña y le seguí de puntillas al pasillo. Se detuvo ante la puerta del centro, miró adentro, y me condujo al dormitorio. Al mirar (recuerdo que aún no habíamos apagado las luces de gas), se sobresaltó.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Ha desaparecido un sillón!

—Pero..., pero... —balbucí—, ¿quién querrá robar una silla?

—Eso, ¿quién? —repitió.

Corrió escaleras abajo con bastante estrépito. Yo traté de ordenar a mi cerebro que me hiciese mover los pies. Al llegar a la puerta, oí que Raffles gritaba, fuera:

—¡Ahí va!

Corrí hacia el pequeño mirador enlosado. Raffles ya se hallaba a la mitad del sendero de grava, y una borrosa figura salía por la cancela. Quienquiera que fuese, tenía la llave.

Recuerdo haber pensado tontamente cómo se había enfriado el ambiente en el corto espado de tiempo que llevábamos en la casa. En realidad, no era una idea tan tonta, puesto que el aire frío había levantado la niebla. Esta colgaba sobre la carretera y parecía enroscarse entre los árboles del bosque. Y, naturalmente, ayudaba al hombre que perseguíamos.

Raffles era tan terco como un cobrador de recibos ante un cliente moroso, y no apartó la vista de la vaga figura, hasta que ésta se hundió entre unos árboles. Cuando salí, yo respiraba pesadamente, y hallé a Raffles al borde de un estrecho, pero hondo riachuelo. Cerca, medio envuelto por la niebla, había un puente corto y estrecho. En el camino que se iniciaba al final del puente había una casa a medio edificar.

—No ha cruzado el puente —razonó Raffles—. Le habría oído. De haber vadeado el arroyo, habría chapoteado y también lo habría oído. Pero no tuvo tiempo de retroceder. Bien, atravesemos el puente y veremos si ha dejado huellas en el fango.

Anduvimos uno detrás del otro por el puente, que se dobló un poco bajo nuestro peso, dándonos una sensación harto penosa.

—El contratista debió emplear un material de pésima calidad. Espero que sea mejor el de las casas. De lo contrario, al primer vendaval se vendrán abajo.

—Sí, parece bastante frágil —asentí—. El constructor debe ser un aprovechado. Claro que ya no se construye como antes.

Raffles se agazapó al otro extremo del puente, encendió una cerilla y examinó el terreno a ambos lados del sendero.

—Hay bastantes huellas —gruñó—, pero sin duda son de los obreros, aunque podrían estar entre ellas las del hombre que buscamos. Sin embargo, lo dudo. Todas éstas las han hecho botas gruesas y pesadas.

Me mandó ir hacia la fangosa orilla en busca de huellas, por la parte sur del puente. Él, mientras tanto, buscaba por la orilla opuesta. Destellaron nuestras cerillas y se extinguieron mientras nos gritábamos los resultados de nuestras búsquedas respectivas y anduvimos por el puente. A ambos lados nos asomamos para escrutar el riachuelo. Mi amigo encendió un habano y el suave aroma me impulsó a encender otro.

—Bunny, aquí hay algo raro. ¿No lo presientes?

Iba a replicar cuando me puso una mano en la espalda.

—¿No has oído una queja? —me preguntó en voz baja.

—No —negué, sintiendo que los pelos de la nuca se me erizaban.

De repente, pateó fuertemente sobre una plancha del puente. Y entonces oí una queja ahogada.

Antes de poder pronunciar palabra, Raffles ya había saltado por el pretil. Aterrizó en el fango. Una cerilla encendida bajo el puente, y por primera vez me di cuenta de cuán delgada era la madera de aquel puente, porque divisé la llamita a través de las tablas.

Raffles chilló de horror. La cerilla se apagó.

—¿Qué pasa? —grité.

De pronto empecé a caer. Me así al pretil, pero cedió bajo mi peso, caí a las frías aguas del arroyo, sentí las tablas debajo de mí, sentí que se deslizaban, y volví a gritar. Raffles, que recibió un fuerte golpe y había desaparecido un instante bajo el puente, se incorporó tambaleándose. Encendió otra cerilla y lanzó una maldición.

—¿Dónde está el puente? —inquirí.

—¡Ha volado! ¡Igual que el sillón!

Saltó sobre mí y subió a la orilla. Ya arriba, estuvo quieto un instante contemplando la luz de la luna y las tinieblas del bosque. Yo, temblando de frío y de horror, me arrastré fuera del riachuelo, y trepé por el fango. Un minuto más tarde, jadeando pesadamente y sintiéndome fuera de toda realidad, estaba al lado de mi amigo, que respiraba casi tan penosamente como yo.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa, Bunny? Es algo que puede cambiar de forma para parecerse casi a todo. Sin embargo, lo que hemos de averiguar no es de qué se trata, sino dónde está. Tenemos que encontrarlo y matarlo, aunque adopte la forma de una bellísima mujer o la de un niño.

—¿De qué estás hablando? —exclamé, muy intrigado.

—Bunny, Dios es testigo, cuando encendí la cerilla bajo el puente, vi un ojo pardo que me miraba. Estaba como encajado en una parte de la tabla más

gruesa que el resto. Y no muy lejos de lo que me pareció un par de labios y una oreja mal formados. Aparentemente, no tuvo tiempo de completar su transformación. O, tal vez, retiene los órganos de la vista y el oído para estar al corriente de lo que ocurre a su alrededor. Si tuviese sellados todos los órganos de los sentidos, no tendría la menor idea de cuándo puede volver a cambiar de forma con toda impunidad.

—¿Estás loco? —exclamé.

—No, a menos que tú también lo estés, ya que viste lo mismo que yo. Bunny, esta cosa puede alterar su carne y sus huesos. Tiene control sobre sus células, sus órganos..., que puede transformar de la máxima rigidez a la máxima flexibilidad, y puede adoptar la forma de un ser humano y también de objetos, como por ejemplo, el sillón del dormitorio, que parecía exactamente igual al verdadero. No es raro que Mackenzie y hasta el formidable Holmes no hallaran a James Phillimore. Tal vez estuvieron incluso sentados en él mientras le buscaban. Lástima que no rasgaran el sillón con una navaja al buscar las joyas. Creo que se habrían quedado estupefactos.

Hizo una pausa y continuó:

—¿Quién era el primitivo Phillimore? No existe nadie que lo viera. Aunque tal vez se basó en otra persona y adoptó el nombre de James Phillimore, que acaso vio en una losa funeraria o en un periódico americano. De todos modos, también fue el puente que tú y yo cruzamos. Un puente muy sensible, un puente que se quejaba, que gruñía un poco cada vez que lo pisaban nuestras botas.

No podía creerle, pero, no obstante, no podía dejar de hacerlo.

VI

Raffles pronosticó que la «cosa» estaría corriendo o andando hacia Maide Vale.

—Allí tomará un coche hasta la estación más cercana, y se perderá en el laberinto de Londres. Lo malo es que no sabemos qué o a quién buscar.

Puede adoptar la forma de una mujer, de un caballo o de un niño. También la de un árbol, aunque sería un refugio poco móvil.

Meditó unos instantes.

—En realidad —continuó—, debe de poseer ciertas limitaciones. Ha demostrado que puede estirar su masa casi hasta la delgadez del papel. Pero, al fin y al cabo, también se halla sujeto a las mismas leyes físicas que nosotros, en cuanto a su masa. Sólo posee una cantidad de substancia, por lo que sólo puede adquirir un volumen dado. Y me imagino que también sólo podrá comprimirse hasta cierto punto. Por tanto, quizá me equivoqué al decir que podría adoptar la forma de un niño. Probablemente puede estirarse bastante, pero contraerse muy poco.

Tal como descubrimos más adelante, Raffles estaba en lo cierto. Aunque también estaba equivocado. La «cosa» poseía medios para reducirse mucho, aunque a cierto precio.

—¿De dónde viene, J. A.?

—Esto es un misterio que quizá podría aclarar Holmes —dijo Raffles sonriendo—. O algún astrónomo. Supongo que esta «cosa» no es autóctona. Yo diría que ha llegado recientemente, quizá de Marte, o de un planeta más distante. Seguramente durante el mes de octubre de 1894. ¿Recuerdas, Bunny, cuando todos los periódicos daban noticias de la estrella que cayó en el estrecho, a menos de ocho kilómetros del mismo Dover? ¿No podría tratarse de una especie de nave que llevara a un pasajero procedente del espacio; de algún lugar celeste donde existe la vida, la vida inteligente, aunque no tal como la conocemos nosotros? Quizá cayó, quizá le falló la fuerza propulsora. O la fricción atmosférica le quemó la estructura. Tal vez las llamas no fueron más que la expresión externa de su propulsión, que podría ser un enorme cohete...

Mientras escribo esto en 1924, me maravillo nuevamente ante la soberbia imaginación y el poder deductivo de Raffles. Esto ocurría en 1895, tres años antes de que H. G. Wells publicase *La guerra de los mundos*. Cierto que Julio Verne ya había escrito, muchos años atrás novelas maravillosas, de grandes inventos científicos y viajes extraordinarios. Pero en ninguna de sus obras sospechó vida en otros mundos ni la posibilidad de una infiltración o invasión

de inteligencia extraña, procedente de algún lejano planeta. Para mí, aquella concepción era sencillamente apabullante. Y, no obstante, Raffles la dedujo de lo que para otros habría sido una serie de nimiedades. ¡Y yo tenía que ser el escritor de ficción, en esta sociedad nuestra!

—Relaciono la caída de la estrella con la presencia de James Phillimore, porque éste apareció de pronto, como surgido de la nada. En enero de este año, Phillimore vendió la primera joya a un perista. Desde entonces, una vez al mes, ha vendido otras, cuatro en total. Parecen zafiros. Pero supongamos que no lo sean, como nos demuestra la experiencia de aquel bicho que mató a Persano. ¡Bunny, aquellas falsas joyas eran huevos!

—¡No lo dirás en serio! —me sobresalté.

—Mi primo posee una máxima que todo el mundo repite. Afirma que, una vez eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, es la verdad. Sí, Bunny, la raza a la que pertenece Phillimore pone huevos. Y éstos, en su forma inicial, se parecen a zafiros. La forma estrellada de su interior son, probablemente, las primeras líneas del embrión. Supongo que poco antes de surgir, el embrión se torna opaco. El material interior, la yema, es absorbida o comida por el embrión. Luego, se rompe la cáscara y los pedazos los traga las bestezuela.

Yo estaba tan asombrado que no acerté a despegar los labios.

—Y entonces, poco después de romper la cáscara, la bestia se torna móvil, se retuerce, se refugia en un agujero, tal vez en una madriguera. Y allí se alimenta de cucarachas, ratones y, ya mayor, de ratas. Y después ¿qué, Bunny? ¿De perros? ¿De recién nacidos? ¿Y después...?

—¡Basta! —me horroricé—. ¡Es demasiado terrible para imaginarlo!

—Nada es demasiado para la imaginación, Bunny, si es posible buscar remedio a lo imaginado. De todos modos, si tengo razón, y creo que sí, hasta ahora sólo se ha empollado un huevo. Fue el que poseía Persano. Dentro de treinta días se abrirá otro. Y esta vez la «cosa» podría escurrirse impunemente. Tenemos que encontrar todos los huevos y destruirlos. Pero antes hemos de atrapar la «cosa» que pone los huevos.

Me limité a asentir sombríamente.

—No será fácil. La «cosa» posee una inteligencia extraordinaria y una

gran adaptabilidad. O, al menos, una capacidad mimética asombrosa. En un mes aprendió a hablar en perfecto inglés y se familiarizó con nuestras costumbres. Lo cual no era fácil, Bunny. Hay millares de franceses y americanos que llevan aquí mucho tiempo y no han aprendido aún todas las sutilezas de nuestro idioma, nuestro carácter y nuestras costumbres. Y se trata de seres humanos, aunque algunos ingleses lo duden.

—¡Vamos, J. A.! —rezongué—. Nosotros no somos de éstos.

—No. Una persona debe conocerse a sí misma, mi querido colega, y yo no tengo vergüenza de confesar mi esnobismo. Al fin y al cabo, si uno es inglés, no es ningún crimen ser esnob, ¿verdad? Alguien tiene que ser superior y nosotros sabemos quiénes lo son, ¿eh?

—Estábamos hablando de la «cosa» —le recordé.

—Sí, y debe de sentir pánico. Sabe que la hemos descubierto, y debe de pensar que a estas horas toda la raza humana la persigue. Al menos, eso espero. Si nos conoce bien, comprenderá que nos mostraremos muy reacios a informar a la autoridad. No deseamos ningún certificado oficial. Aunque ignora que no podemos resistir una investigación de nuestra vida privada.

Asentí fervorosamente.

—Bien, la «cosa» ignora todo esto, por lo que intentará huir del país. En cuyo caso, adoptará los medios de transporte más cercanos y rápidos, y para esto tendrá que adquirir un billete con un destino determinado. Y este destino, supongo, será Dover. Aunque es posible que no sea así.

En la parada de coches de Maide Vale, Raffles interrogó a varios cocheros. Uno dijo que había visto cómo otro tomaba a la mujer que podía ser la persona, o «cosa», que buscábamos. Alentado por el billete de una libra de Raffles, el cochero la describió. Era gigantesca, parecía tener cincuenta años y, sin saber por qué, le pareció familiar. Sin embargo, estaba seguro de no haberla visto antes.

Raffles le obligó a describirla, detalle por detalle.

—Gracias —concluyó, haciéndome un guiño.

Cuando estuvimos solos le rogué que se explicara.

—Ella, la «cosa», tenía unos rasgos familiares porque eran los de Phillimore feminizados —explicó Raffles—. Estamos sobre una buena pista.

Yendo hacia Londres en nuestro propio coche, exclamé:

—No comprendo de qué modo la «cosa» se deshace de las ropas al cambiar de forma. ¿Y de dónde ha sacado las prendas de mujer y el bolso? ¿Y el dinero para comprar el billete?

—Los vestidos formarán parte de su cuerpo. Debe poseer un soberbio control del mismo. Es como un camaleón, un supercamaleón.

—Pero ¿y el dinero? —insistí—. Ya sé que ha vendido sus propios huevos para poder vivir. Y supongo que lo ha hecho también para diseminar sus crías. Pero, al convertirse en mujer, ¿de dónde sacó el dinero para comprar un billete? ¿Formaba el bolso parte de su cuerpo antes de la transformación? En este caso, podrá desprenderse de parte de su propio cuerpo.

—Supongo que el dinero lo coge de donde puede —contestó Raffles.

Saltamos del coche cerca de Saint James Park, y fuimos andando hasta la casa de Raffles en Albany, donde tomamos un refrigerio servido por el portero. Luego nos pusimos unas barbas postizas, gafas de cristales planos y ropas limpias, preparamos un maletín y enrollamos una manta de viaje. Mi amigo se puso una especie de anillo. En su interior se escondía un cuchillo de muelles, pequeño, pero muy afilado. Raffles lo adquirió después de su fuga de la trampa mortal de la Camorra (descrita en *La última carcajada*). Decía que de haberlo poseído entonces, hubiera podido libertarse él mismo sin necesidad de tener que confiar en otra persona que le rescatase del diabólico verdugo automático del conde Corbucci. Y ahora tenía el presentimiento de que aquel anillo le prestaría un buen servicio.

Subimos a un coche y unos minutos más tarde nos hallábamos en el andén de Charing Cross, aguardando el tren para Dover. Poco después estábamos en un compartimiento privado fumando y bebiendo el coñac que Raffles llevaba en un frasco.

De pronto dijo:

—Voy a dejar la deducción y la inducción en favor de la intuición, Bunny. Aunque tal vez me equivoque, la intuición me dice que la «cosa» se halla en este tren camino de Dover.

—Otros piensan igual —respondí, mirando por el cristal de la portezuela

—, aunque no debe de ser la intuición lo que les ha traído aquí.

Raffles levantó la mirada a tiempo de ver los rasgos aquilinos de su primo y las facciones bovinas del médico amigo de aquél. Un momento más tarde, siguió sus pasos el inspector Mackenzie.

—No sé cómo —musitó Raffles—, ese sabueso humano, ese Holmes, mi primo, ha husmeado el buen rastro. ¿Ha adivinado también la verdad? En tal caso, la habrá reservado para sí. Los sabuesos de Scotland Yard le tomarían por loco si les hubiera contado sólo una parte de la verdad.

VII

Antes de que el tren llegase a Dover, Raffles se desperezó y chascó los dedos, gesto vulgar que jamás había hecho.

—¡Hoy es el día! —proclamó—. ¡O debería serlo, Bunny! Es asunto de archivo extraoficial que Phillimore iba al East End el treinta y uno de cada mes para vender una joya. ¿Sugiere esto que pone un huevo cada treinta días? En tal caso, tiene que poner otro hoy. ¿Le resulta tan fácil como a una gallina en el corral? ¿O experimenta algún dolor, alguna flojedad, alguna tribulación y algún trastorno análogo al de la parturienta humana? ¿Es el paso del huevo un suceso de poca monta, pero que obliga a la «cosa» a estar postrada una o dos horas? ¿Es posible poner un gran zafiro estrellado con sólo una nimia dificultad, con sólo un cacareo de alegría?

Al bajar del tren, empezó inmediatamente a interrogar a los maleteros, porteros y demás personal de la estación. Tuvo la suerte de averiguar que en el tren había habido un hombre que podía haber visto la «cosa». Sí, había observado algo raro. Una mujer había ocupado sola un compartimiento, una mujer grandota. Pero cuando el tren entró en la estación, de aquel compartimiento salió un hombre. La mujer había desaparecido. Sin embargo, el pasajero no había prestado al caso demasiada atención.

Raffles me susurró poco después:

—Tal vez se haya ido a un hotel para poder poner el huevo.

Salimos corriendo de la estación y alquilamos un coche hasta el hotel más cercano. Al alejarnos, vimos a Holmes y a Watson que conversaban con el mismo caballero que nosotros.

Primero visitamos el hotel Lord Warden, que estaba cerca de la estación, con una vista excelente del puerto. Allí no tuvimos suerte, ni en el Burlington de la calle Liverpool, ni en el Dover Castle, ni en el Clearence Place. Pero en el King's Head, y también en el Clearence Place descubrimos que la «cosa» había estado allí poco antes. El recepcionista nos manifestó que un caballero que cuadraba con nuestra descripción se había inscripto. Hacía cinco minutos que se había marchado. Parecía algo pálido y acongojado, como si hubiera bebido demasiado la noche anterior.

Al salir del hotel, entraban Holmes, Watson y Mackenzie. Holmes nos dirigió una mirada que me estremeció hasta la médula de los huesos. Estaba seguro de que ya nos había visto en el tren, en la estación y ahora en el hotel. Posiblemente, los empleados de los demás hoteles le habían dicho que ya dos hombres habían estado indagando respecto al mismo individuo.

Raffles alquiló otro coche y ordenó al cochero que nos llevase al puerto, empezando cerca del muelle Promenade.

—Tal vez me equivoque, Bunny —masculló por el trayecto—, pero creo que Phillimore se marcha a su casa.

Pregunté, incrédulamente:

—¿A Marte, o al planeta que sea?

—Creo que su destino es solamente la nave que le trajo aquí. Tal vez se halle aún bajo las olas, en el fondo del estrecho, que tiene una profundidad de veinticinco brazas. Como debe de ser totalmente impermeable, puede parecerse a los submarinos electrificados de los señores Campbell y Ash. James Phillimore puede dirigirse a su nave, tratando de refugiarse allí por algún tiempo. Para tumbarse, literalmente hablando, mientras en Inglaterra se enfrían las cosas.

—¿Y cómo podría resistir la presión y el frío de veinticinco brazas de profundidad del agua, camino de su nave? —argüí.

—Tal vez se convierta en pez —repuso Raffles, algo irritado.

—¿Es posible? —repliqué, asomado a la ventanilla.

—Tal vez.

Le gritó al cochero que aflojara el paso. El hombre alto, panzudo, de rostro colorado y nariz como un pimiento rojo se parecía al descripto por el empleado del hotel. Posiblemente era él, porque llevaba el maletín púrpura que también nos habían descrito.

Nuestro coche giró hacia él; nos miró, palideció y echó a correr. ¿Cómo nos había reconocido? No lo sé. Todavía llevábamos las barbas y las gafas, y él sólo nos había entrevisto a la luz de la luna, llevando disfraces negros. Tal vez poseía un sentido del olfato muy desarrollado, aunque ignoraba cómo había logrado localizar nuestro olor entre el alquitrán, las especias, los hombres y los caballos sudorosos, y toda la basura podrida que flotaba en el agua.

Bien, de todas formas nos había reconocido. Y la caza continuó.

No estuvo mucho tiempo en tierra. Corrió hacia un muelle de embarcaciones privadas, desamarró una barca, saltó dentro y empezó a remar con tanto vigor como si se estuviera entrenando para las regatas reales de Henley. Estuve un momento al borde del muelle, asombrado, horrorizado. Su pie derecho estaba en contacto con el maletín, que se iba fundiendo, reabsorbiéndose en el pie. A los sesenta segundos, había desaparecido por completo, excepto un bolso de terciopelo que contenía. Supuse que en su interior se hallaba el huevo que había puesto en el hotel.

Un instante más tarde remábamos detrás de él en otro bote, mientras su dueño chillaba y blandía hacia nosotros un impotente puño. Luego, se le unieron otros gritos. Mirando hacia atrás, vi a Mackenzie, Watson y Holmes de pie junto al dueño del bote. Pero no hablaron con él mucho tiempo. Corrieron hacia su coche y se alejaron.

—Van en busca de una lancha de la policía —razonó Raffles—, una motora o una canoa rápida. Aunque dudo que puedan atrapar esto, ya que sopla buen viento y lleva mucha delantera.

Esto era el destino de Phillimore, un velero de un solo mástil anclado a unos cincuenta metros. Raffles dijo que era un cúter. Mediría unos doce metros, con jarcias a popa y proa, y llevaba una cangreja, un trinquete, y una gavia..., según Raffles. Le agradecí la información, puesto que no sé nada, ni

me importa, de todo lo que se mueve en el mar. Que me den un caballo sólido sobre un terreno más sólido todavía.

Phillimore era un buen remero, como era de esperar con aquel corpachón. Pero nosotros le ganábamos terreno lentamente. Cuando abordó el cúter *Alicia*, estábamos a sólo unos metros más atrás. Iba a saltar ya por la borda cuando la proa de nuestro bote chocó con la popa de su embarcación. Raffles y yo caímos proyectados de cabeza, y volaron los remos. Pero nos incorporamos y en pocos segundos subíamos por la escalerilla. Raffles fue el primero, y ya esperaba ver su cabeza aporreada por un garfio o lo que usan los marineros para golpear una cabeza. Más tarde me confesó que también él esperaba que le machacasen el cráneo. Pero Phillimore se hallaba demasiado ocupado en buscar una tripulación para molestarse con nosotros.

Al decir buscar una tripulación, quiero decir que se estaba partiendo en tres marineros. En aquel momento, yacía en cubierta, y se estaba fundiendo, ropas y todo.

Debimos atacarle cuando estaba indefenso, pero nosotros estábamos demasiado estupefactos. Yo, en realidad, sentía náuseas y vomité por la borda. En este trance, Raffles se dominó. Avanzó rápidamente hacia el monstruo de tres cuerpos que se hallaba en cubierta. Sin embargo, sólo dio dos pasos antes de que sonase una voz.

—¡Quietos y al agua!

Raffles se inmovilizó. Levanté la vista y, a través de mis ojos lacrimosos vi a un viejo lobo de mar. Debía de hallarse en el camarote, porque cuando subimos a bordo no estaba allí. Nos apuntaba con un tremendo revólver.

Mientras tanto, habla terminado la esquizofrénica transformación. Tres marineros pequeños, ninguno de los cuales sobrepasaba la altura de mi cintura, estaban ante nosotros. Eran idénticos y se parecían exactamente al viejo lobo de mar, excepto en el tamaño. Llevaban barba, con gorras de listas blancas y azules, grandes pendientes en las orejas y jerseys a rayas negras y coloradas, con pantalones cortos. Iban descalzos. Empezaron a trastear por todas partes, subieron el ancla, desenrollaron las velas, y pronto estuvimos navegando por delante del muelle Promenade.

El viejo marinero empuñaba el timón, tras haberle entregado el revólver a

uno de los tres enanos. Mientras tanto, detrás de nosotros, un vaporcito, exhalando un humo muy negro, trataba en vano de alcanzarnos.

Unos diez minutos después, uno de los diminutos marineros empuñó el timón. El viejo marinero y otro de los duplicados nos condujeron al camarote. El pequeñajo sostenía el revólver, mientras el viejo nos ataba con una cuerda las muñecas a la espalda y las piernas a la pata de una litera.

—¡Maldito traidor! —exclamé, mirando fijamente al viejo marinero—. ¡Estás traicionando a toda la raza humana! ¿Dónde están tus lazos de unión con la humanidad?

El viejo carraspeó y se frotó sus grises patillas.

—¿Mi humanidad? Se halla en el mismo lugar en que el Parlamento, los gordos banqueros y los fabricantes de Manchester, con todos sus golpes de pecho, tienen la suya, mi querido caballere. El dinero habla más alto que la humanidad en estos tiempos, como cualquiera de los grandes terratenientes o grandes fabricantes de tejidos admiten cuando están borrachos en la intimidad de sus mansiones. ¿Qué hizo por mí la humanidad sino darme unos padres tísicos y unas hermanas que no son más que unas ramerías ebrias?

No contesté. No era posible razonar con aquel despojo humano. Nos examinó para asegurarse de que estábamos bien atados, y luego se marchó con el marinero enano.

—Mientras Phillimore esté repartido en tres partes —observó Raffles—, tenemos alguna posibilidad. Seguro que cada cerebro del trío debe poseer solamente una tercera parte de la inteligencia conjunta del verdadero Phillimore. Y este cuchillito escondido en mi anillo será la llave de nuestra libertad. O, por lo menos, eso espero.

Quince minutos más tarde, Raffles ya se había soltado y también a mí. Entramos en la diminuta cocina, contigua al camarote, formando parte de la misma estructura. Allí nos apoderamos de un gran cuchillo y un caldero cada uno. Y cuando, tras larga espera, uno de los tres enanos bajó al camarote, Raffles le aporreó la cabeza con el caldero antes de que pudiera chillar. Ante mi horror, Raffles le estrujó la garganta con ambas manos y no aflojó la presión testa que el marinero estuvo muerto.

—No es hora de cortesías, Bunny —se disculpó, sonriendo torvamente al

tiempo que extraía el huevo-zafiro de un bolsillo del cadáver—. Phillimore es un tipo de Boojum. Si consigue diseminar muchas crías, la humanidad desaparecerá tranquila y calladamente, uno a uno, Si es necesario, no vacilaré un solo instante. Por ahora ya hemos reducido sus fuerzas en un tercio. Veamos si logramos liquidar las otras dos partes.

Se metió el huevo en el bolsillo. Un instante más tarde, con suma cautela, nos asomamos fuera y salimos de aquella estructura. Nos hallábamos en la parte de proa, por lo que el viejo marinero no podía vernos. Los otros dos enanos estaban ocupados con el velamen a las órdenes del timonel, o sea, del viejo. Supongo que la «cosa» no sabía nada de barcos y necesitaba instrucciones.

—Mira allí, amigo —me aconsejó Raffles—. Un día muy despejado, Bunny. Y, sin embargo, hay unos jirones de niebla que no concuerdan con el día. Y estamos navegando directamente hacia ellos.

Uno de los enanos maniobraba un aparato que se parecía mucho a la cigarrera de Raffles, excepto que tenía dos botones rotatorios y un cable largo y grueso que sobresalía de la parte superior. Más tarde, Raffles manifestó que estaba seguro de que se trataba de un mecanismo que enviaba mensajes, por medio de vibraciones a la nave espacial que estaba en el fondo del estrecho. Estas vibraciones, naturalmente en clave, señalaban a la nave que extendiese un tubo hasta la superficie del agua. Y del tubo surgía una niebla artificial.

Esta explicación era increíble, pero era la única posible. Claro está, en aquella época ni nosotros ni nadie conocía aún la ciencia electrónica, aunque algunos científicos ya estaban al corriente de los experimentos de Hertz con oscilaciones. Y Marconi estaba a punto de patentar el telégrafo sin hilos al año siguiente. Pero la maquinaria sin hilos de Phillimore debía ser algo mucho más avanzado que todo lo que conocemos en 1924.

—Tan pronto como estemos envueltos por la niebla, atacaremos —decidió Raffles.

Unos minutos más tarde, los jirones fantasmales nos rodearon, dejando nuestros rostros fríos y húmedos. Apenas distinguíamos a los dos enanos, que trabajaban furiosamente entre las jarcias del velamen. Nos arrastramos por cubierta y desde la esquina formada por la estructura del camarote miramos

hacia el timón. El viejo no estaba a la vista. Ni tenía ya por qué estar al mando de la rueda. La nave estaba casi parada. Por lo tanto, debía de hallarse encima de la nave espacial que descansaba en el fangoso lecho del mar, veinte brazas más abajo.

Raffles regresó al camarote, tras ordenarme no perder de vista a los dos enanos. Unos minutos después, cuando empezaba a asustarme por su prolongada ausencia, mi amigo salió del camarote.

—El viejo estaba abriendo las escotillas —explicó—. Esta embarcación no tardará en hundirse con el agua que está entrando.

—¿Dónde está?

—Le pegué en la cabeza con el caldero. Supongo que se estará ahogando.

En aquel momento los dos marineros enanos llamaron al viejo lobo de mar y al tercer enano para que acudieran. Estaban arriando el bote del cúter y, aparentemente, pensaban que el barco no tardaría ya en hundirse. Corrimos hacia ellos a través de la niebla en el momento en que el bote tocaba el agua. Cacarearon como gallinas al ver de pronto una zorra, y saltaron al bote. No fue un gran salto, ya que la cubierta de la lancha se hallaba sólo a dos palmos sobre el agua. Saltamos a la barca y caímos boca abajo. Nos incorporamos en el momento en que el cúter escoraba totalmente, por fortuna algo lejos, y se iba al fondo. Se habían aflojado las cuerdas que estaban amarradas a la grúa del cúter, por lo que el bote no se vio arrastrado al fondo.

Una enorme forma redonda, como una tortuga gigante, surgió del agua a nuestro lado. El bote se balanceó terriblemente y penetró el agua, empapándonos. Mientras avanzábamos hacia los dos enanos, que nos amenazaban con sus cuchillos, se abrió una portilla en un costado del gran artilugio metálico. Su parte inferior estaba bajo el agua y, de repente, el agua entró dentro, arrastrando al bote impetuosamente. La nave iba a tragarse a nuestro bote y a nosotros con él.

Luego, la portilla se cerró a nuestra espalda, y nos encontramos en una cámara metálica y bien alumbrada. Mientras seguía la lucha, Raffles y yo blandiendo los calderos y los cuchillos contra los ágiles y veloces enanos, el agua no cesaba de entrar. Como íbamos a descubrir muy pronto, la nave se estaba hundiendo hacia el fondo.

Finalmente, los dos enanos saltaron del bote a una plataforma de metal. Uno apretó un botón de la pared y se abrió otra portilla. Saltamos detrás de ellos, porque sabíamos que si se nos escapaban y podían coger sus armas, que debían de ser terribles, estábamos perdidos. Raffles envió a uno fuera de la plataforma con un potente calderonazo, y yo herí al otro con mi cuchillo.

La «cosa», que estaba debajo de la plataforma, chilló algo en un extraño lenguaje, y el otro saltó a su lado. Cayó encima del primero, y al cabo de unos segundos se habían fundido juntos.

Fue un acto de tremenda desesperación. De haber poseído más de un tercio de su inteligencia normal probablemente habrían intentado otro curso de acción. La fusión tardaba bastante tiempo, y esta vez no nos quedamos contemplando la labor fusionadora paralizados por el horror. Saltamos y atrapamos a la «cosa» cuando se hallaba entre la forma de dos marineros y la, suya normal. Aun así, surgieron unos tentáculos con las garras envenenadas en sus extremos y empezaron a formarse los ojos azules. Parecía una versión gigantesca de la «cosa» encerrada en la caja de cerillas de Persano. Pero sólo tenía dos tercios de su tamaño normal, puesto que faltaba la parte correspondiente al enano que habíamos matado en el barco. Sus tentáculos no eran, tampoco, tan largos como debieron de haber sido, pero incluso con esto nos era imposible llegar hasta su cuerpo. Danzamos a su alrededor, lejos de su alcance, cortando las puntas con los cuchillos y golpeando a la «cosa» con los calderos. La «cosa» sangraba y había perdido dos garras, pero continuaba manteniéndose a distancia mientras terminaba su metamorfosis. Tan pronto como pudiera ponerse en pie, o mejor dicho, encima de sus pseudópodos, nos hallaríamos en una espantosa desventaja.

Raffles gritó y corrió hacia el bote. Le miré estúpidamente y volvió a gritar:

—¡Ayúdame, Bunny!

Corrí hacia él.

—¡Deslicemos el bote hacia la «cosa», Bunny!

—¡Es demasiado pesado! —grité a mi vez.

Sin embargo, lo cogí del costado mientras él lo empujaba por la popa, y aunque sentí que se me desgarraban los intestinos, logramos deslizar el bote

por encima del suelo de la nave espacial, bañado en agua. No fuimos muy de prisa, y la «cosa», sabiéndose en peligro, empezó a incorporarse. Raffles dejó de empujar y le arrojó el caldero. Dio contra la cabeza y la «cosa» cayó al suelo. Quedó unos instantes atontada, o eso supongo.

Raffles volvió a situarse al costado del bote opuesto al mío, y cuando estuvimos casi junto a la «cosa», aunque lejos de sus mortíferos tentáculos, levantamos la proa de la barca. No muy en alto, puesto que pesaba mucho. Pero cuando dejamos caer la embarcación, aplastó seis tentáculos debajo. Habíamos planeado dejarla caer sobre el centro de la temible «cosa», pero los tentáculos nos lo impidieron.

Sin embargo, la «cosa» estaba parcialmente paralizada. Saltamos al bote, usando los costados como baluarte, y acuchillamos las puntas de los tentáculos que aún quedaban libres. A medida que aquellos extremos se asían a la borda los cortábamos o aplastábamos con los calderos. Luego, volvimos a saltar al suelo de la nave, mientras la «cosa» chillaba a través de las aberturas de los extremos de los tentáculos, que acuchillamos una y otra vez. Una especie de sangre verdosa iba brotando de las heridas, hasta que los tentáculos dejaron de retorcerse. Los ojos perdieron la luz, el verdoso licor se volvió rojinegro y se congeló. De las heridas surgió un olor nauseabundo, el olor de su muerte.

VIII

Tardamos varios días en estudiar los controles del panel de mandos del puente de la nave. Cada uno estaba marcado con una escritura rara que no conseguimos descifrar. Pero Raffles, el magnífico Raffles, descubrió cuál era el mando que podía mover a la nave desde el fondo del mar a la superficie, y también cómo poder abrir la portilla lateral. Era todo lo que necesitábamos saber.

Mientras tanto, comimos y bebimos gracias a las provisiones de la nave que habían puesto allí para alimentar al viejo lobo de mar. La otra comida

parecía infernal, y aunque no hubiera sido así, tampoco la habiéramos tocado. Tres días más tarde, después de devolver el bote al agua, y habiendo desaparecido la niebla, vimos cómo la nave, con la portilla abierta, se hundía hasta el fondo. Y, por lo que sé, allí sigue todavía.

Decidimos no contar nada a las autoridades respecto a la «cosa» ni a la nave. No deseábamos pasar un tiempo en la cárcel, por muy patriotas que fuésemos. Claro que tal vez nos habrían indultado a causa del gran servicio prestado. Pero también, según Raffles, podían condenarnos a cadena perpetua si las autoridades deseaban mantener en silencio todo el asunto.

Raffles también alegó que la nave contenía aparatos que, en manos de Gran Bretaña, habrían asegurado su supremacía mundial. Pero ya era la nación más poderosa de la Tierra, ¿y quién sabe lo que pasaría si abríamos aquella caja de Pandora? Naturalmente, ignorábamos que veintitrés años más tarde estallaría una Gran Guerra Mundial que mataría a la mayoría de nuestra juventud y reduciría nuestra nación a la categoría de segunda clase.

Una vez en tierra, regresamos a Londres. Ya allí, emprendimos la campaña, que duró un mes, y que dio como resultado el robo y la destrucción de cada uno de los huevos-zafiros. Uno ya había empollado, y la «cosa» se había refugiado dentro de los muros de la mansión, pero Raffles incendió la casa, aunque no sin antes hacer huir a sus ocupantes mortales. Fue un gran desconsuelo para nuestros corazones robar joyas que valían casi un millón de libras y tener que destruirlas. Pero lo hicimos y el mundo se salvó.

¿Sospechó Holmes alguna vez la verdad? Pocas cosas se escapaban a aquellos ojos de halcón y al cerebro que tenían detrás. Sospecho que sabía mucho más de lo que contó a su fiel Watson. Por eso el doctor, al escribir *El problema del puente Thor*, aseguró que Holmes había fracasado en tres ocasiones.

Se trataba del caso de James Phillimore, que entró otra vez en su casa en busca de su paraguas y nadie volvió a verle. Del caso de Isadora Persano, que se volvió totalmente loco, contemplando un gusano dentro de una caja de cerillas, un gusano de especie desconocida para la ciencia. Y de otro tercer caso, el del cúter *Alicia*, que zarpó una brillante mañana para adentrarse en unos jirones de niebla y nunca volvió a aparecer, ni el barco ni su tripulación,

y que nadie volvió a ver jamás.

UNA GALAXIA LLAMADA ROMA

Barry N. Marlzberg

De cómo la implosión de una estrella de neutrones sirve de pretexto para un relato que no es sólo un relato y una meditación sobre la SF que no es sólo sobre la SF.

O de cómo todos los caminos llevan a (la galaxia llamada) Roma...

A la memoria de John W. Campbell

I

Esto no es una novela corta sino una serie de notas inconexas. Tampoco puede ser simplemente una novelita, porque los hechos pertenecen a otros tiempos muy diferentes de los nuestros, y sólo podrían entenderse mediante el idioma y los inventos de su época.

Así, en virtud de esta razón y otras muy personales, incluso para esta especie de confesión auténtica, la obra que les presento apenas es algo más que una serie de datos con destino a algo menos solemne que una novela y que, como le sucede al autor, nunca formará un conjunto homogéneo.

II

La obrita se basa en dos trabajos del difunto John Campbell —durante treinta y tres años director de *Astounding-Analog*—, escritos poco antes de su muerte, acaecida el día 11 de julio de 1971. Estos trabajos aparecieron como artículos de fondo de su revista ese mismo año; creo que el segundo de ellos fue el último que llevó su firma. En ellos, el autor imaginó la formación de una galaxia negra como resultado de la implosión de una estrella de neutrones, implosión tan poderosa que las fuerzas gravitatorias

desencadenadas no sólo retendrían luz, sino espacio y tiempo.

Una galaxia llamada Roma es el título impuesto por la narración y no por mí, puesto que el autor imaginó que una nave espacial quedaría atrapada en dicha galaxia negra, debido a que la velocidad de escape tendría que ser superior a la de la luz. Y como todos los caminos, de forma inexorable, conducirían a esta galaxia y ninguno fuera de ella, el título *Una galaxia llamada Roma* no puede ser más acertado.

III

Imaginemos, pues, una nave espacial tan veloz como la luz, que cayese en dicha galaxia y no pudiera escapar. La caída sería fácil o, al menos, inevitable, porque una de las características de la galaxia negra sería su *invisibilidad*, como también sería invisible te nave. Entonces, la historia giraría en torno a los esfuerzos de la tripulación para escapar de allí. La nave de nuestro relato ha sido bautizada con el nombre de *Skipstone*. Quedó terminada en el año 3893. Hasta ponerla en funcionamiento murieron quinientas personas, pero entonces la vida tenía menos valor que el que hoy día tiene.

A solas con mis propias fuerzas, yo podría estar menos interesado en el problema de la fuga galáctica que en el de los elementos que componen el relato: luz generada en un sector anterior del universo; sumisión a los componentes de la obra, desesperación irónica y literaria por parte de los personajes. Sin embargo, esto no es ciencia ficción. La ciencia ficción la creó Hugo Gernsback para enseñarnos el modo de salir de un atolladero tecnológico. Y así es.

IV

Pese al interés que ofrecía el material a emplear, me sentí abrumado ante

esta serie de notas, pensando que jamás podría sacar de ellas una obra completa y cuidada. Mi vida personal es un agujero negro, que me gustaría llenar (pero ¿quién se interesaría?); mis hijas representan una implosión más perfecta y duradera que cualquier estrella de neutrones, y el sonido de los *pulsars* no es nada en comparación con la musiquilla de la pista donde se exhiben los caballos del hipódromo Acueducto del Parque Ozono, Queens, un buen martes cualquiera de la época estival.

Podría haber dicho «basta» a los conceptos raros, a las distancias infinitas, a las apariciones bruscas de los *quasars*, a los mensajes retransmitidos de uno a otro de los brazos de la nebulosa espiral... Ya sé que algunos encuentran ahí la gran verdad, pero yo no. Prefiero dedicar los años que me restan de vida (mi elemento melodramático) a comprender las desdichas de esta ciudad aburguesada del norte de Nueva Jersey, hasta que logre interpretar como deseo a Ridgefield Park, la ciudad en cuestión, en lugar de tratar de la propagación de la fisión nuclear, que libera gases cada vez más pesados.

En consecuencia, decidí escribir esta novelita, o mejor esta serie de notas, aunque con algún temor, si bien esto ni me destroza ni me duele, ya que mi vida no es más que una serie de notas deslavazadas de mi existencia, y Ridgefield Park es tan sólo un tosco remedo de Trenton, en donde varios miles de personas que no saben distinguir la mano derecha de la izquierda, viven junto con abundante ganado.

V

Nos hallamos en el año 3895. La nave espacial *Skipstone*, durante un vuelo de exploración a través de las galaxias mayores y menores que rodean la Vía Láctea, se ve atraída por una galaxia negra de una estrella de neutrones, y se pierde para siempre.

El capitán de la nave, único ser vivo consciente de ello, es su comandante, una mujer llamada Lena Thomas. La bodega de la nave contiene

quinientos quince muertos, inmersos en una masa gelatinosa que absorbe los rayos gamma. Estos rayos, en un momento dado del futuro, acelerarán su reanimación. Asimismo, otra parte de la bodega contiene los clones de siete ingenieros científicos, de ambos sexos, que podrían ser reanimados al menor fallo de los mandos de la nave, para darle a Lena no sólo respuestas a los problemas técnicos que pudieran presentársele, sino también para hacerle compañía durante las largas y monótonas horas de la travesía del *Skipstone*.

Sin embargo, Lena no utiliza esos clones, ni juzga necesario hacerlo. Es muy hábil y competente, al menos en relación con las tareas rutinarias de este vuelo de pruebas, y cree que pedir ayuda significaría admitir cierta debilidad por su parte, lo cual se comunicaría al departamento, y haría disminuir sus posibilidades de ascenso. Tiene razón, porque el departamento ha colocado monitores en todos los compartimientos de la nave, tanto visual como biológicamente, y Lena no puede hacer nada, no puede ver nada que no sea visualizado por el departamento. Los jefes no se forjarían una excelente opinión de la comandante si pidiera ayuda a los clones. Lena piensa más en los embalsamados: su estado inestable en la bodega de la nave, cuando ésta avanza a propulsión taquiónica, parece semejante al suyo, y eso les acerca a ella; la privación de la conciencia carece de importancia, en el hiperespacio. Si Lena pudiese olvidar su condición les dirigiría la palabra. Pero debido a su estado de muertos, se ve obligada a imaginar diálogos mientras vigila los monitores, contempla el arco iris del hiperespacio y observa la colisión espectral.

Sin embargo, el silencio no le sirve de nada, y lo cierto es que Lena, a veces, habla incesantemente, aunque sólo sea consigo misma. Esto es magnífico, porque una historia ha de tener diálogo; los incidentes dramáticos quedan mejor plasmados con una acción directa, y la necesidad compulsiva de Lena la impulsa, de cuando en cuando, a afirmar su soledad, de modo que su relación con los espacios que recorre satisface esta necesidad.

Naturalmente, en sus monólogos se dirige a los embalsamados, algunos de los cuales llevan muertos ochocientos años, otros unas semanas, pero todos están dispuestos en la bodega, esperando su resurrección, de acuerdo con la posición que tuvieron en vida y según su cuenta bancaria para abonar

el retorno a la existencia.

—Considerad lo qué ocurre aquí.

Nota que a través de las ventanillas, en la bodega los colores brillan en las muñecas de los muertos, y que los colores danzan en el aire. Los ojos de Lena están muy abiertos, como enloquecidos por tanta luminosidad, lo cual no significa que ella esté loca, sino que se debe a la disposición del hiperespacio, puesto que en éste el efecto Michelson-Morley forja una realidad tanto física como psicológica.

—También yo podría estar muerta ocupando vuestro lugar y vosotros estar en mi camarote. Veríais girar los colores, tan de prisa, tan de prisa o más aprisa aún que la velocidad de la luz.

En realidad, los efectos deslizantes y cambiantes del impulso taquiónico son tales que Lena acaba de proclamar una verdad.

Los muertos viven; los vivos están muertos, y todos se deslizan y agrupan, como ha dicho ella; y si no fuera porque los polos objetivos de la conciencia de los muertos se hallan asegurados por tantos años de adiestramiento y disciplina, lo mismo que los de ella están fijos por un adiestramiento y disciplina diferentes, Lena presionaría las correspondientes palancas para arrojar a los muertos uno a uno al amplio ataúd del espacio, cosa que sólo está permitida como emergencia en los casos más graves, y cuyo resultado sería, al regreso, su inmediata expulsión del departamento. Los muertos son una mercancía muy valiosa; en esencia, son el precio de los experimentos y, por lo tanto, han de manejarse con suma delicadeza.

—Yo os cuidaré con gran solicitud —afirma Lena en el hiperespacio— y jamás os abandonaré, pequeños paquetes de mi diminuta prisión.

Lena continúa hablando y canturreando mientras la nave prosigue su viaje a más de un millón de kilómetros por segundo, siempre acelerando y, sin embargo, aparte de los colores, la náusea y los giros desorientadores, su propia demencia creciente y el lugar de acción de esta historia, Lena podría estar ahora mismo en la avenida Lenox, a la hora punta, caminando lentamente calle arriba, mientras los círculos enfermizos avanzan dentro del coche evanescente en las entrañas del verano.

VI

Lena tiene veintiocho años. A casi dos mil años en el futuro, cuando el hombre ya ha establecido colonias en cuarenta planetas de la Vía Láctea y cuando ha superpoblado el sistema solar y se ocupa en experimentos de velocidades superiores a la de la luz, con el fin de poder trasladarse a otras galaxias, la ciencia médica de la época no es muy superior en conocimientos a la nuestra: la existencia humana no se ha alargado notablemente ni tan siquiera han sido extirpadas las dolencias que la humanidad denomina congénitas. La mayoría de los embalsamados tenían al morir ochenta o noventa años, y algunos, los más recientes, llegaban casi a los cien, pero el promedio de vida sigue siendo de ochenta años, o algo menos, y la mayoría fallece aún de cáncer, ataques cardíacos, dolencias renales, embolias y otras enfermedades similares. Existe cierta ironía en que el hombre haya podido poner un pie firme en su galaxia, haya solucionado los misterios de la velocidad hiperlumínica y, no obstante, ignore aún los misterios de su propia biología, igual que en el pasado de su historia. Claro que todos los sociólogos saben que los que viven dentro de una cierta cultura son los menos calificados para hacer crítica de ella (porque han asimilado por completo las leyes de dicha cultura, incluso la crítica), y Lena entiende tan poco esta ironía como el lector que no sepa apreciar la profunda y metafísica paradoja de la narración, que es ésta: la mayor velocidad de vuelo, el ensanchamiento del espacio, el mayor progreso, la mayor sensibilidad, no han dado como resultado ninguna expansión definible de los límites de la conciencia y la personalidad, y lo único que significa la velocidad hiperlumínica para Lena es un agobiador e interminable encarcelamiento.

Es importante comprender que ella no es más que un técnico; que, aunque es muy hábil y durante muchos años se ha adiestrado en el departamento como piloto, en realidad no necesita estar en posesión de los conocimientos técnicos de los científicos de nuestra época; su trabajo es, esencialmente, de conducción y sondeo, cosa que podría hacer cualquier adolescente; y todo su adiestramiento no le ha suministrado la protección necesaria contra el aburrimiento y la depresión propias de su oficio.

Cuando finalice esta prueba, regresará a Urano, donde le concederán seis meses de vacaciones. Lo está anhelando. Espera esta oportunidad. Sólo tiene veintiocho años y ya está harta de ser enviada con los muertos a través del espacio durante varias semanas seguidas, pues le gustaría ser, al menos por algún tiempo, una mujer joven. Le gustaría vivir tranquila. Le gustaría ser amada. Le gustaría sentirse sexual.

VII

Sí, hay que escribir algo referente al sexo en este relato, aunque sólo sea por la condición femenina de su protagonista (donde no sirve la asepsia), lo cual entra en la mejor tradición de la moderna literatura de ciencia ficción, en la que hay que hacer concesiones a toda la gama de las necesidades humanas, a toda la gama de la conducta humana, por lo que sería torpe y propio de un novato ignorar este tema.

Ciertamente, podrían describirse escenas fáciles de gran efecto: Lena masturbándose mientras contempla por las ventanillas los planos coloreados del hiperespacio; Lena soñando ansiosamente en el intercambio sexual, mientras se frota inconscientemente los pezones, y la nave se hunde cada vez más (sin ella saberlo todavía) en la galaxia negra, siendo ésta como un símbolo de absorción vaginal, cuyas implicaciones freudianas no pueden ser ignoradas en esta historia... Incluso es fácil imaginarse a Lena cayendo hacia los expulsos, en los horrores de su pánico hacia la galaxia negra, con el fin de abrazar a un muerto, es decir, crear una fantasía necrofílica mientras el cuerpo se incorpora lentamente en su reluciente gelatina; el modo cómo sus ojos se abren al darse cuenta de que es una necrofílica... ¡Oh, sí, ésta sería una escena poderosa, pues casi todo lo que se refiere al sexo en el espacio es poderoso! También habría que considerar los efectos del hiperespacio sobre el orgasmo. ¿Sería éste allí tal como lo conocemos y adoramos aquí, o algo completamente distinto, tal vez detumesciente, tal vez una exaltación? A ser posible, me enfrentaría valientemente con este tema, construyendo al efecto

un diálogo eficaz y maravilloso.

—Por favor —exclamaría Lena al final, presa por la música de su encarcelamiento, como yendo hacia ella, como arrastrándola a su extinción —, por favor, todos necesitamos el sexo, y es él quien nos envía al espacio; el sexo es lo único que cuenta para la humanidad, y yo lo necesito, sí, lo necesito, ¿entendéis?

Y haría que sus dedos entrasen y saliesen de sus zonas húmedas.

Pero esto, naturalmente, no tendría éxito, al menos en el relato que intento expresar. El espacio es aséptico; éste es el secreto de la ciencia ficción desde hace cuarenta y cinco años. No son el engaño, la audacia juvenil o la censura los que han privado a esta literatura de la sexualidad humana, sino el hecho de que en los puros espacios abismales, entre las estrellas, no tiene cabida alguna el sexo, esa demostración de nuestra perversa e irremplazable humanidad. Por algo nuestros astronautas nos hablaron, a su regreso, de su visión de los otros mundos; por algo se tambalearon dentro de sus engorrosos trajes espaciales al recibir el saludo de los coroneles; por algo efectuaron todos esos matrimonios; por algo aquellos chicos padecieron tensiones tan horribles. Sencillamente, en el espacio no hay sitio para el sexo. No encaja. Lena lo comprendería.

—Jamás pensé en el sexo —afirmaría—. Jamás pensé en él ni una sola vez, ni siquiera al final, cuando todo daba vueltas a mi alrededor y yo también danzaba.

VIII

Por consiguiente, es necesario caracterizar a Lena de otro modo, y esta oportunidad sólo se presentará en el momento de la crisis, cuando el *Skipstone* sea arrastrado hacia la galaxia negra de la estrella de neutrones. Este momento tendrá lugar muy pronto en esta historia, tal vez después de quinientas o seiscientas palabras (la vida anterior de Lena en la nave y sus impresiones sobre el hiperespacio llegarán en fragmentos intercalados entre

párrafos de acción), y la única indicación de lo sucedido será un profundo y tambaleante estremecimiento en las entrañas de la nave donde yacen los embalsamados, momento en que Lena sentirá la caída.

Para entender esta sensación es importante explicar antes algo del hiperespacio normal, del salto propulsor, que consiste solamente en correr las cortinillas y quedarse en un compartimiento. En el hiperespacio no existe la sensación del movimiento, no puede existir, porque el impulso lleva al *Skipstone* más allá de los conceptos de luz y sonido, a una zona en que no hay que entender ningún lenguaje ni registrar glándula alguna.

Si corriese las cortinillas (cosa curiosa, son semejantes en sus flecos y dibujos a las que podemos ver actualmente colgadas en los hogares de la clase media como el que yo habito), se vería privada de toda sensación, pero no puede correrlas; ha de mantenerlas descorridas, y por los ojos de buey ve la apoteosis de color a que antes he aludido.

Dentro existe una profunda y dolorosa desgracia; la sensación de una pérdida terrible (lo cuál explicaría por qué Lena piensa en la revivificación de los muertos), que puede atribuirse a los efectos hiperespaciales sobre el cuerpo humano; pero esta sensación puede estar oculta, no ser visible desde fuera, y puede controlarse completamente por los tipos flemáticos que suelen ser casi todos los pilotos de esos vuelos experimentales. (Lena también es flemática. Reacciona mejor al agotamiento que algunos de sus colegas, aunque siempre dentro de lo prescripto por el departamento, que ordena llevar a cabo sólo una comprobación superficial.)

Los efectos de la caída a la galaxia negra son, no obstante, totalmente diferentes, y es aquí donde las cualidades emocionales de Lena quedan completamente aniquiladas.

IX

En este punto de la narración hay que aclarar gran cantidad de datos físicos, astronómicos y matemáticos, con la esperanza de que, en cierto

modo, proporcionen la base científica de la historia, sin fatigar al lector.

Naturalmente, no hay que preocuparse mucho por su cansancio, puesto que la mayoría de los que leen ciencia ficción desean enterarse, precisamente, de esta clase de datos (aunque a menudo se ven defraudados y más a menudo todavía son incapaces de entenderlos), por lo cual pueden soportar tal tipo de lectura mucho más tiempo que los lectores de las novelas de John Cheever, quienes apenas soportan las diatribas insertadas en la perenne visión de la Gehenna, que es el gran don de Cheever para sus admiradores. De este modo, sería posible dar a conocer sin fallo alguno los siguientes datos, que quedarían totalmente separados del argumento y serían expuestos de esta manera:

En otras galaxias hay estrellas de neutrones, estrellas que son cuatrocientas o quinientas veces mayores que nuestro sol y que los demás soles «normales», las cuales, en su constante proceso nuclear, arden continuamente para mantener su luminosidad; dichas estrellas caen o se destruyen al cabo de sólo diez o quince mil años de difícil existencia, en tanto su hidrógeno se fusiona con el helio, luego con el nitrógeno y por fin con elementos más pesados, hasta que se produce, tratando de conservar una fuerza que ya no existe, una espantosa implosión, en la cual las estrellas chocan entre sí y originan una catástrofe cósmica.

Catástrofe no sólo para las estrellas, sino para toda la galaxia de la que forman parte, ya que la fuerza gravitatoria creada por la implosión es tan enorme que literalmente se traga toda su luminosidad. Y no sólo traga la luminosidad sino también el sonido y las propiedades de todas las estrellas, en este gran embudo de fuerzas gravitatorias, de modo que la galaxia se ve succionada hacia el centro de gravedad creado por el colapso del sistema, y absorbida hacia el estremecido y desesperado corazón de la estrella extinguida.

Es posible deducir varias conclusiones de la existencia de estas estrellas de neutrones, y es seguro que las mismas existen, puesto que sabemos que precisamente por este efecto se han originado muchas *novas* y *supernovas*, no por una *ex* sino por una *implosión*, y algunas de tales conclusiones son:

a) Las fuerzas gravitatorias creadas absorben todas las partes de la galaxia que se hallan dentro de su radio de acción; y a causa del campo gravitatorio, la galaxia es invisible, ya que esas fuerzas, como se ha dicho, atraen su propia luz.

b) La estrella de neutrones, que funciona como una barrenadora mecánica cósmica, podría destruir literalmente el universo. Es posible que éste se halle ahora mismo en proceso de destrucción, en tanto que cientos de millones de soles y planetas se ven inexorablemente arrastrados hacia estas grandes vorágines. El proceso es lento, pero inexorable. Teóricamente, una estrella de neutrones podría absorber todo el universo. Y hay más de una.

c) El universo puede haber sido creado, inversamente, por esta clase de implosión, expulsando filamentos cósmicos que ahora son reabsorbidos, en un momento oscilante del tiempo, que para nosotros representaría muchos, muchísimos milenios, aunque para los cosmólogos sería un solo instante. El universo puede ser un simple accidente.

d) Cosmología aparte, una nave atrapada en esta vorágine, o sea, en un «agujero negro» o galaxia invisible, arrastrada a su vez hacia la causa mortal que es la estrella de neutrones, no podría escapar a su fatal destino ni siquiera con una velocidad mayor que la de la luz... porque incluso así sería absorbida la nave por la intensa fuerza gravitatoria, haciendo imposible conseguir ningún incremento de velocidad (que en aquel momento no excedería a la de la luz) que le permitiese escapar. Si la nave lograra huir del campo de fuerzas, sólo podría hacerlo por medio de un salto discontinuo producido por un impulso instantáneo, sin pasar por el proceso acelerador, lo cual enloquecería al ocupante de la nave que, de todos modos, tampoco gozaría de un destino muy claro. El agujero negro de la estrella

muerta es, literalmente, un vacío en el espacio, y sería posible huir por dicho agujero, pero, en tal caso, ¿adonde iría la nave?

e) El hecho de estar un individuo dentro del campo de fuerzas de la estrella muerta podría enloquecerle.

Por todos estos motivos, Lena ignora que ha caído en la galaxia llamada Roma y que su nave se ve arrastrada. De saberlo, instantánea e irremediabilmente, se volvería loca.

X

Después de haber dado estos datos tecnológicos, y habiendo llegado ya el momento crucial del relato, o sea, la caída en la galaxia, ahora sería obligación del autor describir las sensaciones inherentes a la caída en la galaxia negra. Como se sabe muy poco, o nada, de estas caídas, aparte de que la gravitación suspendería con toda seguridad casi todas las leyes físicas, y quizá incluso el tiempo, puesto que éste es sólo una función de la física, sería fácil efectuar una descripción de tipo surrealista. Lena podría ver monstruos por los muros, tal vez dos monstruos bidimensionales, pequeños recuerdos surgidos de su pasado; podría revivir plenamente su existencia desde el nacimiento hasta la muerte; podría, literalmente, cambiar anatómicamente de dentro afuera y ejecutar en imaginación o físicamente graves actos en sí misma; podría vivir y morir mil veces en la expansión del pozo sin luz y sin tiempo... Todo esto podría describirse sin salir de los límites de la historia, e indudablemente daría lugar a unos efectos maravillosos. El autor también podría hacerlo de manera picaresca, como un capítulo perverso o de locura..., es decir, salpicar los párrafos con más datos sobre los excesos gravitacionales y el hecho de que las estrellas de neutrones (esto es muy interesante), probablemente sean los *pulsars* que se han identificado, estrellas que sólo pueden detectarse a distancias inimaginables, por ondas electromagnéticas, y

no por la vista.

El autor podría hacer todo esto, y hacerlo bien, pues ya lo ha hecho centenares de veces, pero esto, naturalmente, no tendría en cuenta a la verdadera Lena. Esta tiene necesidades más imperiosas que las del autor, e incluso que los editores. Experimenta un terrible dolor. Está sufriendo.

Al caer ve a los muertos; al caer oye a los muertos; los muertos le hablan desde la bodega, gritando:

—¡Suéltanos, suéltanos, estamos vivos, sentimos dolor, terribles tormentos!

En medio de la masa gelatinosa, con las extremidades distendidas, los dedos de manos y pies suturados a las membranas que les rodean, su descomposición ha quedado invertida lo mismo que la trampa en que han caído ha invertido el tiempo; y suplican a Lena que les libere de un martirio que, por su magnitud, no pueden describir; sus voces resuenan en el cerebro de Lena, suplicantes, sonando como extrañas campanas.

—¡Suéltanos! —chillan—. ¡Ya no estamos muertos! ¡Han sonado las trompetas!

Y así de manera interminable. Pero Lena no sabe qué hacer. No es más que la conductora de estos pasajeros muertos. No es una doctora especializada. No sabe nada de profilaxis ni de restauración, y cualquier cosa que hiciera para libertarlos de la gelatina que los aprisiona, seguramente destruiría su biología, cualquiera que fuese el estado de sus mentes.

Pero aun no siendo así, aunque al libertarles les concediese la paz, no puede hacerlo porque está sucumbiendo a sus propias preguntas. En el agujero negro, si se levantasen los muertos, los que ya estuviesen levantados quedarían ciertamente muertos; y Lena muere en el espacio, muere mil veces en un período de siete mil años (porque aquí no hay tiempo objetivo, toda vez que la cronología está dominada por la psiquis, y Lena posee mil vidas y mil muertes totales, lo cual es terrible y también interesante, porque en cada ciclo de muerte hay una vida de setenta años en los que ella puede meditar respecto a su condición en plena soledad); y por las doscientas muertes, los catorce mil años o más (o menos, puesto que cada vida es individual, unas largas, otras breves) Lena ha llegado a comprender exactamente dónde está y qué le

ha ocurrido. Llegar a esta comprensión le ha costado catorce mil años, lo cual es algo increíble, y no obstante, es una especie de milagro, porque en un universo infinito con infinitas posibilidades, todas reconstruidas para ella, es altamente improbable que, incluso en catorce mil años, llegara a obtener la respuesta, a no ser porque es muy voluntariosa y porque algunas de las personalidades que ha vivido han sido muy creativas y dominantes y han sabido reflexionar seriamente. Además, y aunque con distintas entidades, existe como una relación entre una existencia y otra, por lo cual puede aprovecharse de los conocimientos de la vida anterior.

Casi todas las personalidades que encarna son débiles, y algunas locas, la mayoría son cobardes, pero siempre queda algo, un pequeño residuo, a veces lo suficiente como para trasvasar el conocimiento adquirido, de modo que al término de los catorce mil años, Lena comprenda la verdad de lo que ha ocurrido y de lo que está ocurriendo, y sabe qué ha de hacer para escapar de la trampa. Entonces reúne todas sus energías, toda la voluntad que aún conserva, se dirige tambaleándose al cuadro de mandos (está en el año sesenta y ocho de su vida actual, con la personalidad de un hombre viejo y refunfuñón), y convoca a uno de los clones, el ingeniero jefe, el controlador. Mientras tanto, los muertos han estado chillando y atronando en sus oídos (catorce mil años de angustiosa agonía en la bodega), envolviéndola como con unos sudarios de hierro; y cuando el ingeniero jefe, exactamente igual a como ella le vio por última vez, catorce mil años y dos semanas antes, surge del cuadro de mandos mientras la maquinaria chirría suavemente, Lena jadea de alivio, demasiado débil para responder con alegría al hecho de que en el estado de antitiempo, antiluz y anticausalidad, la maquinaria aún funcione. Aunque es natural. La maquinaria funciona siempre, incluso en esta última y más terrible de todas las historias de ciencia ficción. No es la maquinaria la que falla, sino quienes la manejan o, en última instancia, el cosmos.

—¿Qué sucede? —indaga el ingeniero jefe.

La estupidez de la pregunta, su ingenuidad, su salida de tono, en medio del Infierno en que se debate Lena, la dejan atónita, pero luego comprende, en medio de su estupor, que el ingeniero jefe ha surgido sin memoria de las circunstancias, por lo que es preciso ponerle al corriente de la situación. Sí, es

inevitable. Chillando, tambaleándose, Lena se lo cuenta con su voz masculina.

—¡Oh, es horrible! —exclama el ingeniero jefe—. ¡Verdaderamente horrible!

Y yendo hacia una escotilla se asoma a la galaxia negra, la galaxia llamada Roma. Una sola ojeada le deja rígido, para desintegrarse acto seguido, no porque haya fallado la maquinaria (la máquina nunca falla), sino porque ha recreado una substancia humana que no compaginaba con lo que él ha visto al asomarse.

Lena ha vuelto a quedarse a solas con los gritos de los muertos que conduce.

Comprendiendo instantáneamente lo que ha ocurrido (catorce mil años de reflexión pueden desencadenar una reacción temporal más rápida), va de nuevo al cuadro de mandos, mueve las palancas y produce otros tres clones, todos ingenieros casi de la misma categoría que el jefe. Su semejanza con los tres ángeles que consolaron a Job no ha de echarse en olvido, pues de este modo habrá oportunidad de sacar alguna alegoría religiosa, cosa siempre útil en una historia ambiciosa, aunque en otro plano. Por más que no estén tan cualificados, ni se muestren tan categóricos en sus opiniones como el ingeniero jefe, son lo bastante inteligentes como para comprender las explicaciones de Lena, la cual añade que no deben asomarse a contemplar la galaxia. Por consiguiente, permanecen en sus posturas rígidas y curiosamente mortificadas, como aguardando a que Lena hable.

—De modo que —concluye ella, finalizando una larga y penosa explicación—, por lo que veo, la única forma de escapar a la atracción de esta galaxia negra es utilizar directamente la propulsión taquiónica sin pasar por ninguna clase de aceleración.

Los tres ángeles de Job asienten débilmente. Ignoran a qué se refiere Lena, y esto se debe a que no les respaldan catorce mil años de meditación.

—Al menos —agrega—, que vosotros sepáis algo más; al menos que opinéis de manera distinta. De lo contrario, estaremos aquí toda la eternidad y yo no puedo soportarlo. ¡Oh, no, catorce mil años ya son suficientes!

—Tal vez —sugiere el primer ángel—, sea éste tu destino. Tal vez, en

cierto modo, estés determinando el destino del universo. Al fin y al cabo, fuiste tú quien dijo que quizá esto fuese tan sólo un tremendo accidente, ¿no? Tal vez tu sufrimiento tenga una finalidad.

—Además —añade el segundo ángel—, hay que tener en cuenta a los muertos. Esto no resulta fácil para ellos estando vivos, y estas bruscas sacudidas podrían ser mortales, pero el salto inmediato a la propulsión taquiónica seguramente los destruiría. Al departamento no le gustaría esto, y tú saldrías muy perjudicada. No, yo en tu lugar me quedaría con los muertos.

Así habla el segundo ángel, y de la bodega parece elevarse un clamor, aunque es difícil distinguir si es de aprobación o de dolor. Los muertos no son muy expresivos.

—Por otra parte —continúa el tercer ángel consolador, apartando un mechón de pelos de los ojos y evitando mirar por la escotilla—, poco puede hacerse en esta situación. Has caído en una estrella de neutrones, un embudo negro, y esto se halla mucho más allá de la capacidad y de las posibilidades humanas. Si yo estuviera en tu lugar, aceptaría mi destino.

Su modelo es el de un científico que se ocupa en una teoría de los *quasars*, pero en la realidad parece un metafísico. Y añade:

—Hay momentos en los que el hombre no puede decidir sin verse gravemente castigado.

—Para vosotros es fácil hablar de este modo —comenta Lena con amargura, yendo en aumento su respiración jadeante—, pues no habéis sufrido como yo. Y existe al menos la posibilidad teórica de poder salir de aquí si obtengo la propulsión taquiónica sin aceleración previa.

—Pero ¿dónde aterrizarás? ¿Y cuándo? —pregunta el tercer ingeniero, blandiendo un tembloroso índice—. Todas las leyes del espacio y del tiempo han quedado destruidas, y sólo subsiste la gravedad. Puedes caer en el centro de este sol, pero ignoras adonde saldrás ni en qué período de tiempo. Es inconcebible que salgas a un espacio normal en el tiempo que crees contemporáneo.

—No —confirma el segundo ingeniero—, yo no lo haría. Tú y los muertos estáis unidos y tu destino es quedarte con ellos. ¿Qué es la vida? En la galaxia Roma todos los caminos conducen al mismo lugar; bien, tienes

mucho tiempo para considerar estas cuestiones y estoy seguro de que al final llegarás a una conclusión viable y muy interesante.

—Si quieres saberlo —prosigue el primer ingeniero, mirando fijamente a Lena—, opino que es mucho más noble que te quedes aquí; por lo que sabemos, tu condición da substancia y viabilidad al universo. Tal vez seas tú el universo. Sin embargo, sé que no piensas hacernos caso, por lo que no quiero discutir más este punto. No, no quiero.

Su tono es petulante y de pronto hace un gesto a los otros dos. Los tres se dirigen deliberadamente a la escotilla, apartan la cortinilla y se asoman. Antes de que Lena pueda impedirlo (y no está segura de quererlo, aunque pudiera), los tres han quedado reducidos a polvo.

Y Lena vuelve a quedarse sola con los chillidos de los muertos.

XI

Es fácil colegir que los aspectos satíricos de la escena anterior poseen grandes implicaciones, y a menos que una mano muy hábil controle todo el material, la historia podría degenerar en una farsa en este momento. Es fácil, como sabe todo buen comediógrafo, elevar los temas más terribles y graves a escatología, o reducirlos a una farsa por el simple procedimiento de individualizarlos. Sería magnífico utilizar esa escena como un intermedio cómico, necesario en lo que es, al fin y al cabo, un cuento tremendamente deprimente, más aún cuando se ha utilizado toda la fuerza posible para grabar el mensaje de que el hombre se halla irremediabilmente empequeñecido por el cosmos. (Cuando menos, éste es el mensaje más simple de los que tengo en la mente, pero ¿cuántos serían capaces de comprenderlo?)

Lo que salvará esta escena y la historia misma, será la descripción lúbrica de la galaxia negra, de la estrella de neutrones, de los efectos cambiantes que ejerce sobre la realidad percibida. Cada truco retórico, cada añagaza tipográfica, cada matiz de lenguaje que el autor consiga emplear, será utilizado en esta sección para describir la aparición del agujero negro y sus

efectos sobre la conciencia (razonablemente distorsionada) de Lena. Será una visión oscura, pero no necesariamente sin esperanza; demostrará que nuestros conceptos de «belleza», «fealdad», «maldad», «bondad», «amor», y «muerte» sólo son metáforas limitadas semánticamente y rodeadas por el pobre equipo de nuestros cerebros; y esto sugerirá que, en vez de mostrarnos una realidad alternativa o diferente, el agujero negro quizá sólo nos muestra la única realidad que conocemos, pero *ampliada*, infinitamente ampliada, de modo que la narración nos dé, como suele hacerlo la buena ciencia ficción, una luz sobre las posibilidades que hay más allá de nuestro alcance, posibilidades que no pueden encerrarse en una profusión de palabras ni en los problemas de la calificación editorial. Asimismo, este momento de la historia podría servir para describir a Lena de forma más «cálida», más «simpática», y para que el lector la vea como un ser humano distinto y admirable, totalmente serena ante todas las calamidades, ante los catorce mil años, ante sus doscientas vidas. Esto podría lograrse por medio de la técnica novelística convencional; la individualización a través de una definición de su idiosincrasia, sus trucos verbales, sus costumbres, sus modismos, etc... En la novela cotidiana, le asignaríamos un tartamudeo, una peca en el seno izquierdo, el amor de un policía, el temor a los coches rojos, y así quedaría. En esta historia, debido a la considerable extensión del tema, será necesario hacer algo mejor, habrá que hallar originalidad en la idiosincrasia de Lena, en sus maravillas, en las sugerencias de la posibilidad panorámica, en la aproximación al agujero negro..., pero no importa. No importa. Esto se puede lograr; la parte intercalada de Lena y su visión del agujero negro sería la más brillante, la más admirada, aunque en realidad la más fácil de toda la narración, y estoy seguro de que no tendría la menor dificultad en escribirla si, como dije antes, esto fuese una historia y no una serie de notas para una historia, puesto que la novela, repito, no puede escribirse más allá de nuestra época, nuestro tiempo, nuestro espacio y nuestra maquinaria, y en cambio sólo puede ser atisbada por pequeños destellos de luz, igual que Lena sólo puede vislumbrar el agujero negro, del cual sólo se sabe que es una estrella de neutrones y qué posee gravedad. Estas notas están tan cerca de la plena visión de la historia, como la proximidad a que Lena podrá llegar al centro del agujero negro.

Al finalizar esta parte, queda claro que Lena te tomó la decisión de abandonar la galaxia negra por medio del paso automático a la propulsión taquiónica. No sabe adónde saldrá ni cómo, pero sí sabe que no puede resistir sus sufrimientos por más tiempo.

Se dispone a manejar los mandos, pero antes es necesario reproducir su diálogo con los muertos.

XII

Uno de ellos seguramente se nombra a sí mismo portavoz de todos y aparece delante de Lena en este nuevo espacio, como en un sueño.

—Escucha —diría este difunto nacido en el año 3361 y muerto en 3401, tras aguardar ocho siglos a ser revivido en una sociedad que hubiera aprendido a curar la leucemia (en lo cual se vería defraudado)—, tienes que enfrentarte con los hechos. No podemos continuar así. Es preferible la muerte que ya conocemos que la que proyectas darnos.

—He tomado mi decisión —replica Lena, con las manos sobre las palancas—. No habrá modo de disuadirme.

—Ahora estamos muertos —alega el leucémico—. Deja al menos que continúe esta muerte. En las entrañas de esta galaxia donde no existe el tiempo, gozamos de cierta clase de vida (o al menos, de no existencia), cosa que siempre hemos ansiado. Podría contarte multitud de cosas que hemos aprendido en esos catorce mil años, pero para ti no tendrían sentido. Hemos aprendido a resignarnos. Poseemos una gran visión interior. Naturalmente, todo esto se halla fuera de tu alcance y de tu comprensión.

—Nada está fuera de mi alcance ni de mi comprensión, nada en absoluto. Pero no importa.

—Todo importa. Incluso aquí existe la consecuencia, la causalidad, el sentido de humanidad, el de responsabilidad. Tú puedes suspender las leyes físicas, puedes suspender la misma vida, pero no puedes separar los imperativos morales de la humanidad, porque éstos son absolutos. Sería una

apostasía marcharse de aquí.

—El hombre debe abrirse camino —objetó Lena—, el hombre ha de luchar, el hombre debe intentar librarse de las cadenas. Y seguir su destino, aunque en cualquier momento se destruya a sí mismo totalmente.

Tal vez este diálogo contenga demasiadas florituras. Sin embargo, ésta sería, más o menos, su verdadera expresión. Hay que hacer notar que al dar esta opinión convencional al carácter femenino, se lograrán otros niveles de ironía en que debe abundar la historia si ha de ser algo más que un cuento de terror, una cascada de inagotables maravillas, mostradas desvergonzadamente dentro de una tienda de feria... La ironía le prestará carácter de legitimidad.

—No me interesan los muertos —afirma Lena—, sólo los vivos.

—Entonces, ocúpate del universo —le ordena el muerto—, ocúpate al menos del universo. Al intentar huir del centro del agujero negro puedes desgarrar el tejido sin costuras del tiempo y del espacio. Puedes destruirlo todo. El pasado, el presente y el futuro. La explosión tal vez podría ampliar el embudo de la fuerza de gravedad hasta un tamaño infinito, y entonces todo el universo se vería atraído al agujero.

Lena sacude la cabeza. Sabe que el muerto no es más que otra de las tentaciones que la rodean, otra tentación más maliciosa.

—¡Mientes! —grita—. ¡Este es sencillamente otro efecto de la galaxia Roma! ¡Yo soy responsable ante mí misma, sólo ante mí misma! ¡El universo no cuenta!

—Esto es una racionalización —arguye el muerto al observar la exaltación de Lena y presintiendo su propia victoria—, y lo sabes tan bien como yo. No puedes ser tan egoísta. No eres Dios, puesto que no hay Dios, al menos aquí; pero si lo hubiese, no serías tú. Has de medir el universo que te rodea.

Lena contempla al muerto, que le devuelve la mirada, y en aquel enfrentamiento, en la sombra de los ojos del leucémico, mientras pasan a través del efecto lascivo de la estrella de neutrones, Lena comprende que se hallan cerca de una terrible comunión que será como una soldadura, como una conexión... Sabe que si presta oídos al muerto un solo instante más, caerá en el interior de aquellos ojos, igual que el *Skipstone* cae en el agujero

negro; y esto no puede soportarlo, no debe soportarlo. Ha de aferrarse a la creencia de que existe una separación entre los vivos y los muertos, y que en esta separación hay dignidad, que la vida no es la muerte sino algo diferente, y que si no puede aceptar este axioma se negará a sí misma...; y entonces, rápidamente, antes de poder reflexionar más, mueve las palancas que llevarán instantáneamente a la nave más allá de la velocidad de la luz; y en medio de la explosión de muchos soles que sólo arden en su corazón, Lena esconde la cabeza entre los brazos y se echa a llorar.

Y el muerto llora con ella, aunque no con un llanto de alegría ni de terror. Lloro con el verdadero llanto natal, suspendido entre los momentos del limbo, la vida y la muerte, y ambos llantos se funden en las entrañas del *Skipstone*, al ser éste lanzado a través de la luz redimida.

XIII

La historia acaba sin aclarar nada, naturalmente.

Tal vez Lena surja a su propio tiempo y espacio una vez más, no habiendo sido todo esto más que una especie de envoltura de la auténtica realidad. Tal vez salga en otro tiempo y otro espacio. También es posible que no salga nunca del agujero negro, sino que se quede a vivir allí, transformándose el *Skipstone* en un planeta del universo tubular de la estrella de neutrones, el primero o el último de una serie de planetas caídos hacia el sol muerto. Si esta historia ha de escribirse ordenadamente, si las ambigüedades se disponen con la debida correlación, si los datos tecnológicos están bien buscados y expresados, si el material se visualiza debidamente..., entonces no importa lo que le suceda a Lena, a su *Skipstone*, y a sus muertos. Cualquier final servirá. Y bastará para emocionar y satisfacer al lector.

Sin embargo, hay un final inevitable.

El autor ve claramente (¿quién no?) que no puede escribir esta historia, pero que si lo hace le dará esta sola conclusión, el final claro e implicado

realmente desde el principio, unido por entero al texto.

De modo que permitid que el autor obre así.

XIV

En la infinidad del tiempo y del espacio todo es posible, y al ser vomitados del gran agujero negro, expulsados por el ano de la estrella de neutrones (a ser posible no desaprovecharé ninguna implicación freudiana), Lena y sus muertos adoptarán este Infinito, participando del vasto cuadro de sus posibilidades. Ahora se hallan en el grupo de Antares, temblando como la llama de una vela; están, en el corazón de Sirio, de la constelación del Can; y se hallan situados en el antiguo Imperio Romano, viendo cómo Jesús lleva su cruz a cuevas hacia el Calvario... y también están en una galaxia muerta e Inimaginable, a mil millones de años-luz de la Vía Láctea, con cien planetas habitables, cada cual con su Calvario... y ninguno está satisfecho.

Como seres humanos no pueden participar del infinito; sólo pueden participar de lo que conocen. No pueden, habiendo sido creados por la mente del escritor, participar de lo que éste no sabe, sino tan sólo de lo que le rodea. Atrapados dentro de la conciencia del escritor, que es la penitenciaría de su ser, lo mismo que el escritor está atrapado en el *Skipstone* de su mortalidad, Lena y sus muertos surgen en el año 1975, en la ciudad de Ridgefield Park, Nueva Jersey, y allí habitan en los cuerpos de sus quince mil habitantes, y allí están todavía, morando entre las refinerías, paseando por la calle Mayor, sentados en el teatro Rialto, comprando en los supermercados, aparejándose y abrazándose unos a otros en las implosionadas estrellas de sus lechos en esta noche, en este momento, tal como por casualidad el autor, también uno de ellos, los ha concebido.

Es inimaginable que Lena y sus muertos vinieran desde el corazón de la galaxia llamada Roma a vivir a Ridgefield Park, Nueva Jersey; pero aún resulta más inimaginable que, de todos los Ridgefield Park de nuestra época, vengan, se reúnan y construyan las grandes maquinarias que nos llevarán a

las estrellas, algunas de las cuales nos brindarán la muerte y otras la vida, algunas la nada absoluta, en tanto que las máquinas continuarán volando, volando siempre... y así, después de un período en nuestra verdadera época, también volaremos nosotros.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] *Ciencia ficción. Selección 16, Libro Amigo 315.* <<